

LIBRO TERCERO

ESPAÑA BAJO EL IMPERIO ROMANO

CAPÍTULO PRIMERO

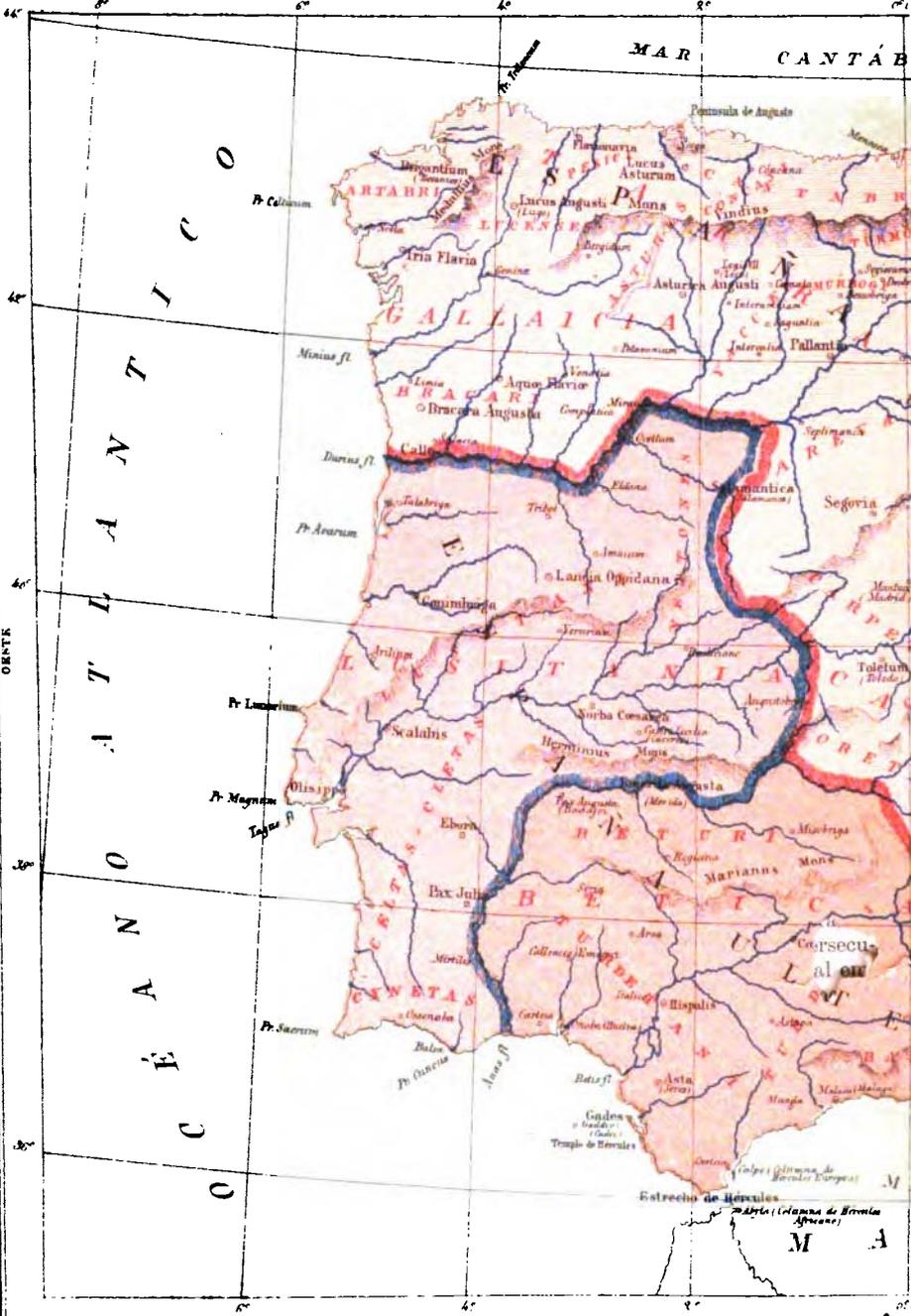
DESDE AUGUSTO HASTA TRAJANO

Desde el año 19 antes de J. C. hasta el 98 después de J. C.

Cambio feliz en la situación de España.—Mejoras que debió á Augusto.—Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo.—Muerte de Augusto.—Tiberio.—Comienza á reinar dulcemente y se convierte en horrible tirano.—Casos de bárbara ferocidad.—Acaba de arrebatar sus derechos al pueblo romano.—Excesos de sus gobernadores en España.—Son procesados.—Enemiga de Tiberio hacia los españoles.—Sus venganzas.—PASIÓN Y MUERTE DEL SALVADOR DEL MUNDO bajo el reinado de Tiberio.—Calígula.—Instintos sanguinarios, crueldades, locuras y delirios de este emperador.—Claudio.—Su imbecilidad.—Suplicios y ejecuciones.—Españoles de este tiempo distinguidos en ciencias y letras.—Nerón.—Sus monstruosidades.—Incendio de Roma.—Conducta de Séneca.—Galba emperador.—Su ingratitude con España.—Othón.—Agrega á España una nueva provincia.—Vitelio.—Su repugnante glotonería.—Su muerte desastrosa.—Dulces reinados de Vespasiano y Tito.—Beneficios que hacen á España y amor que les profesan los españoles.—Destrucción del templo de Jerusalén.—Domiciano.—Su crueldad.—Persecución contra los cristianos.—Breve y benéfico reinado de Nerva.

Fuese que ejerciera Augusto la autoridad suprema en Roma bajo el nombre de emperador que conservaron sus sucesores, fuese el fundamento principal de su poder el tribunado perpetuo, fuese la reunión de las más altas magistraturas en su persona la que le hiciera árbitro y soberano del Estado; que el gobierno de Roma fuese una monarquía con formas republicanas, ó que fuese una prolongada dictadura; que Augusto disfrazara con más ó menos astucia y disimulo su poder ilimitado y absoluto conservando antiguos nombres, y que el pueblo y el senado comprendieran toda la mudanza que bajo cierta apariencia de respeto á los poderes existentes se había efectuado en el gobierno de la ciudad y de las provincias, y que se sometieran á él, los unos por seducción, los otros por creer el cambio provechoso, los otros por impotencia de resistir, es lo cierto que los vastos dominios romanos se sujetaron desde Augusto á la autoridad omnipotente de un solo hombre. Nueva era para Roma, que ya se rigió siempre con gobierno imperial.

Subyugada España y sujeta al imperio romano, acostumbrados como estaban los españoles á ver y sufrir el azote y la opresión de aquellos gobernadores rapaces y crueles, tuvieron á dicha el ser gobernados por un hombre, que si bien había dado el último golpe á su independencia y á su libertad material, mostrábase con ellos no sólo dominador elemento, sino hasta protector generoso. Veíanle amparar á los pueblos contra las vejaciones y rapiñas de los pretores, declarar algunas ciudades exentas de tribu-



tos, fundar nuevas colonias, abrir vías de comunicación, establecer escuelas, y honrar los indígenas elevando á muchos de ellos á las más altas dignidades, y no es extraño que ellos, que eran duros y tenaces en vengar ultrajes y agravios, y extremados y ardientes en amar á los que les dispensaban favores, se apasionaran de Augusto hasta el punto de erigirle templos y altares. O no conocían, ó importábalos poco, aunque lo conocieran, que el proceder de Augusto no fuese hijo de la virtud sino de cálculo; que tuviera todas las flaquezas de la humanidad como hombre, si era generoso y humanitario como político; que fuera un usurpador de autoridad en Roma. si era reparador de injurias en España. Nunca los españoles fueron escasos ni en sentir ofensas ni en agradecer beneficios.

Levantaron los sevillanos un monumento á la emperatriz Livia, á quien se llamó *generatrix orbis*, madre de todos los pueblos. Los de Tarragona erigieron más adelante un templo y un altar á Augusto (1). Sin aprobar la parte de adulación que entraba en la apoteosis, disculpamos el entusiasmo. Mucho más había hecho Roma con César vencedor, y eso que se constituía en árbitro de la república. Al fin los españoles lo hacían en obsequio de quien los redimía de mayor servidumbre.

Vióse, pues, á la sombra del gobierno protector inaugurado por Augusto, desarrollarse en España la agricultura; la industria y el comercio. De las costas del Mediterráneo partían continuamente bajeles españoles para llevar á Roma las producciones de este suelo, así naturales como manufacturadas. España surtía á la gran ciudad de aceites, de cereales, de carnes, telas, y de aquellas exquisitas lanas, que en tanta estimación tenían y á tan subido precio pagaban los romanos, al decir de Estrabón (2). Este mismo insigne geógrafo nos habla de los medios de comunicación que Augus-

(1) Cuéntase que los tarraconenses enviaron una embajada á Augusto anunciándole que en aquel altar había nacido una palma, y que el emperador contestó con frialdad filosófica: «Eso es prueba de que ofrecéis pocos sacrificios.» La anécdota y la expresión son más bellas que exactas, pues, según Tácito, los tarraconenses no erigieron el templo á Augusto hasta el reinado de Tiberio. Ann., lib. I.

Refiere también Dión Casio, y apenas hay historiador que no lo haya reproducido, el caso ocurrido entre Augusto y un español nombrado Caracota ó Corocota, capitán de una cuadrilla de bandoleros con la cual recorría el país, y aun se atrevía á penetrar en poblaciones considerables. Augusto había pregonado su cabeza. Esto y la viva persecución que sufría, inspiraron al famoso bandido la idea de presentarse en persona al emperador. Solicitó una audiencia. Otorgósele Augusto, y después de haber prometido que si le indultaba viviría honradamente el resto de su vida, concluyó reclamando para sí el premio ofrecido al que le presentara vivo ó muerto, puesto que se presentaba él mismo. Concediósele todo Augusto, encantado de la singular franqueza del célebre salteador. Los antiguos historiadores latinos, y los modernos historiadores extranjeros se muestran maravillados del carácter, resolución y grandeza de ánimo de aquel hombre. A los españoles no nos sorprende, porque no son raros en nuestro país los ejemplos de esta índole en hombres que adoptan el género de vida que hacía Caracota. Dión Cas., lib. LVI.

(2) Según Estrabón, las lanas de España eran las más apreciadas; se llegó á pagar un talento de oro por un carnero de raza española, y en Roma se daba el nombre de *color spanus* al color negro que distinguía á las lanas de España. Strab., lib. III, 1. c.

to había hecho construir en España para facilitar los trasportes de los productos del interior á las embocaduras de los ríos.

Cuando Augusto se vió señor del mundo, queriendo saber cuántos hombres tenía sometidos á su autoridad, mandó hacer un empadronamiento general en todo el imperio. Hacíase esta operación en la Palestina como

AUGUSTO

*Colonia Patricia (Córdoba)**Gades (Cádiz)**Celsa (Jelsa)**Herda (Llerida)*

provincia tributaria de Roma. Entonces fué cuando al ir María, esposa de José, artesano de Galilea, á inscribir su nombre en Belén, nació en un humilde establo el que había de redimir al género humano, el salvador de los hombres, JESUCRISTO, hijo de Dios. Cumpliéronse, pues, en el reinado de Augusto César los tiempos anunciados por los profetas, y vino al mundo el gran regenerador de la humanidad, el que la había de colocar en el verdadero camino de la civilización. el que había de darle la verdadera libertad. Sin embargo, este acontecimiento, el mayor que han presenciado los siglos, pasaba en un apartado rincón de la Judea. sin que apenas se apercibieran por entonces los hombres de un suceso que había de cambiar la condición moral del universo. Augusto, que entre otros medios de inmortalizarse había discurrido el de dejar consignado su nombre en la

cuenta de los tiempos, poniéndole á uno de los meses del calendario romano (1), ni siquiera imaginaba que existía en los dominios de su imperio el hombre cuyo nacimiento había de servir de base á una nueva cronología á que se habían de ajustar todos los cómputos en lo sucesivo (2).

Aunque no faltaron en los postreros años del reinado de Augusto alte-

AUGUSTO

Celsa (Jelsa)



Osca (Huesca)



Calagurris Julia Nassica (Calahorra)



Itálica (Santiponce)



Evora



raciones y guerras en diversas provincias del imperio, mantúvose España sosegada y en paz hasta su muerte, acaecida en Nola, ciudad de la Campania, á los setenta y tres años de su edad, y á los catorce de J. C. Díjose de él que nunca hubiera debido nacer, y que nunca hubiera debido morir. Creemos, sin embargo, que el mundo ganó algo con su vida, y perdió mucho con su muerte.

(1) Se mudó el nombre de *Sextilis* (llamado así hasta entonces por corresponder al sexto mes del año romano), en el de *Augustus* (agosto), como antes se había mudado el de *Quintilis* en *Julius* (julio), en honor de Julio César.

(2) Mucho pudiera decirse sobre la variedad que hay entre los cronologistas en lo de ajustar el año del nacimiento de Cristo con el de los períodos y épocas de la creación del mundo, de la fundación de Roma, del reinado de Augusto, de la era vulgar, etc., variando respecto al primero desde el 4000 al 4005, en el segundo desde el 747 al 753 ó 54, en el tercero desde el 39 al 44, en el cuarto desde el 4 al 6, y lo mismo respecto á

Sus sucesores parecían como escogidos para acreditar que si Augusto había sido usurpador y tirano, era el menos perverso de los tiranos y usurpadores. Si es cierto que al designar por sucesor á Tiberio, tuvo el pensamiento de que la tiranía de éste hiciera resaltar la moderación suya, logró lo cumplidamente, pero la posteridad no le perdonaría el haber sacrificado

la humanidad á un goce de criminal egoísmo.

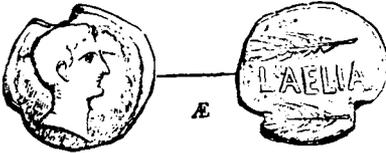
Tiberio, el primero de los monstruos que deshonraron el trono imperial, tuvo la habilidad de engañar los primeros años al mundo que acababa de heredar. Afectando una modestia loable, fingió rehusar el imperio como una carga superior á las fuerzas de un hombre

solo, y aunque concluyó por admitirle, fué aparentando hacerlo como con repugnancia y de mal grado. Mostraba gran deferencia y respeto á los cónsules y senadores; erigióse en reformador de las costumbres públicas; manifestábase

enemigo de las delaciones, y negábase á castigar las sátiras que contra él se publicaban, diciendo que en un Estado libre debían serlo también el pensamiento y la palabra. Creyéronse sinceras su moderación y su dulzura. Pero luego arrojó la máscara, y el hombre moderado y dulce apareció

las Olimpiadas, al período Juliano, y así de los demás. Mas aunque los más hábiles cronologistas de los últimos siglos hayan casi unánimemente convenido en que la era de que nosotros nos servimos, desde que la adoptó Dionisio el Pequeño y con él la escuela latina, es cuatro años posterior al nacimiento del Salvador, de modo que en rigor el año 1850 debería contarse 1854, seguida ya universalmente la era vulgar, no es posible separarse de ella como dicen los autores del *Arte de concordar las fechas, L'art de vérifier les dates*, y es la que como ellos seguimos nosotros. No obstante, para poder entender los autores que han seguido otro sistema cronológico y concertarlos entre sí y con los nuestros, pueden consultarse las extensas y curiosas noticias que sobre este importante asunto se encuentran en el prefacio y en la disertación sobre las fechas cronológicas de dicha obra *L'art de vérifier les dates*, así como en la *Clave Historial* de Flórez, página 16, y en el tomo IV de su *España Sagrada*, pág. 494.

AUGUSTO



Laelia (El Berrocal)

AUGUSTO Y LIVIA



AUGUSTO Y LIVIA



Turiaso (Tarazona)



AUGUSTO Y TIBERIO



Tarraco (Tarragona)

Colonia Rómula (Sevilla)

en toda su desnudez el déspota y el malvado. Horroriza leer en Tácito y en Suetonio el catálogo de asesinatos y de crímenes que en este doble concepto ejecutó, bien por sí, bien sirviéndose del senado como de un fácil instrumento, bien con ayuda de su privado y consejero, el infame Sejano. Su misma madre Livia, á quien debía el trono, no se eximió de

TIBERIO

Illici (Elche)

Clunia (Coruña del Conde)



Emerita Augusta (Mérida)



Sagunto

Dertosa (Tortosa)



Ercavica (Milagro)

Osicerda (incierta)

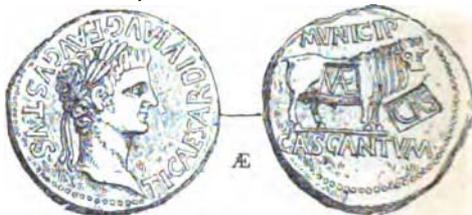
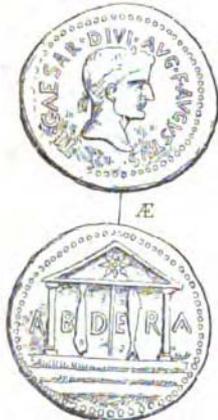
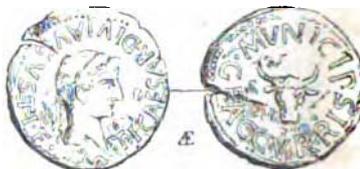
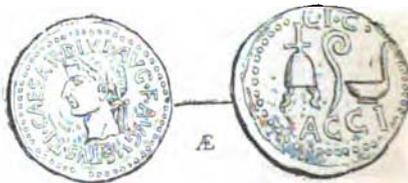


probar su ingratitud; y su esposa Julia, la hija de Augusto, vióse reducida á morir de hambre. Extraños y deudos, á todos alcanzaba su crueldad calculada y fría.

Había cierto legatario suyo usado la chanza de decir á un muerto: *Vé á decir á Augusto que aun no se ha ejecutado su última voluntad.* Súpolo Tiberio y mandó degollarle, diciéndole con impasibilidad horrible: *Así podrás llevar tú mismo á Augusto noticias más recientes y exactas.*

Tal fué la ferocidad que desplegó, y tal lo que gozaba con los suplicios, que si alguno por sustraerse á ellos se daba á sí mismo la muerte, exclamaba: *Ese se me ha escapado*; así sucedió con Carnucio. El sistema de delaciones que al principio había fingido aborrecer, fué después objeto de premios y recompensas, y le convirtió en medio ordinario de gobierno.

TIBERIO

Bibilis (Calatayud)*Cascantum (Cascañte)**Abdera (Adra)**Graccuris (cerca de Corella)**Oscá (Huesca)**Acci (Guadix)*

Premiados los delatores, pululaban los espías; llovían cada día acusaciones: esclavos, ciudadanos, senadores, todos se daban prisa á denunciar á otros, como único medio de libertarse á sí propios. Nadie se atrevía á hablar, pero el silencio mismo se representaba como sospechoso; no era lícito ni alegrarse ni entristecerse, porque la alegría era tomada como la esperanza de alteraciones que se fraguaban en el Estado; la tristeza se traducía por descontento del emperador. Se suprimió hasta la libertad de pensar, se condenaba por supuestas intenciones, y se prohibía lamentar la suerte de las víctimas; Desgraciado el que dijera una palabra en elogio de Augusto! Elogiar á Augusto era despreñar á Tiberio, y se castigaba como crimen de Estado. Una expresión, un gesto, un signo bastaba para condenar á muerte un hombre.

Con pretexto de lamentar que el pueblo abandonara sus ocupaciones para asistir á los comicios, le arrancó el derecho de elegir sus magistrados y de sancionar las leyes, y trasmitió estas prerrogativas al senado, de quien

disponía á su antojo, hasta el punto de disgustarle ya tanta humillación y tanta bajeza como veía en los senadores. Así acabó la intervención del pueblo en los negocios de la república, ó por mejor decir, la república dejó de existir definitivamente. Había hecho Augusto una ley estableciendo penas contra los que ofendieran la majestad del pueblo romano. Tiberio aplicó esta ley á los que le ofendían á él, como representante del pueblo, y tomó de ella ocasión para consumir mil asesinatos legales. En verdad el pueblo moralmente no existía, y Tiberio fué el primero que se atrevió á decir sin rebozo: *El Estado soy yo*: expresión que, reproducida siglos adelante en boca de un esclarecido monarca, adquirió una celebridad histórica que aun dura en nuestros días. ¡Y sin embargo, humeaba el incienso en los altares de la corrompida y degenerada Roma en honor de Tiberio!

Natural era que los prefectos y delegados de las provincias fueran dignos mandatarios de tal emperador. Condujéronse como tales en la Península, Vivio Sereno y Lucio Pisón, el primero en la Bética, en la Tarraconense



el segundo. España demostró todavía, que aunque oprimida y sujeta, no toleraba ni las depredaciones ni el despotismo, y se insurreccionó en gran parte contra los dos prefectos. Los españoles, con más dignidad que los romanos, no depusieron las armas hasta que el senado decretó la separación de Vivio, y prometió hacerles justicia. Puede juzgarse cuáles y cuántas serían las demasías y excesos de aquel pretor, cuando el senado, tal como era ya entonces, oídas las querellas y acusaciones que le elevaron los de la Bética, no pudo dejar de desterrar á Vivio á una de las islas del mar Egeo. No era menos culpable Lucio Pisón, pero siendo provincia imperial la Tarraconense, no quiso Tiberio castigar al prevaricador, antes bien le mantuvo en su empleo. Semejante impunidad irritó de tal manera á un labrador de Termes, que haciéndose intérprete de la indignación de sus compatriotas, acometió un día al prefecto, y le dió muerte por su mano. Preso aquel español, y puesto á tormento para que declarara sus cómplices. respondió con admirable firmeza que *su único cómplice era la abominable conducta de Pisón*. Cuando le llevaban al suplicio, se desasíó de repente de sus conductores y se estrelló de propósito la cabeza contra una piedra (1).

Aunque aislado, el hecho de este vengador rústico fué bastante para que, deduciendo el emperador la antipatía con que se miraba en España á

(1) Tac. Ann., lib. IV, cap. 11.

sus prefectos, hiciera sentir su tiranía y descargara el peso de su ira sobre las cabezas de los españoles más ilustres. Entre ellos fué víctima de su saña Sexto Mario, avecindado en Roma. hombre de gran fortuna, y en cuya hija, notable por su hermosura, había puesto Tiberio sus torpes y lascivos ojos, como quería poner su avara mano en la caja de las riquezas del padre. No viendo medio de lograr ni lo uno ni lo otro, hizo que se acusara al padre del delito de incesto con su hija. Nada más fácil al emperador que probar todo lo que se proponía. Ambos fueron arrojados de lo alto de la roca Tarpeya, y Tiberio se apoderó seguidamente de todo el oro de aquel desgraciado (1).

Era menester que bajo el imperio de este tirano se cometiera el mayor desafuero, y la más negra ingratitud que ha manchado las páginas de la historia de la humanidad. Era menester que el que había venido á salvar á los hombres y á predicar una religión de caridad, fuera sacrificado por el que ejercía la autoridad en nombre de Tiberio en el pueblo escogido por Dios. En el año 19 del reinado de Tiberio se verificó el gran suceso de la muerte y pasión de nuestro redentor Jesucristo (33). «Del pie de la cruz en que fué clavado por la ingratitud y ceguedad de los hombres partieron doce nuevos legisladores, pobres, humildes y desnudos, á predicar por el mundo la doctrina de la salud, y á derramar por las naciones las semillas de la verdadera civilización que había de cambiar la faz del universo (2).»

Cuatro años más tarde (37) acabó Tiberio la vida de desórdenes con que había escandalizado al mundo.

¡Pluguiera á los dioses que el pueblo romano tuviera una sola cabeza para derribarla de un solo tajo! Esto decía en una ocasión el sucesor de Tiberio, Cayo Calígula, llamado así de cierto calzado militar (*caliga*) que usaba. Bastaría esta brutal expresión para calcular la bárbara ferocidad del nuevo emperador romano. Propio era esto de quien cerraba los graneros públicos por el placer de ver al pueblo morir de hambre; de quien decía á la mujer que amaba: *Me parece muy hermosa tu cabeza, y sobre todo cuando pienso que á la más leve indicación mía la podría hacer rodar á mis pies.* Instintos tan sanguinarios y feroces sólo pueden explicarse por el estado de desarreglo y de delirio en que debía encontrarse su cerebro; y si de estar desjuiciado no hubiera dado mil pruebas, con todo género de extravagancias, sobrara la ridícula insensatez de hacer para su caballo cuerdas de mármol, pesebres de marfil, ronzales de perlas y mantas de púrpura; de darle á comer avena dorada, de ponerle á su mesa, de incorporarle en el colegio de sus sacerdotes, y de designarle para cónsul. ¡Y los envilecidos romanos obedecían á este loco! Un español llamado Emilio Régulo quiso librar la tierra de este monstruo imperial, pero descubierta la conspiración, fué Régulo condenado á muerte. Al fin la espada de Casio Chereas, tribuno de los pretorianos, ejecutó lo que aquél no había podido conseguir (41).

Pero al desjuiciado Calígula sucedió el imbécil Claudio su tío, el digno esposo de la célebre prostituta Mesalina, cuyas obscenidades y desarreglos

(1) Tac. Ann., lib. VI.

(2) Chateaub. Etud. Historiq.

no abochornaban á Roma que las presenciaba y ruborizan á la posteridad que las recuerda. Comprenderíamos que Roma hubiera sufrido la imbecilidad de Claudio, si hubiese sido una imbecilidad inofensiva; que hubiera tolerado el destierro de Séneca de parte de quien tenía pretensiones de pasar por sabio, cuando su misma madre para calificar á un hombre de necio solía decir: *Es bestia como mi hijo Claudio*; que se burlaran de él los tribunales á que tenía la manía de asistir; pero no se comprende que

CALÍGULA

Cesar Augusta (Zaragoza)



Osca (Huesca)

Segobriga (Segorbe)



se sufriera á un imbécil que llevaba al suplicio á treinta y cinco senadores, á trescientos caballeros romanos, y á gran número de mujeres de las principales familias, y que por no tomarse el trabajo de pronunciar una sentencia indicaba con un gesto su voluntad de que un hombre fuera degollado. Y sin embargo, á este hombre no sólo le obedecía la ciudad del Capitolio, sino que se denunciaba y castigaba á los que ofendieran su *majestad*, habiendo llegado á ser en su tiempo el oficio de denunciador uno de los más lucrativos. Y lo que es más, seducidos los españoles por una ley de Claudio, en que se mandaba que los gobernadores de provincias hubieran de pasar un año en Roma antes de poder ser reelegidos, á fin de que los pueblos tuvieran tiempo para exponer las quejas á que hubieran dado lugar, por más que esta ley quedara sin ejecución como tantas otras, tuvieron la debilidad de levantarle estatuas; que así iba contagiando á España el espíritu servil y adulador de los romanos.

Por fortuna no era esto sólo lo que tomaban de sus dominadores. Las semillas literarias que Augusto había sembrado en España no habían caído en tierra estéril, y producían ya sus frutos. Florecían unos y comenzaban á distinguirse otros españoles como oradores, como filósofos, como poetas y como hombres científicos. Séneca, Sextilio Ena, Marco Porcio Latrón. Moderato Columela, Pomponio Mela, Turanio Gracil, y otros españoles, de

cuyos escritos nos ocuparemos más adelante, brillaban en Roma precisamente cuando las ciencias y la literatura latina habían venido á precipitada decadencia como las costumbres. Aunque algunos de ellos no dejaron de participar de la baja adulación que entonces parecía estar en boga, no por eso se libraron de la persecución de unos emperadores que tenían la insensata presunción de pasar por sabios, y no sufrían á los que lo eran más que ellos.

Murió Claudio (54), envenenado, á lo que se cree, por su segunda mujer Agripina, y le sucedió Nerón, cuyo nombre parece haber alcanzado el privilegio de servir para designar á los hombres tiranos y feroces. Comenzó, no obstante, á gobernar con dulzura como Tiberio, declarando que se proponía seguir las huellas del divino Augusto. Y las siguió en un principio. Al oírle decir cuando tuvo que firmar la primera sentencia de muerte: *Quisiera no saber escribir, ¿quién no le tendría por clemente?* Cuando al decretarle el senado estatuas de oro y plata dijo: *Que aguarden á que las merezca*, ¿quién no elogiaba su modestia? Eran entonces sus maestros Afranio Burrho, jefe del pretorio, y el español Anneo Séneca, el filósofo, aquél en lo relativo al arte militar, y éste en la moral y elocuencia. Había



Gades (Cádiz)

querido Agripina, madre de Nerón, aprovechándose de la corta edad de su hijo, gobernar á su arbitrio el imperio; Séneca cortó el pernicioso influjo de aquella mujer ambiciosa, de que murmuraba ya y se quejaba el pueblo (1). ¿Por qué no empleó la misma energía con su augusto discípulo cuando le veía después despeñarse por la senda de

los crímenes? Pero el moralista que encontró medio de evitar un incesto entre el imperial alumno y su impúdica madre, no le halló para impedir que el emperador expidiera sicarios para que matasen á aquella misma madre, y que les dijera: *Abrid aquel vientre que ha llevado á Nerón*, y que se recreara después en examinar su cadáver y en analizar sus formas: antes escribió al senado justificando en lo posible el bárbaro parricidio.

Había alcanzado á Séneca el contagio de la corrupción, y sus obras no iban en consonancia con sus escritos. Escribía contra la lisonja, y adulaba al hombre más perverso: declamaba contra la avaricia, y ejercía la usura; acriminaba el lujo, y poseía quinientas mesas de limonero con pies de marfil que valían una fortuna. Si no pudo apartar á Nerón del camino del crimen, fué por lo menos débil en no abandonarle cuando le vió encenagado en los vicios. Triste recompensa recibió el filósofo estoico del hombre á quien había lisonjeado. Cansado de él el emperador, le condenó á muerte, suponiéndole cómplice en la conjuración de Pisón; dióle á escoger el género de muerte que más gustase: Séneca se abrió las venas, y acabó con la entereza del estoicismo una vida sobre la que pesaban flaquezas indis-

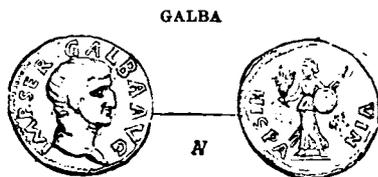
(1) Dión Cas., lib. LXI.

culpables. Aconteció otro tanto con el poeta Lucano, su sobrino, y con Junio Gallión, su hermano. Familia española tan desgraciada como ilustre.

Por estragadas que estuvieran las costumbres en la corrompida Roma, podría, si se quiere, mirarse sin indignación el desenfreno de las pasiones personales de los emperadores, en que sus mismos súbditos se apresuraban á imitarlos, así como ciertos caprichos pueriles, hijos, ó de la estupidez ó de la presunción. Pero el placer feroz que Nerón quiso darse de pegar fuego á la ciudad eterna, de ver cómo se abrasaban sus cuarteles, de gozar en el incendio, y de cantar al son de la cítara la destrucción de Troya á la luz de las llamas, no era posible que dejara de indignar á los romanos por prostituidos que estuviesen. De España partió el golpe que había de liberar al mundo de aquel odioso incendiario.

Hallábase de pretor en la Tarraconense Servio Sulpicio Galba, donde se había hecho querer de los naturales por la severidad con que castigaba á los que empleaban malos medios para enriquecerse: había mandado crucificar á un tutor que envenenó á su pupilo para apoderarse de su hacienda: á un administrador á quien se probó falta de pureza en el manejo de los caudales mandó cortarle las manos y clavarlas en la mesa: terrible rigidez, pero acaso necesaria en el estado á que había llegado la desmoralización. Antiguo consular, y anciano de más de setenta años, ni siquiera soñaba Galba en reemplazar á Nerón, cuando le fué propuesto por Julio Vindex, simple propretor de la Galia. Irresoluto se mostró Galba á pesar de verse proclamado por la tropa y el pueblo, y de haberse adherido Othón que gobernaba la Lusitania. Un acontecimiento inesperado vino á alentar su timidez. Hallábase retirado en Clunia (Coruña del Conde), cuando supo que Nerón, objeto ya de la execración pública, insultado y maldecido por todos, perseguido por los soldados de la guardia pretoriana, había puesto término por su misma mano á su abominable existencia en una casa de recreo cerca de Roma (1). Galba entonces partió á tomar posesión del imperio (68). La proclamación de Galba, dice Tácito, descubrió el peligroso secreto de que podía elegirse emperador fuera de Roma (2).

Galba hubiera pasado por el mejor emperador posible, si no hubiera llegado á serlo. Pero el emperador romano estuvo lejos de ser el gobernador de la Tarraconense. Rodeado de tres oscuros aduladores que el pueblo llamaba sus pedagogos, ejecutó crueldades que debieron el no parecer mayores á estar tan reciente la memoria de las de Nerón. España, que tanto había contribuído á su elevación, fué tratada con ingratitud, gravada con



(1) Nerón había hecho abrir á su presencia el hoyo que le había de servir de sepulcro. Al oír el ruido de los pretorianos que iban en su busca, acarició la hoja de su puñal, recitó algunos versos de Homero, y clavósele diciendo: *¡Qué artista va á perder el mundo!* Sabido es que entre otras flaquezas tenía Nerón la de creerse eminente en la poesía, en la música y en el arte de guiar un carro.

(2) *Evulgato imperii arcano principem alibi quam Romæ fieri.*—Tac. Hist., lib. IV.

exorbitantes impuestos, y condenados á muerte muchos de los que le habían servido de escala para subir al poder. Condújose lo mismo con los pretorianos que le allanaron el camino del trono. Cuando se le presentaron á reclamar la recompensa ofrecida, les contestó: *Yo elijo mis soldados, no los compro*. Palabras dignas de un emperador, si este emperador no fuese el mismo que había querido comprarlos. No faltó quien lo hiciera, ya que él les había enseñado que podían venderse. Creyéndose también Othón mal correspondido, aquel mismo Othón que siendo gobernador de la Lusitania puso á disposición de Galba sus tropas, y aun le regaló su rica vajilla para que la convirtiera en moneda, sedujo aquellos mismos soldados, y con ellos asesinó á Galba en la plaza pública. El septuagenario emperador alargó el cuello á los asesinos, diciéndoles: *Herid, si mi muerte es útil al pueblo romano*. No desarmaron estas palabras á los soldados, que se cuidaban poco de que su muerte fuese ó no útil al pueblo. Imperó Galba siete meses.

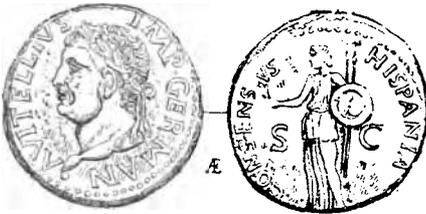
Proclamado Othón emperador, pueblo y soldados, caballeros y senadores, fueron con humilde bajeza á besarle la mano y á prodigarle títulos y honores. Othón tuvo presente que en España había comenzado su engrandecimiento y quiso engrandecerla también, agregando á la Bética las costas de Africa bajo el nombre de

Hispania Tingitana.

Entretanto, habiendo aprendido los soldados que ellos eran los que hacían emperadores, quisieron los de Germania, á ejemplo de los de España, tener también su emperador, y nombraron á Vitelio. Othón se suicidó. Una noche se acostó diciendo: *Añadamos esta noche más á nuestra vida*. Colocó dos puñales debajo de la almohada, y á la mañana siguiente hallóse sólo un cadáver en su lecho.

Vitelio solamente se hizo notable por su glotonería. Hasta repugnantes son las descripciones que se hacen de sus comidas y banquetes, y de los medios que empleaba para excitar su estragado apetito. Poco le duró también aquella vida de brutales deleites. A ejemplo de los ejércitos de España, de las Galias y de Germania, las legiones de Oriente habían proclamado á Vespasiano. Los parciales de uno y otro llegaron á pelear dentro de la misma Roma. Vitelio se escondió en un lugar inmundo de su propio palacio, acompañado de su cocinero y su panadero, dignos secuaces de tal emperador. Sacáronle de allí los soldados, y entretuviéronse en pasearle todo lo largo de la Vía-Sacra, con una soga al cuello, las manos atadas a la espalda, y desgarrados los vestidos, entre la gritería de la muchedumbre, que ya le arrojaba inmundicias, ya le llamaba á voces ebrio y glotón, á cuyos ultrajes respondía él: *A pesar de todo he sido emperador vuestro*. Quitáronle luego la vida, y después de pasear su cabeza clavada en una pica, arrojaron su cuerpo al Tíber (69): A tal degradación había venido en poco tiempo la dignidad imperial. Iban ya ocho emperadores, y los seis

VITELIO



habían muerto desastrosamente. ¡Desgraciada Roma, y desgraciada España, que seguía su suerte!

Afortunadamente, tras de tantos vicios, tras de tanta corrupción y desorden, vino un período de reposo y de consuelo al mundo. Trájolo Flavio Vespasiano, el único que al revés de todos los que le habían precedido, se hizo mejor desde que ascendió al trono. Indiferente, y aun desafecto á los títulos pomposos, modesto y sencillo en sus costumbres, él mismo hablaba muchas veces de su humilde nacimiento; enemigo de derramar sangre humana, lloraba cada vez que se veía en la necesidad de pronunciar una sentencia de muerte. España se había pronunciado por su partido, y más agradecido que Galba, la remuneró concediendo á los españoles los derechos latinos. Reconocidas á esta honra muchas ciudades, tomaron el nombre de *Flavias*, como en otro tiempo habían tomado el de *Julias* ó *Augustas*. De este número fueron *Flaviobriga*, *Aquæ Flavie*, *Iria Flavia*, *Flavium Brigantinum*, y otras muchas que no pueden verse en nuestro catálogo. Debióle también España la construcción de varios caminos, puentes y monumentos públicos. Y no falta quien suponga obra suya una de las más maravillosas que en España se conservan, y que por la grandiosidad de sus proporciones y por las dificultades vencidas para su ejecución, excita el asombro de cuantos la visitan: hablamos del famoso acueducto de Segovia, que los más, aunque sin fundamento seguro en que apoyarse, atribuyen á Trajano (1).

Uno de los más bellos presentes que Vespasiano hizo á España, fué haber enviado en calidad de cuestor á esta provincia á Plinio el Mayor, que no sólo desempeñó con celo sus funciones como procurador de la hacienda imperial, sino que hizo grandes mejoras en la Bética, visitó una gran parte de España, y estudiando á fondo sus diferentes climas y países, recogió en ellos abundantes materiales para su historia natural. Hizo además relaciones de amistad con los españoles más distinguidos, con los cuales siguió después correspondencia desde Roma, no perdiendo nunca su afición á España.

Realizóse en el reinado de Vespasiano una de las grandes profecías de los divinos libros, la destrucción del templo de Jerusalén y la dispersión de los judíos por todas las naciones de la tierra: terrible expiación impuesta á un crimen sin ejemplo. Su mismo hijo Tito, tan celebrado después por su piedad y dulzura, fué el que recibió la triste misión de destruir el templo y la ciudad y no dejar piedra sobre piedra. Fué este uno de aquellos grandes y terribles acaecimientos que forman época en los siglos, y que se imprimen indeleblemente en la historia del linaje humano. Millón y medio de israelitas perecieron en aquella célebre guerra; noventa y siete mil fueron hechos cautivos (2). Tito no pudo reprimir el llanto al contemplar el miserable estado de Jerusalén, atestada de cadáveres y convertida en ruinas. Los que quedaron con vida se diseminaron sobre toda

(1) Puede verse sobre esto la *Disertación histórica* sobre el acueducto y otras antiqüedades de Segovia, de Somorostro.

(2) Justo Lipsio enumera detalladamente los que murieron en cada punto.—Joseph. De Bell. Jud., lib. VI.

la haz de la tierra, en cumplimiento de la terrible profecía. La Judea dejó de existir como nación, y España recogió en su seno una parte de aquellos fugitivos, que aunque perseguidos y anatematizados habían, no obstante, de constituir una gran parte de su población por muchos siglos. Créese que se les señaló por primer asiento la ciudad de Mérida.

España conservó por mucho tiempo gratos recuerdos de Vespasiano (1). Murió este emperador el año 79, dejando por sucesor á su hijo Tito, que aun aventajó á su padre en virtudes, y á quien los españoles llamaron *las delicias del género humano* (2). Éralo realmente el hombre que profesaba la máxima de que *nadie debía salir apesadumbrado de la presencia del príncipe*; el que si se acordaba de noche de no haber dispensado algún beneficio desde la mañana, exclamaba pesaroso: *He perdido el día*; el que al aceptar el pontificado declaró que desde aquel momento se conservaría puro de toda efusión de sangre; el que no permitía que se denunciara á nadie por haber hablado mal de su persona; el que fulminó nota de infamia contra los jueces venales y contra los gobernadores concusionarios; el que prohibió á los caballeros hacer el papel de histriones y degradó á un senador por haber bailado; el que reprimió la licencia pública, é hizo todo lo posible por restablecer la decencia de las costumbres.

La corta duración de su reinado no dejó tiempo ni á España ni á la humanidad de probar todos los efectos de la justicia y de la bondad de este príncipe. Pero la paz que gozaba le permitía entregarse á la cultura de las letras y de las artes, y á las dulzuras de la vida social. Poco más de dos

(1) En el reinado de Carlos V, un paisano de las cercanías de Cañete la Real (el historiador Romey la nombra equivocadamente por dos veces Canta la Real), descubrió una plancha de bronce con un curiosísimo rescripto de Vespasiano, que por lo interesante vamos á copiar traducido. Decía así: «César Vespasiano, Augusto, pontífice máximo, investido por la octava vez del poder tribunicio, de la autoridad imperial por la décima octava, cónsul ocho veces, saluda á los *quatuorviros* y á los *decuriones* de Sabora. Vista la exposición que me habéis hecho de las dificultades y apuros que os agobian, os permito edificar la ciudad en la llanura bajo mi nombre, como lo deseáis. Mantengo los tributos que decís habéis recibido del emperador Augusto. Para todos los demás que queráis percibir de nuevo, tendréis que presentaros al procónsul: no quiero establecer nada en este género sin que sean oídos los interesados. He recibido vuestra petición al octavo día de las calendas de agosto. He despachado vuestros diputados al tercero. Pasadlo bien.—Hecha grabar en bronce por la solicitud de los duumviros C. Cornelio Severo y M. Septimio Severo, por cuenta del peculio público.»

Se ve aquí al emperador respondiendo desde la altura de su trono á la reclamación de un pueblo de España: se ve la brevedad con que la despachó, dando en esto ejemplo de actividad á los príncipes: el respeto á los privilegios concedidos por Augusto: su benevolencia hacia los magistrados de Sabora en creerles sobre su dicho, *que accipite dicitur*: que había en España ciudades *stipendiatae*, esto es, que cobraban impuestos, y que una de ellas era Sabora: que para aumentar la cuota de estos tributos ó exigir otros de nuevo, el emperador quería que se oyera antes al procónsul y á los interesados.

Extrañamos por lo mismo que el P. Mariana, al referirse á esta inscripción, se contente con decir que no le pareció ponerla, «ni en latín, porque no la entenderían todos, ni en romance, porque perdería mucho de su gracia. En nuestra historia latina, añade, la hallará quien gustare de estas antiguallas.»

(2) *Humani generis amor et desiderium etiam vivus*: decía una inscripción conservada en Mérida.



OBJETOS DE ADORNO Y DE MÚSICA, Y ESCENAS DE COSTUMBRES DE LOS ROMANOS

1 a 27. *Objetos de tocador y de adorno.* - 28 a 35, 50 a 58. *Instrumentos musicales.* - 36 a 42. *Plumas (calami), estilo y tabletas para escribir.* - 43 a 45. *Máscaras.* - 46 a 49. *Calzado de varias clases.* - 59 a 64. *Relieves copiados de monumentos.*

años disfrutó el mundo de la felicidad con que comenzaba á regalarle este benéfico príncipe (81).

Parece que la Providencia quiso mostrar á la especie humana que aun no merecía príncipes tan buenos, y la castigó enviándole un Domiciano, que más que de la familia Flavia y hermano de Tito, parecía de la raza de los Claudios y hermano de Nerón. Jamás hubo hermanos más desemejantes que Tito y Domiciano. No cedió Domiciano ni en crueldad ni en desenfreno ni en tiranía á ninguno de sus predecesores. Mataba por complacencia, y derramaba sangre por deleite. España volvió á sufrir las vejaciones y despojos de los gobernadores romanos: pero también tenía defensores celosos. Acusado un procónsul por sus rapiñas ante los tribunales, y llevada la causa á Roma, abogaron en favor de los españoles Plinio el Joven y Herennio Seneción, natural de la Bética, é hicieronlo con tanto ardor y tales eran los excesos del acusado, que aun imperando un Domiciano, sufrió por sentencia del tribunal el secuestro de todos sus bienes.

Nerón había dado el primer edicto de persecución contra los cristianos; Domiciano dió el segundo. Confundía con los cristianos á los matemáticos y filósofos, y los desterró á todos de Roma. Domiciano murió como morían los tiranos, y su muerte fué mirada como una felicidad para los pueblos (90). El senado decretó que su nombre fuera borrado de todos los monumentos públicos. Fué el último de los emperadores designados con el nombre de *los doce Césares*.

Sucedióle el anciano Nerva. ¡Lástima que su edad no le permitiera dar al mundo más años de felicidad y de justicia! Nerva abolió el crimen de lesa majestad aplicado á los emperadores por Tiberio, castigó á los delatores, dotó á España de magistrados sabios, embelleció á Córdoba con soberbios edificios, é hizo al morir el mayor beneficio que pudiera hacer á España: el de darle por emperador á un español, al insigne Trajano (98).

CAPÍTULO II

DESDE TRAJANO HASTA MARCO AURELIO

De 98 á 180 de J. C.

Un español es el primer emperador extranjero que ocupa el trono romano.—Cualidades de Trajano.—Sus defectos.—Sus grandes virtudes.—Sus triunfos militares.—Columna Trajana.—Erige en España magníficos monumentos.—Famoso puente de Alcántara.—Justicia que hace el senado á los españoles.—Adriano emperador, español también.—Vasta ilustración literaria, científica y artística de Adriano.—Sus vicios.—Visita personalmente todas las provincias del imperio.—Viene á España.—Asamblea en Tarragona.—Independencia de los diputados españoles.—Exterminio de los judíos.—Feliz reinado de Antonino Pío.—Marco Aurelio el Filósofo, oriundo de España.—Grandeza y bondad de este príncipe.—Primeras irrupciones de los bárbaros del Norte.—Punto culminante del imperio romano.

Roma, aquel centro de corrupción y de desorden que se llamaba la capital del mundo, no tenía ya emperadores que dar que no fuesen déspotas y corrompidos. Pero había una provincia que estaba siendo nuevo plant-

de grandes hombres, y allí se encontró el más digno de ceñir la diadema imperial. Esta provincia era España.

El viejo Nerva, en cuya cabeza encanecida estaban amortiguadas todas las pasiones menos el amor de la patria, había adoptado por hijo á Trajano, natural de Itálica, y quiso hacer el mayor bien posible al imperio y á la humanidad, dejándole por sucesor suyo. Así España puede blasonar de haber sido la primera que dió á Roma un emperador extranjero. Pero aun sería escasa gloria, si este emperador no hubiese sido el que mereció el dictado de *óptimo príncipe*, que ninguno antes que él había obtenido. Verdad es que Trajano tenía ya en su favor, más que el testamento de Nerva, sus grandes y nobles cualidades para ejercer dignamente la soberanía imperial. No es que faltaran á Trajano flaquezas y vicios como hombre privado: afeábasele su pasión al vino y á las mujeres: pero la sombra de sus malos hábitos como particular desaparecía ante el brillo de sus virtudes como hombre público: bien era menester que fuesen muchas, y lo eran realmente.

Hallábase el español ilustre en Colonia cuando fué aclamado emperador (99). Partió á Roma, donde hizo su entrada pública como un padre en medio de sus hijos. Marchaba á pie, al modo que había marchado siempre en las guerras de la Germania, confundándose con los simples soldados como se confundía ahora entre la muchedumbre que se aglomeraba á saludarle y bendecirle. Así continuó siempre, sin que las lanzas de su guardia tuvieran que abrirle paso por entre las masas de un pueblo que le adoraba.

Trajano no necesitaba de estatuas; su presencia reemplazaba al mármol y al bronce; mas aunque las mejores inscripciones para él eran las alabanzas que salían de las bocas de sus gobernados, gustábase ver inscrito su nombre en las paredes de todos los edificios, lo que le valió el apodo de *Parietario*; flaquezas de que no suelen librarse los más grandes hombres. Sus liberalidades proporcionaban el sustento á dos millones y medio de personas. Cuando algunos le tachaban de pródigo en sus larguezas, en las sumas que destinaba al socorro de los pobres y á la educación de sus hijos, daba por toda respuesta: *Quiero hacer lo que yo, si fuese un simple particular, querría que hiciese un emperador*. Dedicóse á curar los males del despotismo y las llagas de la anarquía. *Toma esa espada*, le dijo al prefecto del pretorio: *esgrímela en favor mío si cumplo con mi deber, en contra si á él faltase*. Propendiendo siempre en la administración de justicia á la indulgencia y á los sentimientos humanitarios: *Prefero*, decía, *la impunidad de cien culpables á la condenación de un solo inocente*.

Menos instruído que vigoroso y enérgico (1), distinguióse su reinado por un carácter belicoso que había faltado á los de sus antecesores. Triunfó en la Dacia, subyugó la Asiria, combatió á los parthos, venció varios re-

(1) No sabemos de dónde pudo sacar Mariana que Trajano fué discípulo de Plutarco, no hallándose noticia de ello en ningún autor antiguo. La carta del filósofo al emperador á que él se refiere, tiénese por apócrifa. De la escasa instrucción de Trajano da testimonio Juliano, y á ello atribuye el que se sirviera siempre de Sura para escribir sus cartas.

yes, llegaron sus ejércitos hasta la India, y para monumento perpetuo de sus victorias se erigió en Roma la famosa *columna Trajana*, formando para ello una plaza magnífica en terreno que antes ocupaba una montaña de ciento cuarenta y cuatro pies: su inauguración se solemnizó con espectáculos que duraron ciento veintitrés días, y en que murieron más de mil fieras. Llegó con él al apogeo de su grandeza el imperio romano.

El país natal de aquel grande hombre no podía menos de ser especialmente favorecido. España, que no había tomado parte en aquellas apartadas guerras, vió florecer las artes á la sombra de la paz y del gobierno paternal y protector de Trajano. Construyéronse caminos nuevos, reparáronse los antiguos, levantáronse edificios y monumentos soberbios, tales como la ostentosa columna de Zalamea de la Serena, la grandiosa Torre d'en Barra en Cataluña, el Monte-Furado y la Torre de Hércules en Galicia, el circo de Itálica, y el magnífico y asombroso puente de Alcántara sobre el Tajo, no menos admirable que el que hizo construir sobre el Danubio (1).

También experimentaron los españoles que la justicia reinaba en el imperio de Trajano. Cecilio, procónsul de la Bética, se había hecho odioso

(1) Entre las muchas y suntuosas obras con que Trajano enriqueció y embelleció á España es una de las más sorprendentes (dado que el acueducto de Segovia no fuese obra suya también, como sospechan muchos), el puente de Alcántara que acabamos de citar. Puede verse su descripción en el tomo del Viaje de España de don Antonio Ponz correspondiente á Extremadura, en las notas de Sabau y Blanco á la historia de Mariana, tomo III, en el artículo ALCÁNTARA del Diccionario geográfico de Madoz, y en otros muchos lugares. Aquí se encuentran también las inscripciones que antes habían copiado ya Flórez en el tomo XII de su España Sagrada, Morales en el lib. IX de las Inscripciones, Masdeu en el tomo VIII de su Historia Crítica, y muchos otros autores. Nosotros copiaremos sólo traducida, por parecernos la más importante, la de la capilla ó templo hoy de San Julián, que empieza *TEMPLUM IN RUPE*, etc.

«Este templo, fabricado sobre una roca del Tajo, está lleno de culto y veneración de los dioses y del César, y en él la grandeza de la materia vence al primor del arte. Por ventura dará cuidado á los pasajeros, que siempre gustan de cosas nuevas, saber por quién y con qué fin se ha hecho. Sepan, pues, que Lacer, que acabó este puente de extraordinaria grandeza, hizo el templo para ofrecer el sacrificio á los dioses y tenerlos propicios y favorables. Lacer, que hizo el puente, dedicó también el templo, porque ofreciendo dones á los dioses se aplacan y alcanza su favor. Lacer, insigne en el arte divino de la arquitectura, hizo este puente que ha de durar por los siglos del mundo: el mismo Lacer hizo el templo en honra y reverencia de los dioses de Roma y del César. ¡Dichoso uno y otro motivo de este edificio sagrado! Cayo Julio Lacer hizo y dedicó este templo con el favor de Curio Lacon, natural de Idania.»

Parece que no debe quedar duda de quién fué el arquitecto que dirigió el famoso puente: así como otras inscripciones expresan bien claramente haberse dedicado á Trajano.—Sobre las *Antigüedades extremeñas* puede consultarse la obra moderna que con este título ha publicado el anticuario don José Viu.

Acerca del acueducto de Segovia se hallan minuciosas y muy apreciables noticias en la historia de Colmenares, y en la obra antes citada de Somorostro.

La naturaleza de nuestra historia no nos permite detenernos en las descripciones de la parte monumental, ni podemos ni nos proponemos hacer otra cosa que mencionar ó indicar las más notables, en cuanto es necesario, para dar idea del progreso ó decadencia de España en este punto. Los que deseen noticias más circunstanciadas sobre esta materia pueden consultar las obras arqueológicas y artísticas que de propósito la tratan.



PUENTE ROMANO DE ALCÁNTARA (COPIA DE UNA FOTOGRAFÍA)

y criminal por su tiranía y sus depredaciones. Las ciudades llevaron su acusación al senado: sostuvo por segunda vez la causa española Plinio el Joven: elocuente y vigorosa fué su oración, los cargos graves, los capítulos de acusación plenamente probados. Cecilio, temeroso de la sentencia, prefirió el suicidio al castigo que le guardaba: el senado mandó restituir á los pueblos todos los bienes que les habían sido arrebatados ó injustamente confiscados; los cómplices del procónsul fueron condenados á largo destierro, y á la hija de éste dejáronle sólo los bienes que su padre poseía antes de ir á España. Plinio en esta ocasión (104) dió una nueva y brillante prueba de sus simpatías hacia los españoles, y éstos le cobraron nueva afición y cariño.

Sensible es que este príncipe, honor de España y del imperio y que con tanta justicia mereció el renombre de *padre de la patria*, desmintiera su habitual dulzura con las persecuciones que ordenó contra los cristianos, cuyas doctrinas se iban propagando ya en aquel tiempo por el Occidente. Menester es no obstante advertir que la enemiga de algunos emperadores hacia los cristianos no nacía tanto en ciertas ocasiones de odio á sus creencias como de hacerles creer los pretores que eran peligrosos al Estado, y de representárselos como miembros de asociaciones prohibidas por la ley.

Murió este gran príncipe en el año 117 de Cristo, después de un reinado de diez y nueve años y medio. Sus cenizas fueron depositadas debajo de la columna Trajana destinada á recordar sus triunfos á la posteridad. Dos siglos y medio después, cuando los romanos saludaban á un nuevo emperador, le deseaban que aventajara en felicidad á Augusto y en *virtudes á Trajano* (1).

Otro español, Elio Adriano, deudo suyo, y oriundo de Itálica también, pasó á ocupar el trono imperial. A su entrada en Roma, honró la memoria de Trajano colocando su estatua sobre el carro triunfal. Era Adriano á la vez excelente artista y gran literato, aunque de mal gusto. Poseía conocimientos no comunes en matemáticas, en astrología, en cosmografía y medicina. Era orador y filósofo, gramático, arquitecto, músico, hábil pintor, y poeta griego y latino. Acompañaban á tanta ciencia virtudes muy recomendables; pero oseurecíanlas grandes vicios. Era generoso, amigo de hacer justicia, y gustábale premiar el mérito, pero tachábasele de inconstante y caprichoso, y sus versos destilaban una voluptuosidad indigna de un príncipe, y descubrían una impudencia vergonzosa. Sin faltarle disposición para la guerra, se mostró más inclinado á las artes de la paz, y en su tiempo comenzaron á cejar por primera vez las armas romanas y á retroceder los límites del imperio. Verdad es que como guerrero y como hombre de virtudes, se hubiera deslucido menos si no le hubiera tocado vivir entre un Trajano y un Antonino. Dícese que en el ejército marchaba á pie y con la cabeza desnuda, así por entre las nieves y escarchas de los Alpes como por las ardientes arenas de África: singularidad no inverosímil en quien se hacía notar así por los caprichos de artista como por las rarezas de filósofo.

Llevado de la idea de que un emperador debía, á semejanza del sol, ha-

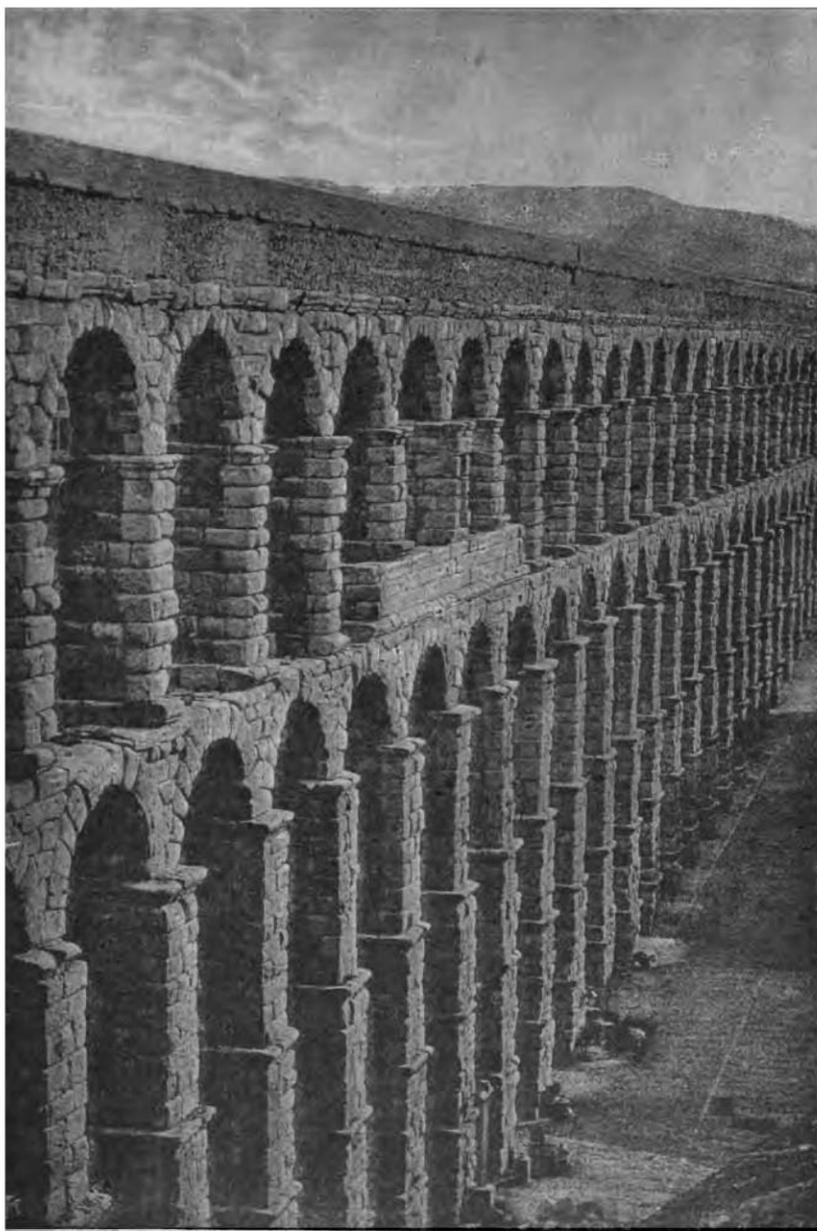
(3) Eutrop., lib. VIII.

cerse presente en todos los países, visitó personalmente todas las provincias del imperio, en cuya excursión empleó once años (del 120 al 131). Siendo ya España una de las más importantes, y siendo además su patria, no podía dejar de comprenderla en su visita. Reedificó en Tarragona el templo de Augusto erigido por Tiberio. Hallándose en aquella ciudad, paseándose un día solo por su jardín, se vió acometido por un hombre con una espada desnuda en la mano: el emperador, por medio de diestros movimientos, pudo ir burlando los ataques del agresor hasta que acudió gente en su auxilio. Informado después de que aquel hombre no tenía su juicio cabal, se opuso á que se le castigara y mandó entregarle á los médicos (122).

Allí convocó una asamblea de los representantes de las principales ciudades españolas. Todos acudieron á excepción de los de Itálica, que despreciaron el edicto, no sabemos por qué. Justamente resentido Adriano, en el viaje triunfal que después hizo por las provincias españolas pagó á Itálica su desaire, negándose á visitarla por más instancias que para ello le hicieron. En la asamblea de Tarragona mostraron los diputados españoles una entereza y una independencia que pudiera servir de ejemplo para ulteriores tiempos. Aunque amante Adriano de la paz, necesitaba de numerosas legiones para guarnecer las vastas posesiones romanas, y pidió un nuevo contingente de hombres (123). Expusieronle los diputados que no podían acceder á la demanda de un subsidio que privaría al país de la flor de su juventud. No le valieron al emperador sus dotes oratorias para convencer de la necesidad del impuesto: á pesar de su elocuencia, el subsidio fué denegado. Obsequiaronle, no obstante, con grandes festejos en Tarragona. Desde allí emprendió su viaje por las demás ciudades de la Península, las cuales se disputaban el honor de consagrarle medallas y de erigirle monumentos. En una inscripción hallada en Munda se le llama *Emperador, César, nieto del divino Nerva, Trajano, Augusto, Dácico, Máximo, Británico, Sumo Pontífice, por segunda vez investido del poder tribunicio y del consulado, padre de la patria*. De la misma medalla se deduce que hizo gracia á la provincia de un millón novecientos mil sesteracios que debía, y que restableció á su costa la calzada pública desde Munda á Cartima en una longitud de veinte mil pasos (1).

No se contentaba Adriano con proteger las letras y las artes liberales. Ocupóse también de la reforma del derecho civil, y publicó el *Edicto perpetuo*, tan célebre en la historia de la jurisprudencia: hizo leyes contra la corrupción, y contra la barbarie con que se hacía el comercio de esclavos: prohibió los sacrificios humanos, y los establecimientos de baños comunes á los dos sexos, y realizó otras reformas saludables á la civilización y á la moral.

(1) En algunas monedas de Adriano se ve en el anverso el busto del emperador, en el reverso una matrona con un ramo de oliva en la mano, un conejo á los pies, y la palabra *Hispania*. Que fué lo que dió ocasión á algunos para tomar el conejo por emblema de España y para hacer derivar el nombre de la nación de la palabra *span*, conejo. En otra parte hemos manifestado la puerilidad de esta derivación, á pesar de las monedas de Adriano.



ACUEDUCTO ROMANO DE SEGOVIA (COPIA DIRECTA DE UNA FOTOGRAFÍA)
TOMO I

Consumóse bajo el imperio de Adriano la ruina nacional de los judíos. Cuando este emperador visitó la Judea, hizo reedificar la ciudad de Jerusalén, pero prohibiendo la entrada á los judíos, que sólo á fuerza de oro lograban el consuelo de ir á llorar sobre las ruinas de su patria. Habíalos ocupado el emperador en fabricar armas para sus tropas. Sirviéronse de ellas para insurreccionarse contra sus dominadores. Dirígalos un tal Barcochébas que se decía el Mesías, y á quien proclamaban el astro de Jacob. Horrible fué la mortandad que ejecutaron aquellos furiosos hebreos. Cerca de quinientos mil griegos fueron degollados en Cirene, en Chipre y en Egipto. Con bárbara ferocidad aserraban los cuerpos de las víctimas, devoraban sus carnes y bebían su sangre (1). Pero la espada romana se cebó á su vez en la sangre del ingrato pueblo hebreo (134). Sobre seiscientos mil israelitas recibieron la muerte: de los que quedaron vivos unos fueron vendidos en los mercados, otros pudieron huir, y algunos se refugiaron también á España acreciendo el número de los que ya existían desde el tiempo de Tito: prohibíaseles hasta volver el rostro para mirar á Jerusalén: centenares de poblaciones fueron arrasadas, y la Judea se convirtió en una soledad. La nueva ciudad se llamó Elia Capitolina, sobre el Santo Sepulcro fué colocado un ídolo de Júpiter, en el Calvario una Venus de mármol, y el pesebre en que había nacido Jesús fué profanado dedicándolo á Adonis (2).

Pero al tiempo que se extinguía totalmente la nación judaica, y que los dioses de la gentilidad se posesionaban de los lugares santificados por el verdadero Dios, el cristianismo iba progresando, las herejías comenzaban también á nacer, y la humanidad se hallaba en uno de aquellos períodos que anuncian va á obrarse una regeneración.

La muerte de Adriano fué tan singular y caprichosa como había sido su vida. Retirado á su casa de recreo de Tívoli como Tiberio á la de Caprea, atacado de hidropesía, pero profesando la máxima de que un príncipe debe morir alegre, entregábase á todos los placeres y desórdenes sensuales que la anchurosa moral del paganismo permitía. Por último, á consecuencia de los excesos, dejó el mundo (138), no sin recitar al tiempo de morir unos chistosos versos de su composición que se han conservado por su rareza, así en la idea como en la estructura (3).

Había adoptado á Antonino, que le sucedió, y recibió el nombre de Pío, ó el piadoso, por el afecto que á su padre adoptivo mostró siempre.

(1) Dion Cas., lib. LXIII.

(2) En una letanía que cantaban después los hebreos se decía: *Recordare Domine, qualis fuerit Adrianus, crudelitatis consilia amplexus, consuluit idola se pervertentia, etc.* Juan de Lent. De Judeorum pseudomessiis.

(3) Hé aquí aquellos singulares versos:

Animula, vagula, blandula,
Hospes comesque corporis,
Que nunc abibis in loca.
Palidula, rigida, nudula,
Nec ut soles, dabis yocos.

(Spartiano. Vida de Adriano.)

Fué Antonino uno de los mejores príncipes de que hace mención la historia. Religioso, justo, benéfico, fué el más amado de todos los emperadores, el más querido de sus pueblos, y nadie tampoco lo había merecido más que él. Cerca de veintitrés años duró su pacífico reinado, y en este largo período no hay que decir de España sino que gozó de venturosa tranquilidad. Antonino dejó por sucesor á Marco Aurelio (161), oriundo también de familia española y pariente de Adriano (1).

«Dichosos los pueblos, se ha dicho siempre, cuyos reyes son filósofos y cuyos filósofos son reyes.» Esta dicha se realizó con Marco Aurelio, llamado con justicia el Filósofo. *Vosotros no sabéis*, les decía á sus amigos cuando supo su elevación al imperio, *cuántas espinas crecen en las gradas de un trono*. Y cuando dejó los jardines de su madre para ir á habitar el palacio de los Césares, las lágrimas corrían de sus ojos al compás de los unánimes trasportes de alegría á que se entregaba el pueblo. Uno de sus primeros actos fué asociarse al imperio á su hermano Lucio Vero. Por primera vez se vió con sorpresa en Roma á dos emperadores con igual ejercicio de poder. Pero la muerte de Lucio no tardó en dejarle solo en la silla imperial. Esto y las calamidades públicas que sobrevinieron hicieron que resplandecieran más sus virtudes. Los horrores del hambre acosaban al pueblo, y Marco Aurelio supo aliviarlos. Como su esposa Faustina se quejara de que hubiese gastado la mayor parte de sus bienes en socorrer á los menesterosos: *La riqueza de un príncipe*, le respondió, *es la felicidad pública*. Regularizó los impuestos, selló con la nota de infames á los calumniadores, y afirmó la autoridad vacilante del senado. El reinado de Marco Aurelio era el solo capaz de hacer que no se llorara el de Antonino Pío. El imperio gozaba de felicidad; el más desgraciado era el emperador, cuya vida acibaraban los desórdenes de su esposa, la impúdica Faustina.

En el año décimo de su reinado (171), los africanos de la Mauritania pasaron el estrecho, vinieron á devastar las provincias meridionales de la Península, y pusieron sitio á Singilis (Antequera la Vieja); pero los gobernadores Vallio y Severo los obligaron á levantarle y los lanzaron de España, persiguiéndolos hasta las costas de Tánger.

Otras guerras más terribles turbaron la filosófica tranquilidad de Marco Aurelio. Las fronteras del imperio comenzaron á ser asaltadas por los pueblos bárbaros del Norte, como si fuesen la vanguardia de los que, tiempo andando, habían de concluir por derrocarle. En todas partes los arrolló, rechazándolos más allá del Danubio, que ya habían franqueado. Por consecuencia de aquellas victorias que le valieron el título de *Germanico*, devolvieron los bárbaros á Roma cien mil prisioneros: prueba grande de cuánto era ya su poderío. Aconteció en el curso de aquellas guerras un suceso que hizo gran ruido en el mundo. Hallábase Marco Aurelio allende el Danubio cercado por los marcomanos. La falta de agua tenía á sus tropas, devoradas por la sed, en un estado de desesperación (174). De repente se oscurece el cielo, y á poco rato comienza á caer á torrentes la lluvia, que los soldados reciben con ansia poniendo sus cascos para recogerla. Cuando estaban entretenidos en esta ocupación consoladora, caen de im-

(1) Su bisabuelo paterno era de Ucubi, ciudad de la Bética no lejos de Itálica.

previo los bárbaros sobre ellos y ejecutan horrible matanza. Mas luego aquella misma nube descarga sobre los enemigos un diluvio de granizo, acompañado de truenos, que los llena de terror, y alentados á su vez los romanos, los vencen, los arrollan y los ahuyentan. Gentiles y cristianos, todos tuvieron aquel suceso por milagroso. Lo que hace más á nuestro intento, fué que el emperador lo creyó así, y escribió al senado indicando, aunque muy circunspectamente, que debía aquella victoria á los cristianos, y es lo cierto que ordenó fuesen castigados los que profiriesen calumnias contra ellos (1). Citámoslo como prueba de lo que ya entonces habían cundido las doctrinas del cristianismo.

Volvieron, no obstante, á mover después nuevas guerras las hordas salvajes del Norte, y Marco Aurelio murió antes de acabar de sujetar á los bárbaros (180). Con él perdió Roma el príncipe más cumplido y cabal que se había sentado en el trono de los Césares, y España lloró la pérdida del que le había dado otros diez y nueve años de paz y de ventura. Llegó el imperio romano con Marco Aurelio el punto culminante, de que no hará ya sino descender.

CAPÍTULO III

DESDE MARCO AURELIO HASTA CONSTANTINO

De 180 á 306 de J. C.

Comienza á sentirse la decadencia del imperio.—Cómmodo.—Su depravación é iniquidades.—Abyección del senado.—Reinados de Pertinaz, Didio Juliano, Séptimo Severo, etc.—Monstruosidades de Eliogábalo.—Alejandro Severo sostiene por algún tiempo con dignidad el decadente imperio.—Otros emperadores ú oscuros ó malvados.—Guerras civiles.—Decio.—Primeras irrupciones de los bárbaros.—Godos, francos, escitas.—Trágica y afrentosa muerte de Valeriano.—Los treinta tiranos.—Frecuentes asesinatos de emperadores.—Interregno de ocho meses.—Tácito y Probo.—Sus virtudes.—Diocleciano.—División del imperio.—Cruda persecución contra los cristianos.—Constancio y Galerio.—Daciano.—Martirios en España.—Maximiano.—Constantino.

Hemos recorrido esta galería de ilustres príncipes, los Flavios y los Antoninos, que dieron á España, al imperio y al mundo cerca de un siglo de paz y de ventura, no interrumpida sino por el reinado de Domiciano, que fué como una mancha que cayó en medio de aquellas púrpuras imperiales. La firmeza de Vespasiano, la dulzura de Tito, la generosidad de Nerva, la grandeza de Trajano, la ilustración de Adriano, la piedad de Antonino y la filosofía de Marco Aurelio, hicieron de aquellos insignes varones otros tantos astros benéficos que resplandecieron y alumbraron al mundo romano, y bajo su influjo España dió grandes pasos en la carrera de las artes, de la política y de la civilización. Sólo faltaron á estos buenos príncipes dos grandes pensamientos para acabar de ser buenos; el de haber

(1) El hecho le atestiguan casi todos los historiadores, y Tertuliano en su apología habla de la carta de Marco Aurelio como de una cosa conocida.

abrazado la nueva religión, y el de restituir al pueblo los derechos que sus antecesores le habían quitado.

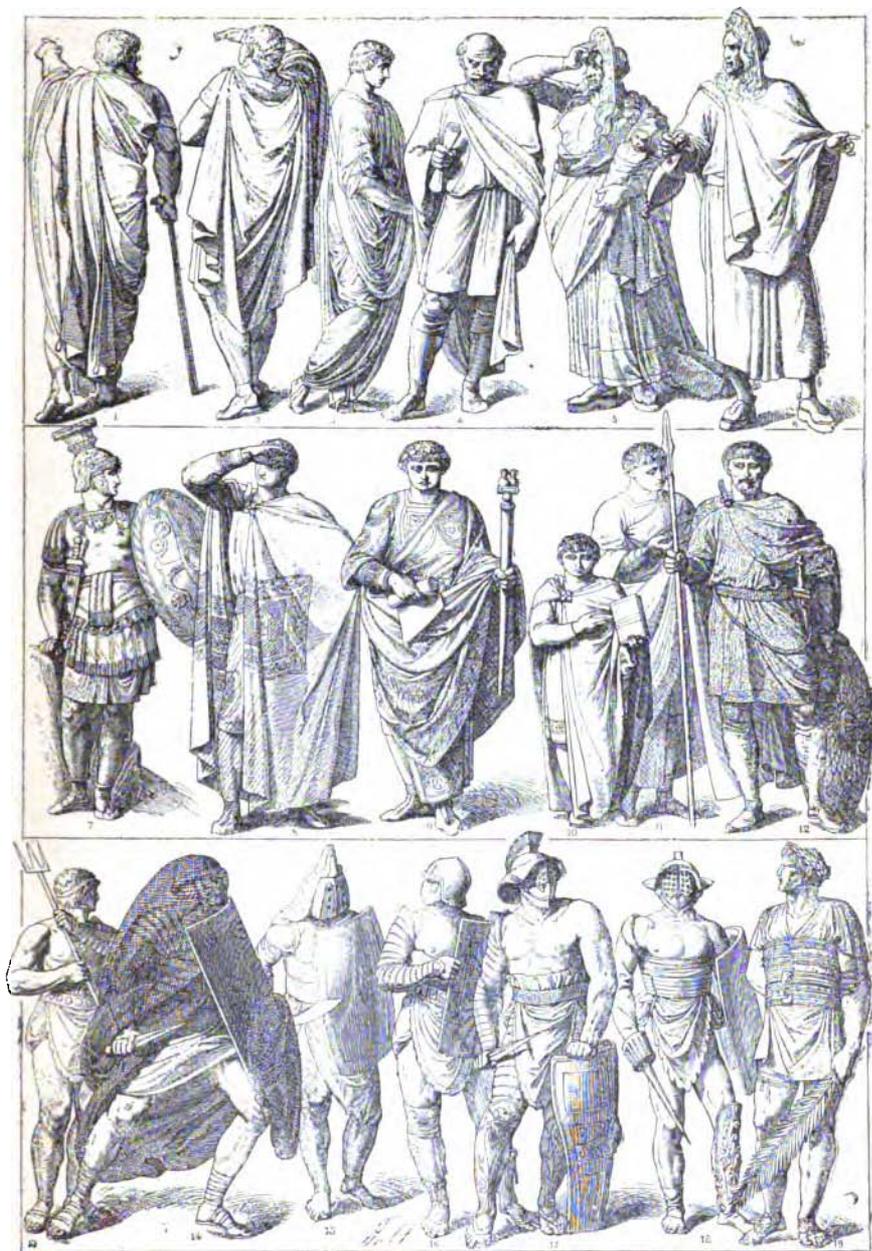
Tócanos ahora repasar con disgusto otro catálogo de emperadores, que como aquéllos para dicha, éstos para azote de la humanidad parece haber sido permitidos, por no atrevernos á decir enviados por la Providencia. Lo haremos rápidamente, ya porque no nos proponemos escribir la historia de los emperadores romanos sino en la parte que de ello pudo tocar á España, ya porque no es grato ni exponer ni contemplar un negro cuadro de horribles vicios, y ya porque por fortuna la España, colocada á alguna distancia de Roma, participaba menos que la capital del imperio del siniestro influjo de aquellos corrompidos seres que para afrenta de la humanidad conservaron el título de emperadores.

Imposible parece que un padre tan virtuoso como Marco Aurelio engendrara un monstruo como su hijo Cómodo, y no extrañamos que por respeto á las virtudes del padre supongan algunos historiadores que Cómodo no fué hijo del emperador filósofo, sino de la disoluta Faustina y de un gladiador, que, entre otros de la hez del pueblo, obtuvo sus favores. Los hombres no pueden imaginar vicio, ni crimen, ni torpeza, ni crueldad, ni corrupción de ningún género que no se hallase reunido en Cómodo. Sus acciones, sus gustos, menos eran ya de hombre corrompido que de bestia salvaje. Tiberio, Nerón, Calígula, Vitelio y Domiciano, habían sido templadamente desenfrenados en comparación de Cómodo. «El cielo, dice un escritor ilustre, añadió la locura á sus crímenes á fin de no espantar demasiado á la tierra.» En efecto, el vender todos los cargos públicos, el quitar la vida á muchos senadores, patricios y familias consulares, el tener un serrallo de trescientas concubinas y otros tantos mancebos, podía atribuirse á avaricia, á tiranía y á voluptuosidad. Pero el dividir en dos pedazos á un hombre grueso por el bárbaro placer de ver derramarse por la tierra sus entrañas (1); el mandar asesinar una noche en el teatro á todos los que á él habían asistido; el sacar los ojos ó cortar los pies á los que tenían una fisonomía que le desagradara... esto ya no cabe en las medidas de la maldad y de la corrupción, sin recurrir á un extravío de la razón, á una verdadera locura. Sin embargo, el pueblo consentía que se llamara á sí mismo el *Hércules Romano*; que Roma se titulara *Colonia Comodiana*, y hasta el senado inscribió á la puerta de la asamblea: *Casa de Cómodo*. Increíble parece tanta abyección. ¡Y aun reinó trece años este monstruo! Esto parece menos comprensible. Al fin tuvo que morir á manos de un atleta y con el veneno de una concubina (193). Apartemos ya la vista de tanta infamia y de tanta degradación. Sólo el cristianismo no fué perseguido por este hombre bestial, gracias á Marcia, una de sus favoritas que protegía á los cristianos (2).

La España vió pasar sin acaecimiento alguno notable el corto reinado de Pertinaz. Asesinaronle los pretorianos porque quiso restablecer la disciplina; y se sacó el imperio á pública subasta. Presentáronse dos postores, y se adjudicó á Didio Juliano que ofreció mil doscientas cincuenta

(1) Hist. August., pág. 128.

(2) Herod. in Vit. Commod.



TRAJES Y ARMAS DE LOS ROMANOS

1 á 4. *Tribunos del pueblo.* - 5 y 6. *Cónicos.* - 7. *Jefe militar.* - 8 y 9. *Emperadores.* - 10. *Niño de familia patricia.* - 11 y 12. *Generales.* - 13 á 19. *Gladiadores.*

dracmas más que su competidor (1), entregándole ciento veinte millones de hombres como quien entrega una mercancía. Didio no pudo pagar la suma ofrecida, y á los sesenta y seis días fué asesinado (194). Cada legión quería ya nombrar su emperador. Tres fueron elegidos; el más fuerte se quedó con el imperio. Fué éste Séptimo Severo. Para que se forme juicio de lo que era, sólo diremos que obligó al senado á colocar á Cómodo en la clase de los dioses. ¡A Cómodo! Y para que todo en él fuese completo se declaró el mayor perseguidor de los cristianos: aunque era la tercera persecución, puede decirse que para España fué la primera, así por haber sido la más rigurosa y cruel, como porque entonces era ya grande en España el número de los discípulos de la Cruz. En los reinados de Cómodo, de Pertinaz, de Juliano y de Severo se vió brillar la elocuencia de los primeros padres de la Iglesia. Por lo demás España, apartada un tanto de los teatros de los desórdenes y sin mezclarse en ellos, seguía su marcha, sin sentir sino débilmente las grandes sacudidas del imperio.

Severo dejó por sucesores á sus dos hijos Caracalla y Geta: pero aunque hermanos, eran enemigos mortales, y Caracalla, deseando reinar solo, se deshizo de su hermano asesinándole en los brazos de su madre (211). Caracalla tuvo la necia presunción de querer imitar á Alejandro y Aquiles. Nos hemos propuesto no fatigar al lector con la pintura de los vicios de cada uno de estos seudo-emperadores. Murió asesinado por Macrino (218), que obtuvo el imperio, y no hizo nada sino mandar levantar altares al mismo á quien había asesinado. Los romanos, luego que morían los despotas, los convertían en dioses: así gozaban de dos inmortalidades, la del odio público y la de la ley que le consagraba. Catorce meses reinó Macrino, hasta que el ejército que le había dado el imperio se le quitó con igual facilidad. Por un concurso extraordinario de circunstancias después de Macrino una intriga de mujeres elevó al imperio á un joven sirio, por sobre nombre Eliogábalo, ó más exactamente Elagábalo ó Elagabal, el cual fué muerto con su madre en un lugar inmundo (2), y arrojado su cadáver al Tíber, después de uno de los más execrables reinados. Su nombre fué borrado en España de todos los monumentos como una mancha que los deshonoraba.

Permítansenos dos palabras sobre el reinado de Elagábalo siquiera por su singularidad. Era Elagábalo en Siria sacerdote del Sol, y entró en Roma con las mejillas y párpados pintados, vestido con tiara, collar, brazaletes, túnica de tela de oro, y rodeado de eunucos y bufones, de enanos y enanas bailando delante de una piedra triangular. Este sacerdote era el que iba á empuñar el sagrado escudo de Numa (3). El joven imberbe tenía el capricho de vestirse de mujer, y de entretenerse en las labores de este sexo, y hacíase saludar con el título de *señora* y de *emperatriz*. Concedió asiento á su madre en el senado al lado de los cónsules, y creó otro senado de mujeres que deliberaran sobre los honores de la corte y sobre las he-

(1) Dion. Hist. Rom., lib. LXIII.

(2) *Atque in latrina ad quam confugerat occisus.* Hist. August., pág. 478.

(3) Hist. August.

churas de los vestidos. ¡Este era el trono de los Césares, y el senado de los Escipiones y de los Brutos! El reinado de Elagábalo ó Eliogábalo no fué el de la gastronomía, como una errada tradición vulgar ha hecho á muchos creer, sino el de la lascivia y la lubricidad, que llevó á un grado que el pudor no consiente expresar. Era preciso que todos los vicios pasaran por encima del solio romano antes que se sentara en él la religión de las verdaderas virtudes, para que se pudiera apreciar mejor.

Después de tanta imbecilidad, de tanta degradación, de tantas iniquidades y de tantos crímenes, la España y el imperio van á gozar de un respiro bajo el gobierno de un príncipe sabio, ilustrado, juicioso y protector (222). Al modo que tras largos días de procelosas borrascas y por entre nubes espesas y sombrías se deja ver momentáneamente un sol claro, que suele ser signo y causa de arreciar más la tempestad, así apareció Alejandro Severo como un resplandor fugaz entre las negras tormentas que le habían precedido, y los huracanes que le habían de seguir. Ya la España participaba de la suerte desastrosa de la metrópoli: al peso de tanto emperador monstruoso iba también sucumbiendo: Alejandro Severo la reanima; la provee de gobernadores sabios y amantes del bien, y la hace entrar de nuevo en la senda de la prosperidad. En aquellos primeros tiempos el pueblo elegía sus sacerdotes y sus obispos: Severo quiso que se hiciera lo mismo con los gobernadores de las provincias: el emperador los proponía, proclamaba sus nombres, y dejaba al pueblo el derecho de aplaudir ó vituperar la elección. Esta deferencia hacia el pueblo no podía dejar de lisonjear los instintos de libertad de los españoles, y agradecidos levantaron monumentos á quien con tanta consideración los trataba.

Por otra parte, el cristianismo iba penetrando, aunque de un modo como vergonzante, en el alcázar de los Césares. Alejandro Severo colocó ya en su capilla particular una imagen del Crucificado, entre las de Apolonio de Tiana, de Abraham y de Orfeo. Algo era. Al fin ya los cristianos no se veían obligados como hasta entonces á vivir en grutas y cuevas subterráneas por librarse de la vigilancia de magistrados perseguidores: ya podían vivir en público, porque el emperador gustaba de sus libros y de su moral; y Mammea su madre, si no era ya cristiana, al menos inspiraba á su hijo sumo respeto hacia esta religión. Algunos pueblos le erigieron estatuas, entre ellos, la colonia Gémina Accitana. En cuanto á Alejandro, lo diremos todo con decir que tomó por tipo y regla de su conducta esta máxima que es el compendio de toda la moral: «No hagas á otro lo que no quieras que te hagan á tí:» y que la hizo grabar en su palacio y en todos los edificios públicos. Reinó Severo trece años, al cabo de los cuales murió asesinado por Maximino.

Alejandro Severo fué como un puntal puesto á un edificio que se resquebrajaba por todas partes. Quitado el puntal, el viejo y combatido edificio comenzó á desmoronarse como tenía que suceder. Maximino ya no era romano, ni español, ni africano, ni sirio; era nacido en Tracia, de madre alana y de padre godo. Ya tenemos á un bárbaro sentado en el trono de los Césares, porque había entrado á servir de soldado en las legiones romanas (235). El mérito de Maximino era ser el hombre más alto y más fornido que se conocía, comer muchas libras de carne, y beber muchas

azumbres de vino (1), arrastrar él solo un carro cargado, echar á rodar por el suelo quince ó veinte luchadores, y otras semejantes proezas y virtudes. Los cristianos no podían dejar de ser perseguidos por un príncipe tan bárbaro: así hubo muchos mártires en España, y entre ellos se cita á San Máximo, que se cree ser el que los catalanes nombran San Magín. El manto imperial ya no era un manto de púrpura; era un harapo manchado y viejo que recogía un extranjero pobre y salvaje. Mientras Maximino estaba ocupado en batir á los germanos y á los sármatas, que todos querían dar ya emperador, el senado hacía rogativas públicas á los dioses porque no volviese á entrar en Roma. Pareció haberlos oído los dioses, porque Maximino quedó por allá asesinado con su hijo.

En Africa habían proclamado emperadores á los Gordianos, padre é hijo, descendientes de los Gracos y de Trajano. El viejo Gordiano rechaza llorando el manto imperial, pero se le visten á la fuerza, y saludan también Augusto á Gordiano el joven, que, amigo de las letras, lamentaba los males de su patria entre las mujeres y las musas. Muere el hijo, y el padre se ahoga con un cinturón por no sobrevivirle, y se desprende gustoso de las grandezas de un trono que repugnaba. El senado designa dos nuevos emperadores. Máximo Papiano y Balbino, bravo soldado el primero y orador y poeta el segundo (240). Suscítase en Roma una guerra civil: hay asaltos, combates é incendios: un niño los apaga con su presencia, un tercer Gordiano, hijo y nieto de los otros. Este tercer Gordiano, aunque joven, sostiene el honor del imperio por cinco años. Pero Filipo abusa de su inexperiencia, le hace perder el prestigio, le malquista con los soldados, y últimamente le hace morir á manos de ellos (244).

No se sabe si Filipo fué cristiano ó no. Sábese que fué árabe, y que había sido bandido. Ya era emperador cualquiera, y de cualquier país. Enrédanse nuevas guerras, y apenas puede distinguirse á quienes se nombra emperadores. Suenan los nombres de Prisco, hermano de Filipo, de Jotapiano, de Marino y de Decio. Este último sube al trono, y despliega tal crueldad contra los cristianos, que muchos, no pudiendo sufrir tantos suplicios, apostatan públicamente é inciensan los ídolos; otros firman una abjuración escrita de su creencia. A los primeros nombran *sacrificantes*, á los segundos *libelistas*.

La España no podía ser indiferente espectadora de acontecimientos que tan de cerca la tocaban. ¡Qué ocasión tan favorable la de tanta flaqueza y tanto desorden para haber podido reconquistar su independencia, si no se hubiera hecho tan romana! Sin duda el destino á que la llamaba la Providencia no se había cumplido. Ciertamente hay en la historia de las naciones misterios que no se pueden penetrar. España sigue todavía la suerte de Roma. Grandes acaecimientos, grandes trastornos se preparan (250).

A la manera que vemos muchas veces levantarse lejos de nosotros y en lo más apartado de nuestro horizonte pequeñas y dispersas nubes, que uniéndose y condensándose después, van ennegreciendo la atmósfera, y

(1) Al decir de Codro, comía este bárbaro cuarenta libras de carne, y bebía veinticuatro azumbres de vino.

apenas llega á nuestros oídos el ruido del trueno que de lejos las anuncia; mas luego las vemos acercarse impulsadas por el viento, los relámpagos crecen, el trueno retumba, y por último, la tempestad viene á descargar sobre nuestras cabezas, y los torrentes que de ella se desgajan inundan nuestros campos: así la España en los tiempos en que vamos á entrar, veía levantarse á lo lejos aquellas masas de bárbaros que á manera de nubes amenazaban el Norte del imperio; veíalas en lontananza unirse, engrosarse, avanzar como empujadas por el viento: mas colocada España al extremo occidental del mundo romano, el ruido de aquellas guerras llegaba á ella como el sordo rugido de un trueno lejano. Y sin embargo, aquellas nubes de godos, de hérulos, de vándalos, de sármatas, de escitas, de bogoñones, de hunos, de alanos y de otras mil razas y tribus, habían de venir á descargar sobre sus campos y á inundar su suelo. Preciso es conocer la marcha y progresos de aquellas masas de guerreros salvajes, que habían de derramarse por el Occidente, que habían de trastornar el imperio de los Césares, derribar el Capitolio y cambiar los destinos del mundo.

Los godos, empujados acaso por otros pueblos que detrás de ellos venían, se habían ido aproximando á las fronteras del imperio, que desde la conquista de la Dacia por Trajano, habían quedado abiertas y sin barrera que oponer á una invasión. Crispo, hermano de Filipo, les revela la debilidad del imperio, y los godos invaden primeramente la Mesia, y después la Tracia y la Macedonia (250). Decio se empeña con ellos en una lid desesperada, en que después de ver perecer á su hijo, encuentra también él mismo la muerte: y Galo, acaso vendido también á los godos como Prisco, es proclamado emperador. Galo celebra con los godos una paz vergonzosa, obligándose á pagarles un tributo anual, á condición de que respeten las tierras del imperio, condición que los bárbaros se cuidaron muy poco de cumplir. La peste asolaba aquellas provincias (252), y multitud de razas salvajes las invadían. Además de los godos, la Escitia y la Germania arrojaban masas innumerables de guerreros, los godos se derramaban por la Tracia y la Macedonia, los francos invadían las Galias por el Rhin, los escitas caían sobre el Ponto Euxino y avanzaban hasta Calcedonia, y Sapor, rey de los persas, ocupaba la Armenia, y se proponía arrojar á los romanos de toda el Asia. Y mientras los bárbaros sitiaban el imperio por todas partes, los aspirantes á la púrpura se hacían proclamar cada cual por su ejército, se combatían, ó se asesinaban.

Tal estaba el imperio cuando Valeriano se ciñó la púrpura pasando por encima de los cadáveres de Galo y de Emiliano. Él y su hijo Galieno, mozo afeminado y vicioso, auxiliados de Póstumo, Claudio, Aureliano y Probo, que en el hecho de ser caudillos del ejército, eran candidatos á la púrpura, vencieron á los godos, rechazaron de España á los franco-germanos, pero marchando después contra los persas, cayó Valeriano prisionero del rey Sapor (260). Todos los crímenes del imperio y todas las flaquezas del Capitolio se vieron castigados en la persona de aquel desventurado emperador. Propúsose el Persa hacer á su imperial cautivo objeto de ludibrio y de afrenta. El bárbaro rey le hacía servir de estribo para montar á caballo, apoyando orgullosamente su pie sobre la encorvada espalda del prisionero, revestido de la púrpura. Y porque un día le irritó, mandó deso-

llarle vivo, y adobada su piel y teñida de encarnado, la rellenó de paja para que conservara la forma humana, y la hizo colgar de la bóveda del templo principal de Persia, donde se conservó por espacio de muchos siglos (1). ¡Barbarie inaudita! Cuando Galieno supo el desastroso fin de su padre, se contentó con decir: *Ya sabía yo que mi padre era mortal*. Y recogiendo la otra mitad de la vieja púrpura, como quien recoge la mortaja de un muerto, continuó impasible entre sus cortesanas y sus deleites. No sabemos cuál acabó de humillar más el imperio, si la muerte afrentosa del padre, ó la conducta vergonzosa del hijo.

Entonces fué cuando se levantó simultáneamente un enjambre de tiranos, que unos fijan en treinta por asemejarlos á los de Grecia, otros en diez y nueve: entre ellos se distinguían las dos reinas Zenobia y Victoria. Esta última elevó al rango de Augusto en las Galias á Mario, que había sido armero, el cual llamaba á Galieno *lujuriosísima peste*. Mario pereció á manos de un soldado que había sido oficial de su taller: al atravesarle el cuerpo con la espada le dijo: *Tú la fabricaste*. Victoria, aquella Zenobia de las Galias, no se desalentó por esto, y nombró todavía emperador á Tétrico, que lo fué de las Galias y de España. Pero ¡cosa maravillosa! Aun producía Roma genios no comunes. Tal fué Claudio, que sucedió á Galieno: mereció y obtuvo el nombre de Gótico, por la brillante derrota que causó á los godos. Curiosas son las palabras con que él mismo la describe: «Hemos destruído trescientos mil godos, y echado á pique dos mil naves. Los ríos están cubiertos de escudos, y sus márgenes de anchas espadas y pequeñas lanzas. Las llanuras se ocultan bajo los montones de huesos blanquecinos: no hay camino que no esté tinto de sangre.... hemos hecho tantas mujeres prisioneras, que no hay soldado que no pueda tener dos ó tres esclavas (2).» La fortuna ayudaba á Claudio por otra parte. Los tiranos se habían destruído unos á otros; no le quedaban sino Zenobia en Oriente y Tétrico en Occidente: ya se disponía á ir contra ellos cuando le sorprendió la muerte (270).

Hízolo por él su sucesor Aureliano, llamado *Espada-en-mano*, *Manus ad ferrum*. Dotado Aureliano de cualidades brillantes, de gran valor y de un golpe de vista pronto y certero, subyugó á los dacios, y venció á Zenobia y á Tétrico. El triunfo de Aureliano fué el más pomposo y brillante que se vió jamás: todos los pueblos figuraron en él: llevaba prisioneros godos, alanos, alemanes, vándalos, roxolanos, sármatas, suevos y francos; tras ellos iba Tétrico, que algún tiempo había dominado en España, vestido con la púrpura imperial; entre las reinas prisioneras distinguíase la famosa Zenobia, reina de Palmira, atadas las manos con una cadena de oro tan pesada, que los grandes de su corte, cautivos como ella, tenían que ir la aliviando el peso; las perlas que cuajaban su vestido apenas la permitían andar (3). Ostentábase Aureliano sentado en un carro triunfal

(1) *Direpta est ei cutis... at in templo barbarorum deorum ad memoriam triumphí clarissimi ponetur*. Lactant. De morte persecut., cap. V.

(2) Carta de Claudio á Broco, gobernador de la Iliria.

(3) Cuando presentaron á Aureliano la ilustre prisionera de Palmira: «¿Con que has tenido atrevimiento, le dijo, para oponerte á un emperador romano?—Ignoraba, le

arrastrado por cuatro siervos. Así renovó todavía Aureliano las antiguas glorias de Roma. Era naturalmente severo: no permitía á los soldados tomar ni un pollo de los labradores, diciendo que los guerreros deben verter la sangre de los enemigos, no la de los pollos ni las lágrimas de los infelices conciudadanos (1). Cuando se dirigía á Oriente á hacer la guerra á los persas, fué muerto por los oficiales de su armada. Los cristianos lo agradecieron, porque meditaba contra ellos una nueva persecución (275).

Sucedió entonces un fenómeno inexplicable. El mundo estuvo ocho meses sin dueño. El senado remitía al ejército el cargo de nombrar emperador: el ejército á su vez le remitía al senado: ni el uno quería usar de su derecho ni el otro de su fuerza. Cosa extraña: no sabemos si sería capricho ó cansancio. Por fortuna, con las últimas victorias contra los bárbaros de fuera y contra los tiranos interiores, el imperio estaba tranquilo. Roma hubiera podido recobrar su libertad, y no lo hizo: parecía haberla ya olvidado. Por fin, el senado proclamó emperador á Tácito, anciano de setenta y cinco años, y de la familia de Tácito el historiador filósofo. Este anciano pareció rejuvenecer un poco la corrompida decrepitud de la república, mas cuando iba á colocarse á la cabeza del ejército para repeler una nueva invasión de los alanos, halló un fin desastroso. Su hermano Floriano, que le sucedió, reinó poco, y le mataron los soldados, por pasarse á las águilas de Probo, ó más bien, los soldados asesinaban ya emperadores por costumbre (276).

Probo fué uno de los más grandes emperadores del tiempo de la decadencia. En otra época hubiera podido ser un Augusto. Tan rígido soldado como hábil político y celoso administrador, defendió el imperio contra los enemigos, y las provincias contra los excesos de los soldados, los cuales veían en él un soldado más frugal y más disciplinado que ellos. No podían ser insensibles al ejemplo de un emperador, que sentado en tierra sobre la hierba en la cima de una montaña de la Armenia, comiendo legumbres en un puchero, con un sencillo vestido de lana teñido de púrpura, recibía á los embajadores del rey de Persia. La modestia de Probo era tan grande, que cuando sus soldados le aclamaban: «Me matáis, decía, cuando me llamáis emperador.» Cuando le murmuraban su pobreza, decía á su ejército: «¿Queréis riquezas? Ahí tenéis el país de los persas. Creedme; de tantos tesoros como poseía la república romana, nada ha quedado; el mal viene de los que han enseñado á los príncipes á comprar la paz de los bárbaros. Nuestras rentas están agotadas, nuestras ciudades destruidas, nuestras provincias arruinadas. Un emperador que no conoce otros bienes que los del alma, no se avergüenza de confesar una honesta pobreza.» Como guerrero derrotó á los francos, á los borgoñones y á los vándalos que se habían apoderado de las Galias. Mató á cuatrocientos mil bárbaros, libertó y reedificó setenta ciudades, trasladó á la Gran Bretaña colonias de prisioneros, sometió una parte de la Alemania, levantó una muralla de doscientos

contestó la cautiva reina, que hubiese todavía emperadores dignos de este nombre: á todos los consideraba como Galienos ó Aureolos: pero me has vencido, Aureliano, y veo al fin un emperador.»

(1) Hist. August., pág. 222.

tas millas desde el Rhin hasta el Danubio, y libre de las guerras extrañas sofocó las rebeliones interiores: como administrador, afianzada la paz, empleó sus ejércitos en labores de agricultura, y mandó plantar de nuevo viñas en España, revocando el ridículo edicto de Domiciano. «Si los dioses me conceden vida, dijo en una ocasión, pronto el imperio no necesitará de soldados.» Las legiones recogieron esta expresión, y no aguardaron más que una ocasión para deshacerse de quien tal ánimo mostraba de disolverlas.

Al día siguiente de haberle asesinado (282), le erigieron un sepulcro de mármol con esta inscripción: *Aquí yace Probo, el mejor de los emperadores, el vencedor de los tiranos y de todas las naciones bárbaras.* Esta inscripción era una verdad, y aun pudieron decir más de sus virtudes pacíficas (1).

Siguieron Caro, Carino y Numeriano. Carino residió en España. De su estancia se hallaron monumentos en el mercado público de Sagunto, y muchas inscripciones han perpetuado su administración. Sucedió á éstos Diocleciano, con el que empieza la era famosa de la Iglesia conocida con el nombre de *Era de Diocleciano ó era de los Mártires.*

Aun estaba la España bajo la dominación de Carino cuando fué contra él Diocleciano: encontráronse sus ejércitos, pero los soldados de Carino ahorraron á Diocleciano el trabajo de vencerle. Parecía ya como artículo de ordenanza para los soldados asesinar á sus jefes, ó para dar la púrpura á otro, ó para quitársela á los mismos que habían proclamado. Diocleciano no se reconoció bastante fuerte para sustentar solo el peso de tan vasto imperio y le compartió con Maximiano Hércules (285). Aun hizo más: nombró luego dos Césares, á saber, Constancio Chloro y Galerio, y dividió los dominios imperiales en cuatro grandes provincias. La España con la Bretaña y las Galias le fué encomendada á Constancio, que era el mejor de los tres. Tiénese, no obstante, en lo general una idea muy exagerada de la crueldad de Diocleciano, sin duda por la persecución general que en su reinado sufrió la Iglesia. Pero Diocleciano, príncipe prudente y hábil, había dado antes de la persecución diez y ocho años de gloria al imperio; había sido gran administrador, y refrenó mucho el despotismo militar y la preponderancia de las legiones. El mismo edicto de persecución que con tanta sangre de mártires enrojeció la tierra le dió de muy mala gana; el delito de Diocleciano fué la flaqueza de haber cedido á las inicuas sugerencias de Galerio. El emperador quiso antes consultar á un consejo de magistrados, y este consejo opinó que los cristianos debían ser perseguidos. Diocleciano, no tranquilo todavía, envió á consultar á Apolo de Mileto, y Apolo respondió que los justos esparcidos por la tierra le impedían decir la verdad; los arúspices declararon que estos justos eran los cristianos: resolvióse con esto su persecución, y se dió el famoso edicto de Nicomedia, obra de la maldad de Galerio y de la debilidad de Diocleciano (2).

Antes de este edicto, y en los reinados de Galo, Valeriano, Galieno,

(1) Hist. August., Vit. Prob.—Zosim., lib. I.

(2) Chateaubriand en sus *Mártires*, ha hecho el retrato de las cualidades respectivas de los tres emperadores, Diocleciano, Galerio y Constantino, con mucha verdad histórica, y con la elegancia que distingue al ilustre escritor de nuestro siglo.

Claudio y los demás que le sucedieron, los decretos de persecución habían sido ó parciales ó contradictorios, y los gobernadores de las provincias, más bien que los emperadores, eran los que empleaban, según su carácter, la tolerancia ó el rigor con los cristianos. Ahora la persecución se hizo general; el decreto prevenía el exterminio; Galerio no se contentaba con menos; se empezó destruyendo las iglesias y entregando á las llamas los libros santos y las actas de los mártires que había habido, y siguieron los suplicios sin distinción de orden, clase ni edad: las cárceles rebosaban de víctimas, los caminos se veían cubiertos de montones de hombres mutilados; los garfios, el potro, la cruz y las bestias feroces despedazaban á niños y madres, ó los arrojaban confundidos á las piras, ó los precipitaban al fondo del mar á centenares, porque no había verdugos para tantas víctimas (300).

Muchos mártires hubo también en España, no por culpa del César, porque Constancio no los perseguía, y acaso en su interior los amaba, sino del gobernador Daciano, escogido de entre la aristocracia romana, la más enemiga de las novedades (que así llamaban la nueva religión), para dar cuenta de los cristianos desde los Pirineos hasta el Océano. Murieron obispos, centuriones, magistrados; y de este tiempo fueron los innumerables mártires de Zaragoza. Hubo también en España, fuerza es confesarlo, falta de constancia en muchos; bastantes abjuraron ó por debilidad ó por poco arraigados en la fe, y faltábale todavía mucho á la España para ser toda cristiana. La persecución duró en Occidente dos largos años, los últimos del reinado de Diocleciano: en Oriente la continuó Galerio por ocho años más. Galerio no se saciaba de sangre cristiana.

El ímpio é infame Galerio había logrado persuadir á Maximiano, padre de su mujer, á que abdicase la púrpura. Logró después lo mismo de Diocleciano, más ciertamente con amenazas que con la persuasión, y Diocleciano, tan generoso en partir con otros el imperio, obligado á bajar de él por el mismo á quien había elevado, se retiró á Salona su patria. Así quedaron por emperadores Galerio en Oriente y Constancio en Occidente. Con la elevación de Constancio al imperio cesó en España la persecución de los cristianos (305), antes se entregó públicamente á su confianza; abriéronse las cárceles á todos, y entre ellos recobró la libertad Osio, obispo de Córdoba, que después se hizo tan justamente célebre. Constancio fué un excelente príncipe, dulce, justo y tolerante, y tan pobre, que cuando daba un festín tenía que pedir la plata prestada. Suidas le llama *Constancio el pobre*. Su hijo Constantino, el que después había de dar tanto engrandecimiento y lustre á la Iglesia, tenía entonces diez y ocho años, y habiéndose alistado antes en las banderas de Diocleciano, continuaba sirviendo en Oriente bajo los estandartes de Galerio. Reclamábale su padre, agobiado de enfermedades; pero el inicuo Galerio le retenía en su poder, hasta que una noche se salvó de sus lazos con la fuga. Para librarse Constantino de la persecución, iba en cada parada de postas cortando las piernas á los caballos de que se servía (1), y de este modo llegó á incorporarse con su padre, el cual murió luego en York; las legiones, haciendo el último ensayo

(1) Zosim., lib. II.

de su poder, aclamaron á Constantino emperador, en nombre de las virtudes de su padre (306).

Muchas guerras tuvo que sostener todavía Constantino antes de sentarse tranquilo en el trono de Occidente, ya contra Maximiano, que, arrepentido de su abdicación, quiso vestirse otra vez la púrpura, ya contra Galerio, ya contra Maxencio y Licinio. Por este tiempo se celebró en España el concilio de Illiberis. La Iglesia y el mundo van á recibir una transformación bajo el imperio de Constantino.

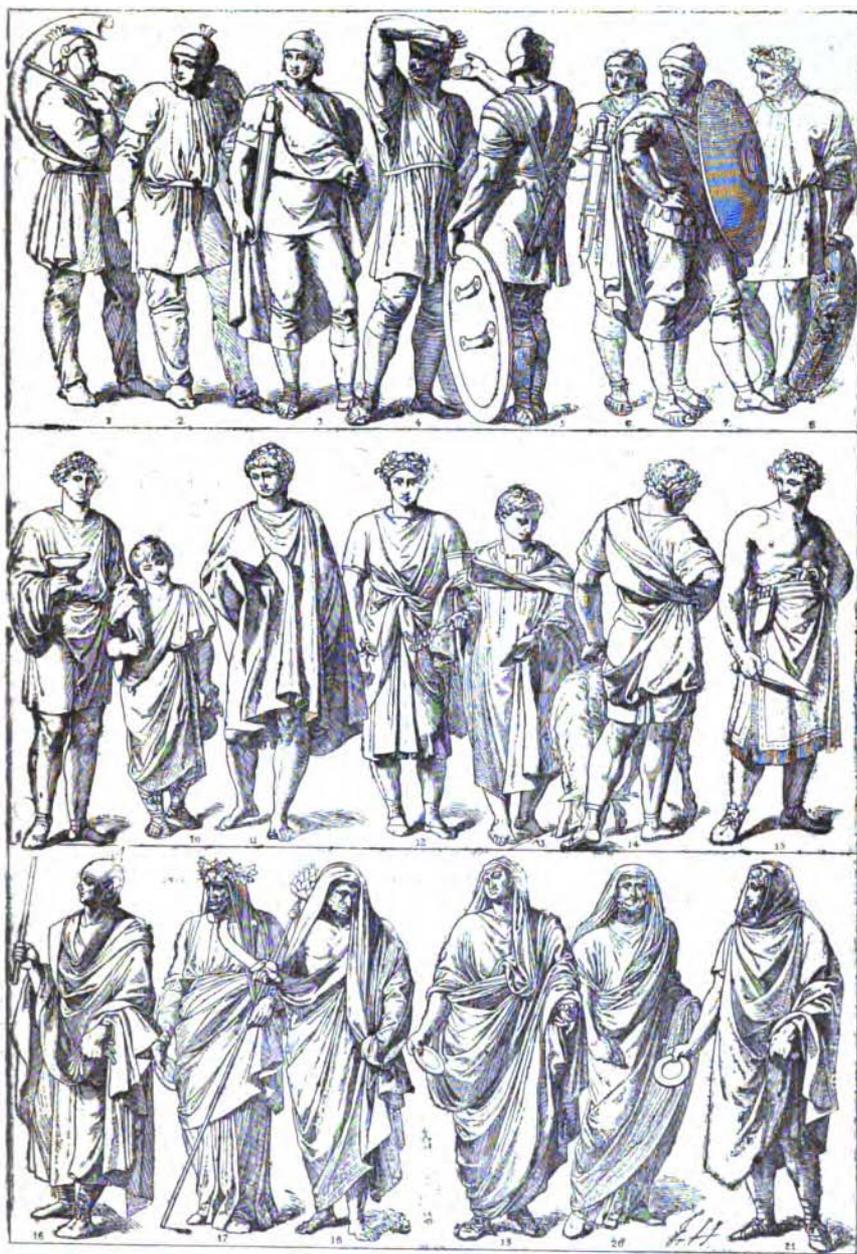
CAPÍTULO IV

EL CRISTIANISMO

Pintura de las costumbres del imperio romano.—Corrupción y disolución moral.—En los emperadores: en el pueblo: en los hombres de letras.—Causas que la producían.—Politeísmo.—Constitución orgánica del imperio.—Tiranía: esclavitud: condición miserable y abyecta del pueblo.—Vicios de la legislación.—Derechos tiránicos de los padres.—Prostitución del matrimonio: facilidad de los divorcios: leyes sobre el celibatismo: esclavitud de las mujeres: falta de vínculos de familia: exposición de los hijos.—Escandaloso lujo y vida licenciosa de los ricos: egoísmo universal: estrago y desenfreno de costumbres.—Filosofía epicúrea: filosofía estoica.—Necesidad de una revolución social en el mundo.—La trae el cristianismo.—Filosofía cristiana.—El cristianismo considerado como principio moralizador y como principio civilizador.—Su doctrina: su nacimiento y progresos.—Costumbres de los primeros cristianos.—Persecuciones: martirios: edad heroica del cristianismo.—Cómo fué ganando al pueblo.—Cómo á las clases elevadas de la sociedad.—Filósofos cristianos: apologistas.—El cristianismo en España.—Mártires españoles.—Zaragoza.—Osio.—Situación religiosa del mundo al comenzar el cuarto siglo.

Estaba elaborándose lentamente en el imperio romano una revolución social, la mayor que han presenciado los siglos, y la mayor también que se verá hasta la consumación de los tiempos. Todos los sucesos que hasta ahora llevamos referidos carecen de importancia al lado del grande acontecimiento que se estaba preparando. La sociedad antigua iba á disolverse, el mundo iba á sufrir una transformación física y moral, y la gran familia humana iba á ser regenerada en su religión, en su gobierno, en su legislación, en su moral y en sus costumbres. Los elementos existían ya, pero iban obrando paulatinamente como todo lo que está destinado á producir cambios y revoluciones que han de durar largas edades. Menester es que conozcamos las causas que fueron preparando esta gran metamorfosis social, para que podamos apreciar después debidamente sus efectos.

Por el imperfecto cuadro que hasta ahora hemos delineado se ha podido ver á qué grado de corrupción, de inmoralidad, de desenfreno habían llegado las costumbres en el imperio romano, y el imperio romano era entonces el mundo. Aunque la disolución y los vicios tenían ya gangrenada la sociedad romana en los últimos tiempos de la república, veíanse todavía algunos ejemplos, si no de virtudes morales, por lo menos de virtudes cívicas, de las virtudes propias de un resto de energía nacional, de un resto de amor á la libertad. Bruto y Casio fueron llamados los últimos romanos. La voz de Cicerón dejó de oírse, y no hubo quien la



TRAJES MILITARES Y SACERDOTALES DE LOS ROMANOS

1 & 8 y 16. *Soldados romanos.* — 9 & 15. *Auziliares de los sacerdotes.* — 17 & 21. *Romanos en actitud de hacer ofrendas á los dioses.*

reemplazara, porque la elocuencia enmudece con la tiranía. Mientras la república estuvo ocupada en conquistar, la necesidad del heroísmo produjo todavía algunas virtudes: cuando los hombres dejaron de pensar en guerras, pensaron en deleites y en cortesanas. Cuando Augusto dió la paz al mundo avasallado, no pudo hacer sino llamar en su auxilio las musas para que encubrieran con sus laureles la tiranía y la relajación. Aunque de buena fe quisiera Augusto corregir las costumbres, era ya impotente para ello, porque el corazón de la sociedad estaba corrompido, y lo estaba por la misma organización social.

Así desde Augusto que aparentó querer contener la inmoralidad, corre después y se precipita desbocada y sin freno, ayudada de la tiranía desmascarada, que era lo único que le había faltado. Desde entonces no se ve sino una depravación profunda en todos los miembros de la sociedad: el vicio y la impiedad, la ferocidad y la adulación, la crápula y la sensualidad, erigidas en sistema. Emperadores malvados disponían de un pueblo corrompido, y soldados licenciosos se daban emperadores tan desenfrenados como ellos. Plebe y soldados nombraban, aplaudían, divinizaban al que esperaban les hiciese más distribuciones de trigo ó de dinero con que matar el hambre, y que les diese más espectáculos con que divertirse: cuando las distribuciones y los juegos se acababan, asesinaban á aquel y aclamaban á otro. Así el pueblo lloraba como una desgracia la muerte de Calígula, de Nerón, de Cómodo, de Caracalla y de Eliogábalo, porque habían sido los más pródigos para él. «El pueblo, dice elocuentemente un escritor español (1), el pueblo, siempre mendigo y siempre seguro, decía al tirano: tenga yo dinero, y tú confisca: tenga yo trigo, y tú mata: tenga yo espectáculos, y tú harás cuanto te agrade: con que entre el pueblo y el mal príncipe había una tácita convención, mediante la cual el déspota daba el trigo y el pueblo los aplausos... Cuando los tiranos salían de sus palacios, y oían las salutations y agradecimientos del pueblo, imaginábanse que todo el imperio se hallaba en el más floreciente estado, y tenían las interesadas y compradas aclamaciones de la canalla bien alimentada por indicios de la pública felicidad. — ¡Hacíase, dice en otra parte, una carnicería de los ricos? Pan al pueblo, y mas que todos los ricos se matasen. ¡Subía un emperador á la escena, ó descendía al palenque con los gladiadores? Pan al pueblo, y en el senado y en el circo resonaban aplausos al emperador comediante, citarista ó cochero. ¡Volvió el príncipe de la guerra sin haber visto al enemigo, ó después de haber hecho una paz vergonzosa? Pan y dinero al pueblo, y el príncipe quedaba hecho padre de la patria, y entraba victorioso en Roma entre las aclamaciones y bajo los arcos de triunfo. ¡Moría una cortesana, una vil prostituta, esposa del emperador y mujer de todos los hombres? Pan y dinero y aceite al pueblo, y la casta consorte del tálamo nupcial era hecha una diosa, se derramaban lágrimas sobre su tumba, y sus estatuas se adornaban de flores.»

Así los príncipes apresuraban la corrupción del pueblo, y el pueblo ayudaba á la corrupción de los príncipes.

(1) Malgorza y Azanza, Discurso sobre el comercio de los romanos.

¡Pero era sólo el pueblo ignorante y estúpido el que así adulaba á sus tiranos? ¿No hacían lo mismo los hombres de letras, los sabios y filósofos? Valerio Máximo dedica su obra al infame Tiberio, y en el prefacio se dirige á él diciéndole: *A vos, á quien los dioses y los hombres de concierto han dado el gobierno del mundo; á vos, de quien pende la salud de la patria, pues que vuestra divina sabiduría alienta con tanta bondad las virtudes que hacen el objeto de esta obra y castiga con severidad los vicios contrarios; á vos, César, es á quien invoco para el éxito de mi empresa.*—El mismo Séneca, el preceptor de Nerón, el que mejor escribía de moral y de virtud, pero que á favor de sus usuras había amontonado en cuatro años trescientos millones de sestercios (1); el que por impedir á su depravado discípulo que fuese incestuoso le inclinaba á ser adúltero; el mismo Séneca, ¿no le decía á Nerón que *podía vanagloriarse de un mérito que ningún otro emperador tenía, la inocencia; y que hacía olvidar los tiempos de Augusto* (2)?

Jamás, ni en tiempo ni en parte alguna, se vió la humanidad agobiada bajo el peso de tantos vicios y de tantos crímenes. Es un cuadro que asombra y espanta. ¿De dónde provenía tanto desorden? ¿Qué causas habían producido aquel refinamiento de disolución y de maldad? La religión y el culto, la organización política, el gobierno, las leyes, las doctrinas filosóficas, todo contribuía á fomentar la corrupción intelectual y moral del pueblo romano.

Los hombres del mundo antiguo, no habiendo alcanzado el conocimiento de la verdadera divinidad, se fabricaron dioses con las mismas pasiones y con los mismos defectos que ellos; y si al principio les tuvieron respeto, fueron perdiéndosele después. Había dioses para todas las virtudes, pero había también dioses para todos los vicios, y los hombres encontraban más fácil asemejárselos en éstos que imitarlos en aquéllas, *Si Júpiter trasformándose en lluvia de oro, decía Terencio en una de sus comedias* (3), *seduce las mujeres, ¿por qué yo, siendo un miserable mortal, no he de poder hacer otro tanto?* Y como si el politeísmo de Roma no fuera bastante, como si el catálogo de los dioses romanos necesitara ser aumentado para autorizar todos los crímenes, llevaron los de Egipto y Grecia para que los ayudaran á proteger y santificar los vicios. Si en el templo de la Venus de Babilonia se prostituían públicamente las mujeres, si en el de Corinto se consagraban más de mil meretrices á la madre de los amores, ¿por qué en Roma había de haber vestales? Nadie quería ya serlo, y no se encontraba quien mantuviera el fuego sagrado. Pero en cambio las madres llevaban á sus hijas á las fiestas Lupercales, asistían con ellas á las danzas impúdicas de Flora, y las acompañaban al teatro á ver representar con demasiada realidad los amores lascivos de Pasifae. En cambio las doncellas llevaban Príapos colgados al cuello, y las cortesanas ostentaban su desnudez en los combates de los gladiadores, y exigían que éstos escogieran para morir las posturas más lúbricas. Así se formaron aquellas Mesalinas,

(1) Tacit. Ann., lib. XIII.

(2) Sen. De Clementia.

(3) Eun. Act. III.

aquellas Lépidas, y aquellas Julias, cuyas obscenidades y cuyos delitos dejamos á los poetas de aquel tiempo que los celebren.

No eran solos el sensualismo y la lascivia los que contaban con protectores en el Olimpo, ni solos los altares de Venus, de Adonis y de Príapo los que tenían adoradores. A ningún vicio le faltaba su divinidad, incluso el homicidio y el robo. Hasta la hipocresía era pedida á los dioses como una virtud. *Hermosa Laverna*, decía Horacio (1), *enséñame el arte de engañar, y concédeme parecer justo y santo*. Los templos de la Piedad, de la Castidad, de la Concordia, de la Virtud y del Honor, estaban ú olvidados ó desiertos; los votos y las ofrendas se colgaban en el de *Júpiter Prædator*, para que les fuese propicio en sus latrocinios. No extrañamos que Cicerón y los hombres ilustrados de su tiempo se burlaran ya públicamente de aquellas divinidades, avergonzados de lo absurdo del politeísmo, pero no encontraban un dios que pudiera estar libre de caer en aquel descrédito. No se halló, como veremos luego, otra cosa que oponer al desautorizado paganismo, que una filosofía ineficaz.

Si la idolatría favorecía la corrupción, no la fomentaba menos la organización política del estado. El imperio romano era un gigante que tenía abrazada la mitad del mundo con un círculo de hierro. Nunca se había extendido tan lejos la opresión de la familia humana, nunca se llevó tan adelante el desprecio de la humanidad, y nunca se vieron tantas miserias, egoísmo tan universal, relajación tan absoluta de los vínculos sociales. «El despotismo de los emperadores, dice un ilustre escritor, parece haber sido permitido para dar al mundo un ejemplo de los excesos á que la embriaguez del poder absoluto puede conducir á los hombres.» ¿Necesitaremos recordar la execrable depravación de ese catálogo de monstruos imperiales que tuvieron encadenado al mundo, que mataban á sus semejantes por recreo, que amaestraban á las fieras en el arte de devorar hombres, que gozaban en los espectáculos viendo la presteza con que los leones engullían esclavos, ó prisioneros, ó mujeres, ó conspiradores denunciados, y que se saboreaban en las mesas con las lampreas cebadas en sus estanques con carne humana? Lo que parece sorprender más es que hubiera un pueblo tan sumiso que tolerara tan abominables monstruos y tan horribles monstruosidades. Pero armados ellos con la terrible ley que establecía el delito de lesa majestad, autorizando y premiando los delatores, provistos de numeroso espionaje á que se prestaba grandemente un pueblo de mucho tiempo atrás corrompido, ellos podían deshacerse fácilmente de todo ciudadano que pudiera hacerles sombra, ó cuyos bienes codiciaran, y los especuladores y traficantes en delaciones les surtían abundantemente de víctimas, y á trueque de ganar un premio, importábales poco llevar familias enteras á los suplicios ó ejecutar por sí mismos cuantos asesinatos les fuesen ordenados.

Por otra parte, ¿qué sentimiento de dignidad, de pensamientos nobles podía haber en la inmensa mayoría del pueblo romano, pobre, abyecta, deprimida, degradada por la ley, no habituada al trabajo, despojada de toda garantía social y acostumbrada á vivir de limosnas que á título de

(1) Epist. XVI, lib. I.

distribuciones le daban los príncipes, ó á merced de un pequeño número de ricos á quienes tenía que adular y servir? Porque ¿qué era el imperio romano? Una agregación de ciento veinte millones de pobres ó de esclavos, al servicio de diez millares escasos de opulentos. Porque allí no existía esa clase intermedia, que es el alma de las sociedades, esa clase de libres cultivadores, y de talentos independientes, esa que hoy denominamos clase media, donde suelen residir la ilustración y la virtud. No había más que un número inmenso de miserables que se morían de hambre, al lado de unos pocos que nadaban en la opulencia y en el lujo, que gastaban en un banquete lo que hubiera bastado para alimentar en un mes una provincia entera (1), y cuyos criados se contaban por millares (2). Plinio menciona un ciudadano, que después de lamentarse de las pérdidas que había sufrido durante las guerras civiles, dejó al morir cuatro mil ciento diez y seis esclavos, tres mil seiscientos pares de bueyes, doscientas cincuenta mil cabezas de ganado, y sesenta millones de sestercios sin contar las tierras (3). Patricios había que poseían más vasallos que súbditos algunos monarcas.

La esclavitud, base y vicio radical de las antiguas sociedades, estaba prescrita en Roma por las leyes. El imperio estaba poblado de esclavos, que no eran mirados como hombres. La ley los consideraba como *cosa*, como propiedad de sus señores ellos y sus hijos. La más ligera falta, el más leve descuido en el servicio doméstico, autorizaba al señor para arrojarle al vivero de los peces. Podía matarle, ó venderle, ó echarle á las fieras, y los enfermos eran despedidos y abandonados como muebles inútiles. La más remota sospecha bastaba para entregarlos á la tortura; y la legislación prescribía los tormentos, las planchas de hierro candente, los garfios para despedazar las carnes, los potros en que se estiraban los miembros hasta descoyuntar los huesos. Un pueblo en que el homicidio se había convertido en espectáculo de placer, un pueblo á quien se divertía con juegos y fiestas que duraban ciento veintitrés días, en cuyo espacio morían en la arena diez mil gladiadores, ¿podía tener sentimientos generosos y humanitarios?

Ejercíase una tiranía legal hasta en el hogar doméstico. Los derechos del padre sobre los hijos eran los derechos de un tirano, y las mujeres, esa preciosa mitad del género humano, eran miradas por los romanos como esclavas. Pobres y ricos rehuían el matrimonio, los unos por la falta de medios con que sustentar la familia, los otros por preferencia á las caricias fácilmente compradas en un celibatismo licencioso. Hubo necesidad de establecer leyes penales contra los célibes, pero la unión á que muchos se sujetaron por no incurrir en las penas de la ley Pappia-Poppea vino á ha-

(1) Lucio Vero, el colega de Marco Aurelio, gastó en una noche con sólo doce convidados, la enorme suma de seis millones de sestercios. Fué memorable aquella cena en los fastos de la gastronomía. Jul. Capit. in Vero, cap. v.

(2) *Familiarum numerum et nationes* los llama Tácito. Annal., lib. XI.—Plinio dice que era necesario un *nomolator* para conocerlos y llamarlos: y Ateneo, que había quien poseía quince ó veinte mil. Dignos., lib. VI.

(3) Citado por Cantú, Hist. Universal. Epoca VI, cap. v.

cer del matrimonio una vergonzosa prostitución. Habiendo caído en desprecio, se facilitaron los divorcios, y llegó á hacerse legal el adulterio. Juvenal nos habla de una mujer que llevaba ocho maridos en cinco otoños, y San Jerónimo testifica haber visto en Roma á uno que enterraba á su vigésima prima esposa, la cual á su vez había tenido veintidós maridos. Júzguese cuál debería ser la educación de los hijos: sirviéndoles de estorbo y de carga, ó perecían antes de nacer, ó los dejaban abandonados, exponiéndolos en la vía pública.

En ayuda de una religión y de una legislación que así autorizaban la tiranía y la esclavitud, y que así conducían á la disolución de costumbres, vino la filosofía de Epicuro, trasportada de Grecia, con sus doctrinas de egoísmo material, de goces y de placeres sensuales, á poner el sello del refinamiento al egoísmo y á la sensualidad romana. Abrazáronla emperadores y patricios, y entregáronse sin freno á todos los goces del lujo, de la lubricidad y de la crápula, llevando el fausto, la molicie y hasta la gula á un grado que nos cuesta hoy violencia creer, aun atestiguándolo unánimemente todas las historias romanas, y que dejaba atrás el lujo y la delicadeza tan ponderada de Asia.

El oro, la plata, el marfil, la concha, el ébano y el cedro, eran las materias comunes del ajuar de sus palacios. Calígula hizo guarnecer de perlas las proas de las galeras de cedro en que costó las deliciosas playas de la Campania. Con perlas adornaba Nerón los lechos de sus liviandades. Con perlas ataviaban las nobles y ricas matronas su cabeza, su cuello, su pecho, sus brazos, y hasta sus piernas. Lolia Paulina llevaba un aderezo que se evaluaba en cuarenta millones de sestercios. La Arabia, la India, la Persia, el Africa, el Oriente, el Mediodía, el Norte, los mares, los golfos, las islas, los bosques y los campos de todas las regiones, no bastaban á surtir á los voluptuosos romanos de perfumes y aromas, de perlas, de piedras preciosas, de telas, de metales, y de maderas olorosas. Cada magnate sostenía una turba de perfumistas, bañistas, y otros ministros de la molicie y de la afeminación: las ricas matronas, además de la multitud de mujeres que en su tocador empleaban, hacían gala de no presentarse en público sin un cortejo numeroso de eunucos, de galanteadores y rufianes, y de otros viles servidores de la prostitución. De Nerón dice Plinio que hizo derramar en la pira de Popea tal copia de bálsamos exquisitos que toda la Arabia no podría producirla en un año. Y Adriano el filósofo, el que viajaba á pie y con la cabeza descubierta, regaló en una ocasión en honor de su suegra y de Trajano á todo el pueblo de Roma una cantidad prodigiosa de aromas preciosos, é hizo correr los bálsamos y los unguentos por el vestíbulo y graderías del teatro.

Nada hay, sin embargo, que represente el desarreglo, el estrago, la locura á que habían llevado sus goces los voluptuosos y corrompidos emperadores de Roma, como la descripción que hace Lampridio de la vida de Eliogábalo. «Alimentaba, dice, á los oficiales de su palacio con entrañas de barbo de mar, con sesos de faisanes y de tordos, con huevos de perdiz y cabezas de papagayos. Daba á sus perros hígados de ánades, á sus caballos uvas de Apemenes, á sus leones papagayos y faisanes. Él comía carcañales de camello, crestas arrancadas á gallos vivos, lenguas de pavos reales y de



TOCADOS Y OBJETOS DE ADORNO DE LOS ANTIGUOS ROMANOS

1 á 18. Diferentes peinados usados por las antiguas damas romanas.—19 á 35. Agujas de varias formas para sujetarse el cabello.—36 á 40 Pendientes de oro y piedras preciosas—41 y 43 Brazaletes de oro.—44, 47 á 49 Anillos—42, 45 y 46 Collares de oro y piedras preciosas—50 y 50'. Imperdible, visto de lado y de frente—51 Diadema.

ruiseñores, guisantes mezclados con granos de oro, lentejas con piedras de una sustancia alterada por el rayo, habas guisadas con pedazos de ámbar, y arroz mezclado con perlas..... Un día ofreció á sus parásitos el ave fénix, y á falta de ella mil libras de oro..... Eliogábalo (dice el mismo historiador) nadaba en lagos y en albercas rociadas de bálsamos los más exquisitos, y hacía derramar el nardo á calderadas..... Llevaba un vestido de seda bordado de perlas: nunca usaba dos veces el mismo calzado ni la misma sortija ni la misma túnica: no conoció jamás dos veces una misma mujer. Los almohadones en que se acostaba llenábanse con una especie de vello de pluma de las alas de las perdices. A un carro de oro embutido de piedras preciosas (porque despreciaba los de plata y de marfil), uncía dos, tres y cuatro mujeres hermosas con el seno descubierto, y hacía que le arrastra, sen en su carroza. Algunas veces iba desnudo como su elegante tiro, y rodaba por debajo de los pórticos sembrados de lentejuelas de oro, como el sol conducido por las Horas (1).» No sabemos cuál irrita más, si el refinado lujo ó la estragada lujuria.

Tal depravación de costumbres trajo tras sí el escepticismo, y la filosofía escéptica hizo alianza con la sensualidad epicúrea. Era consiguiente la incredulidad, nacida en los pervertidos patricios de su misma relajación, en la plebe de la imitación y de la ignorancia. El populacho se entregaba simultáneamente á los vicios de la superstición y á los de la incredulidad. Los hombres ilustrados, los que al mismo tiempo eran almas fuertes y espíritus generosos, buscaron un asilo contra la corrupción en las doctrinas de otra filosofía, en el estoicismo, «noble consuelo, dice un erudito escritor, para las almas solitarias, pero estéril para la sociedad.»

En efecto, ¿á qué conducía el estoicismo? ¿á qué guiaba? Al desprecio de la vida, al suicidio. «Si no podéis soportar tanta disolución, si os desesperan los males de la humanidad, les decía Séneca, *suicidaos.*» La escuela estoica enseñaba á los individuos á desprenderse de la vida con fría insensibilidad, con la impasibilidad del fanatismo; pero no hallaba medio de corregir los males que sentía la humanidad sino destruyéndola. Sabían los estoicos morir y no sabían vivir. Elogiábase mucho la serenidad de aquel ciudadano, que condenado á muerte por Calígula, y como se hallase jugando á las damas cuando entró el centurión á anunciarle que era llegada la hora de morir, respondió: *Aguardad un poco, voy á contar los peones.* ¿Y qué ganaba con esto la sociedad? ¡Mejoraban algo las costumbres con que hubiera algunos hombres á quienes no les importaba más vivir que morir? Hasta llegó á perder el mérito aquel valor, si valor en ello había, puesto que se practicaba ya por vanidad, añadiéndose así otra corrupción nueva en vez de corregir la corrupción antigua. Por otra parte aquella filosofía no descendía al vulgo, que no entendía la metafísica en que iba envuelta. Los emperadores que la practicaron, los Nervas, los Trajanos, los Adrianos y los Marco Aurelios, reunieron una mezcla de virtudes y de vicios que los hacía cometer ó crueldades ó extravíos; echaron de menos los grandes hombres y no pudieron formarlos.

(1) Lamprid. Hist. August. in Vit. Heliog.

Aquel estado del mundo era intolerable. Había una necesidad de crear, y nadie creía: había una necesidad de reformar las costumbres públicas, y nadie hallaba el medio de reformarlas. El politeísmo había recorrido todas sus fases, y se encontraba desacreditado: se recurría á las escuelas filosóficas, y las unas desmoralizaban más, y las otras eran ineficaces para contener la desmoralización. Necesitábase una revolución general en los espíritus y en los corazones. La humanidad necesitaba de un asilo, de un consuelo, de un principio moralizador. ¿Dónde se encontraba? ¿De dónde había de venir? ¿Del cielo ó de la tierra? Del cielo y de la tierra vino juntamente. En un rincón de la Judea había nacido el que tenía la misión divina y sublime de regenerar el mundo. «De la humilde cabaña de Galilea, dice un elocuente escritor contemporáneo, salió la buena nueva pregonando un Dios único, la fraternidad, la igualdad de los hombres, y un reinado de virtud, de verdad y de justicia... Desde ahora la unidad de Dios enseña la unidad del género humano. Queda prescrita la inocencia, no sólo en las obras, sino también en el pensamiento emancipado. Hasta entonces el único medio de poderío y de gloria había sido la guerra, el único objeto de los héroes la conquista; se había declarado la servidumbre como un hecho necesario, natural, equitativo; y condenado el esclavo á todas las miserias, y además al embrutecimiento intelectual y moral, vivía sin existencia religiosa, sin afecciones, sin legítima descendencia. Ahora una nueva palabra, la caridad, hace menos pesadas las cadenas, mientras logra romperlas del todo: la paz universal es proclamada, y quedan extinguidos los privilegios de nacimiento y de conquista. Propende todo á inspirar horror á la efusión de sangre.... Véese aparecer el modelo de una sociedad sobre la combinación de formas pacíficas, de un poder espiritual en su esencia, opuesto á los excesos del poder armado; el modelo de una fraternidad de naciones, que en vez de aniquilarse unas á otras se comunican para perfeccionarse mutuamente. ¿Y quién ha obrado este prodigio? Un artesano de Galilea.»

Vino, pues, el cristianismo, y el mundo oyó por primera vez: *No hay más que un solo Dios verdadero*. Habían pasado cuatro mil años, sin que nadie hubiera dicho á los hombres: *Todos sois hermanos; haced bien á vuestros mismos enemigos*; hasta que Cristo vino á enseñarles esta sencilla máxima que á todos se les había escapado. Á los tiranos les dijo: *Todos los hombres son iguales ante Dios*: y los rebajó hasta nivelarlos con los oprimidos. Á los esclavos les dijo: *Todos los hombres son libres*: y los elevó hasta igualarlos con los emperadores ante la presencia de Dios. Á los epicúreos: *Los goces materiales no hacen la felicidad del hombre, porque hay en él algo más elevado y noble que la materia y el cuerpo*; y á los estoicos: *No os suicidéis, porque la disponer de vuestra vida le toca sólo á Dios que os la ha dado y porque hay otra vida más allá de este mundo*: y les enseñó la inmortalidad del alma. Dijo á los pobres: *Bienaventurados los humildes*: y los consoló. Y á los ricos: *La mayor de todas las virtudes es la caridad*. Los sabios habían ignorado el medio de contener la corrupción universal, y Cristo se lo enseñó con la doctrina y el ejemplo. Santificó el matrimonio, y haciendo á la mujer compañera del hombre y no esclava, emancipó con esto solo á la mitad del género humano. No había salido



TRAJES, VASIJAS Y ESCULTURAS DE LOS ROMANOS DE LAS PRIMERAS ÉPOCAS DEL CRISTIANISMO

1 & 15. Cristianos de ambos sexos; la fig. 13 representa un sepulturero y la 14 un sacerdote. — 16 & 25. Vasijas, lámparas, urnas y aras.

doctrina semejante de las escuelas de Pitágoras ni de Epicuro, de Sócrates ni de Platón.

La revolución moral que necesitaba el mundo quedaba iniciada. Como religión, aventajaba el cristianismo á todas las religiones fundadas sobre el politeísmo: porque en vez de dioses cargados de flaquezas ó de vicios humanos, enseñaba á adorar un solo Dios puro y sin mancha. Como filosofía, era más digna, más elevada, más sublime que cuantas habían producido las academias, porque enseñaba la fraternidad universal: como sistema de gobierno, ninguno más aceptable, más noble, más liberal, que el que daba al hombre derechos que no había gozado nunca, el que arrancaba la humanidad de la dominación de la fuerza bruta, el que proscibía la tiranía, abolía la esclavitud, y proclamaba la libertad, la igualdad, la emancipación del pensamiento; el que decía á los súbditos: *Obedeced, pero sin servidumbre*; y á los príncipes: *Gobernad, pero sin tiranía*: el que prescribía, en fin, dar al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.

Los hombres escarnejaron al que se anunció como regenerador del mundo sin espadas y sin ejércitos, al que se presentó como moralizador y civilizador, y le hicieron sellar con su propia sangre su doctrina. Todo estaba previsto, ó por mejor decir, todo estaba decretado, y el Hombre-Dios quiso dejar al mundo el ejemplo más sublime que ha podido concebirse de abnegación, de amor y de caridad. Fué el primer mártir de su culto. Él se había presentado humilde, y los que después de él se encargaron de propagar su legislación eran tan pobres y tan humildes como él. Hasta entonces, todos los sistemas filosóficos, todas las creencias religiosas habían nacido en los entendimientos de los sabios, de allí se trasmitían á las inteligencias de segundo orden, y poco á poco se difundían por el pueblo. Este es el orden natural de las influencias. El cristianismo, al contrario, tuvo por primeros propagadores á artesanos pobres y de ingenios rudos: de allí subió á las escuelas, se difundió entre los sabios y filósofos, y había de remontarse hasta el trono de los Césares. Ó en el fondo de la doctrina, ó en el modo de su propagación tenía que haber algo de sobrenatural. Habíalo en uno y en otro.

Sublime contraste formaban las costumbres de los primitivos cristianos con las que seguían practicando los hombres de la antigua sociedad. De parte de los paganos, disolución, inmoralidad, prostitución; de parte de los seguidores de Cristo, moralidad, pureza, inocencia. Mientras los mancebos idólatras acudían anualmente al sepulcro de Diocles, donde se coronaba al más lascivo, los cristianos proclamaban la virginidad como el estado más perfecto del hombre. Mientras aquéllos pasaban la vida en la embriaguez de los deleites, en doradas viviendas, entre aromas y perfumes, en opíparos banquetes, donde tenían que discurrir cómo excitar su apetito ya embotado, éstos recomendaban y practicaban la mortificación y la abstinencia, sus comidas eran frugales y reguladas por la necesidad, no por la gula, vestían modestamente, menospreciaban el lujo y el fausto, y no mantenían esclavos ni eunucos. Mientras los idólatras repudiaban diariamente sus mujeres, exponían sus hijos en los caminos ó en las plazas públicas, y hacían de la ley del divorcio un comercio de prostitución, los cristianos predicaban la indisolubilidad del matrimonio, hacían de la fide-

lidad conyugal una de las primeras virtudes y una prenda segura de la felicidad doméstica, y mirando como un deber sagrado el sustento y educación de los hijos, estrechaban las relaciones de familia con lazos de amor. Mientras aquéllos asistían con placer á las gemonías, ó se recreaban con los sangrientos espectáculos del circo, y se saboreaban con los sacrificios humanos, éstos visitaban á los presos en los calabozos, socorrían á los necesitados en sus humildes cabañas, asistían á la cabecera de los enfermos, y consolaban en el lecho del dolor á los moribundos. De un lado había un pueblo miserable y esclavo recogiendo las migajas de las mesas de los opulentos patricios, de otro familias que partían entre sí fraternalmente un pan de caridad.

Semejantes prácticas eran una acusación, una censura elocuente de los vicios dominantes, y los que así obraban no podían menos de ser objeto de las iras de los disipados emperadores y de los prefectos libertinos. De aquí esa lista de edictos sanguinarios, esas persecuciones, esos refinados tormentos, esos suplicios atroces, esas diez batallas generosas que sostuvieron los cristianos desde Nerón hasta Diocleciano, incluso los Antoninos, aquellos príncipes humanitarios que merecieron ser llamados las delicias de la tierra, pero que no se eximieron de ensangrentarse contra los que se negaban á quemar incienso en los altares de los dioses del imperio. No había medio para los cristianos de librarse de la persecución. Si se congregaban á la luz del día con el fin inocente de celebrar los misterios de su culto, eran perturbadores de la pública tranquilidad. Si huyendo del hacha del verdugo se retiraban á las catacumbas á comer el pan eucarístico, eran sociedades secretas que conspiraban contra el Estado. ¿Afligía una guerra al imperio, ó le desolaba una peste? La culpa tienen los cristianos, gritaba el populacho; y el emperador decretaba: *Cristianos á las hogueras*. ¿Sobrevenía una sequía, un hambre, un incendio? La culpa tienen los cristianos, decía el emperador; y el pueblo gritaba: *Cristianos á los leones*. Y los cadáveres de los cristianos palpitaban en los anfiteatros, sus entrañas desgarradas por tigres ó por leones cubrían la arena del circo, y los que no eran derretidos en las llamas, eran despeñados de lo alto de una roca, ó despedazados en ruedas de cuchillos, ó arrojados á las aguas del Tíber.

¿Y quiénes eran esas almas heroicas que tan rudas pruebas sufrían sin desaliento, y así desafiaban á los verdugos á quién se fatigara primero, y á quién faltara más pronto, si las víctimas ó los sacrificadores? ¿Eran guerreros avezados á los peligros y familiarizados con la muerte? ¿Eran temperamentos robustos, ejercitados con la fatiga y endurecidos con el trabajo? Eran muchas veces viejos encorvados con el peso de los años; eran pontífices y sacerdotes encanecidos á la sombra del santuario; eran á las veces tiernos niños que apenas se habían desprendido del regazo maternal; eran delicadas doncellas que no habían probado otras caricias que las de sus padres, y que caminaban al suplicio como si caminaran al festín de las bodas, no por hastío de la vida como los estoicos, sino con la esperanza de otra vida mejor. ¿Quién infundía tanto aliento á gentes tan flacas? ¿Quién trasformaba á los débiles en fuertes? ¿Qué secreta inspiración los conducía al heroísmo?

El pueblo lo veía, lo contemplaba y lo admiraba; los hombres no querían ser menos héroes que las mujeres, y acababan por convertirse á aquella religión que parecía tener el privilegio de vigorizar las almas. El pueblo por otra parte oía por primera vez sonar en sus oídos una doctrina filosófica que comprendía, un principio social que estaba al alcance de su inteligencia, reflexionaba sobre él, y deducía cuánto iba á mejorar su condición en el caso de que prevaleciera. El pueblo, á quien ningún filósofo había enseñado todavía, ni él se había imaginado nunca que podía dejar de ser esclavo, oyó predicar una doctrina que condenaba la esclavitud en nombre de Dios (1), y se fué adhiriendo á ella, porque los más dispuestos á creer son siempre los más oprimidos. Los poderosos la rechazaban, porque les era violento renunciar á los goces materiales á que estaban tan apegados.

Poco á poco fué penetrando la nueva doctrina en las escuelas, y se hizo objeto de examen y de discusión entre los sabios. Compararon los filósofos á Sócrates con Jesús, y en el primero hallaron toda la grandeza de un hombre, en el segundo toda la grandeza humana y toda la grandeza divina. Cotejaron la filosofía del Evangelio con las de Aristóteles, de Platón y de Epicuro; pusieron el Dios de los cristianos al frente de todos los dioses del gentilismo, y resultó de la comparación que los sabios no sólo se hicieron creyentes, sino que se convirtieron en apologistas del cristianismo. Aquella doctrina que al principio habían llamado por desprecio *stultitia, insipientia, insanía*, era lo más sublime que había salido de la boca de los instructores y de los legisladores de la humanidad. Los filósofos vinieron entonces en apoyo de los apóstoles, y los académicos continuaron la misión de los artesanos. Entonces salieron los elocuentes escritos apologéticos de Justino, de Tertuliano, de Clemente de Alejandría, de Cipriano, de Lactancio y de Orígenes, desafiando á toda la sabiduría pagana. *Desgarraré el velo que cubre vuestros misterios*, les decía Clemente Alejandrino, versadísimo en la filosofía de Platón: *Cántanos, Homero, tu magnífico himno: LOS AMOROSOS HURTOS DE MARTE Y VENUS: pero no, enmudece; no es magnífico el canto que enseña la idolatría. Vuestros dioses, crueles é implacables con los hombres, oscurecen su espíritu.....*

Así se iba infiltrando el principio civilizador en las clases más elevadas de la sociedad romana; ya los magnates, los patricios, las matronas, no se desdaban de creer: el sentimiento religioso se había ido propagando de las aldeas á las ciudades, de las grutas á las academias, de las chozas á los palacios: ¿cuánto tardará en subir hasta el trono imperial? Ya Alejandro Severo se había atrevido á poner la imagen de Jesús entre las de Abraham y Apolonio. Marco Aurelio se había hecho semi-cristiano desde el prodigio de la Legión Fulminante; y de cristiano se murmuraba al emperador Filipo. Ya no sólo se extendía la nueva fe por las provincias romanas, sino que había franqueado los límites y barreras del imperio; ya

(1) «Los preceptos del cristianismo, dice Robertson, comunicaban tal dignidad á la naturaleza humana, que la arrancaron de la servidumbre deshonrosa en que se hallaba sumida.» (Discurso sobre el estado del universo á la aparición del cristianismo.) Sólo Gibbon se atreve á negar que fuese debido á la religión cristiana este admirable mejoramiento de la humanidad.

cundía por los pueblos bárbaros, y ganaba soldados donde no había llegado el vuelo de las águilas romanas: allá se propagaba hasta por regiones y lugares en que ni siquiera se sabía que existía Roma, y que había un senado y un hombre que se llamaba emperador.

Siendo España una de las más importantes provincias del imperio, y teniendo tanta comunicación con la metrópoli, no pudo tardar en tener conocimiento de la doctrina que había venido á alumbrar al mundo. Una piadosa tradición, no interrumpida por espacio de diez y ocho siglos, hace á España el honor de haber tenido por primer mensajero de la fe cristiana al apóstol Santiago el Mayor, y de haberla predicado en persona en varias regiones de la Península; cumpliéndose así la profecía de que las palabras de los apóstoles llegarían hasta los confines de la tierra. *El rayo, el hijo del trueno*, como le llamaba su maestro divino, derrama el fulgor de la fe en las comarcas de Galicia, donde siete de sus más esclarecidos discípulos le ayudan á plantar la viña del Señor. Algunos de ellos le acompañan en su regreso á Jerusalén, á donde le llamaba la Providencia para coronar su celo. Allí recibe el martirio, y recogiendo sus discípulos el cadáver de su venerado maestro, se embarcan para Galicia, su patria, trayendo consigo el sagrado depósito. Dios permitió que el lugar en que se guardaron las cenizas del santo apóstol permaneciera ignorado, para que su prodigioso hallazgo diera, al cabo de ocho siglos, días de regocijo á la Iglesia española y días de gloria al pueblo cristiano (1).

Con el propio objeto de difundir la doctrina del Evangelio en esta favorecida porción del globo, España tuvo también la gloria de ser luego visitada por el apóstol filósofo, San Pablo, que hasta en el palacio del mismo Nerón había logrado hacerse discípulos y ganar prosélitos. El elocuente apóstol dirige su rumbo hacia las regiones de la Península á que no había podido llegar la voz del Zebedeo, y derrama por las comarcas de Oriente el conocimiento de la doctrina civilizadora del cristianismo (2).

(1) Véanse Flórez, *España Sagrada*, tom. III.—Morales, *Cron. general*.—Medina, *Grandezas de España*.—Masdeu, *Esp. Roman.* tom. VIII.—Niegan los extranjeros la venida del apóstol Santiago á España y su predicación en nuestra Península. ¿Podremos dejar de respetar las tradiciones sólo porque las nieguen los extranjeros? No nos detendremos ahora á refutar sus argumentos negativos: otros lo han hecho ya victoriosamente antes que nosotros. Sólo diremos, en cuanto á las dificultades de tiempo, que desde el año 38 de nuestra era, en que suponemos la venida de Santiago, hasta el 42, en que acaeció su muerte en Jerusalén, tuvo tiempo de ejercer su apostolado en España y de volver á la Palestina.

(2) También hay extranjeros, aunque no tantos, que nos quieren disputar la gloria de la venida y predicación del apóstol San Pablo. Pero de ella por fortuna tenemos claros testimonios. Su intención de venir á España la manifestó él mismo bien explícitamente en la Epístola á los romanos. *Cum in Hispaniam proficisci cæpero, spero quod præteriens videam vos*. Cap. xv, vers. 24. *Per vos proficiscar in Hispaniam*. Ibid., vers. 28. De haberlo realizado certifican, San Juan Crisóstomo en la homilía XIII sobre la epístola á los de Corinto, y en la X sobre la segunda carta á Timoteo; San Jerónimo en el lib. IV sobre Isafas, y en el cap. v sobre el profeta Amós; San Teodoro en el Comentario sobre la Epístola á los Filipenses, y otros muchos de los primitivos santos padres. El año que San Pablo vino á España se cree haber sido el 60 de la era vulgar, y tiénese por cierto que vino por mar, y desembarcó en Tarragona, donde acostumbraban á hacerlo

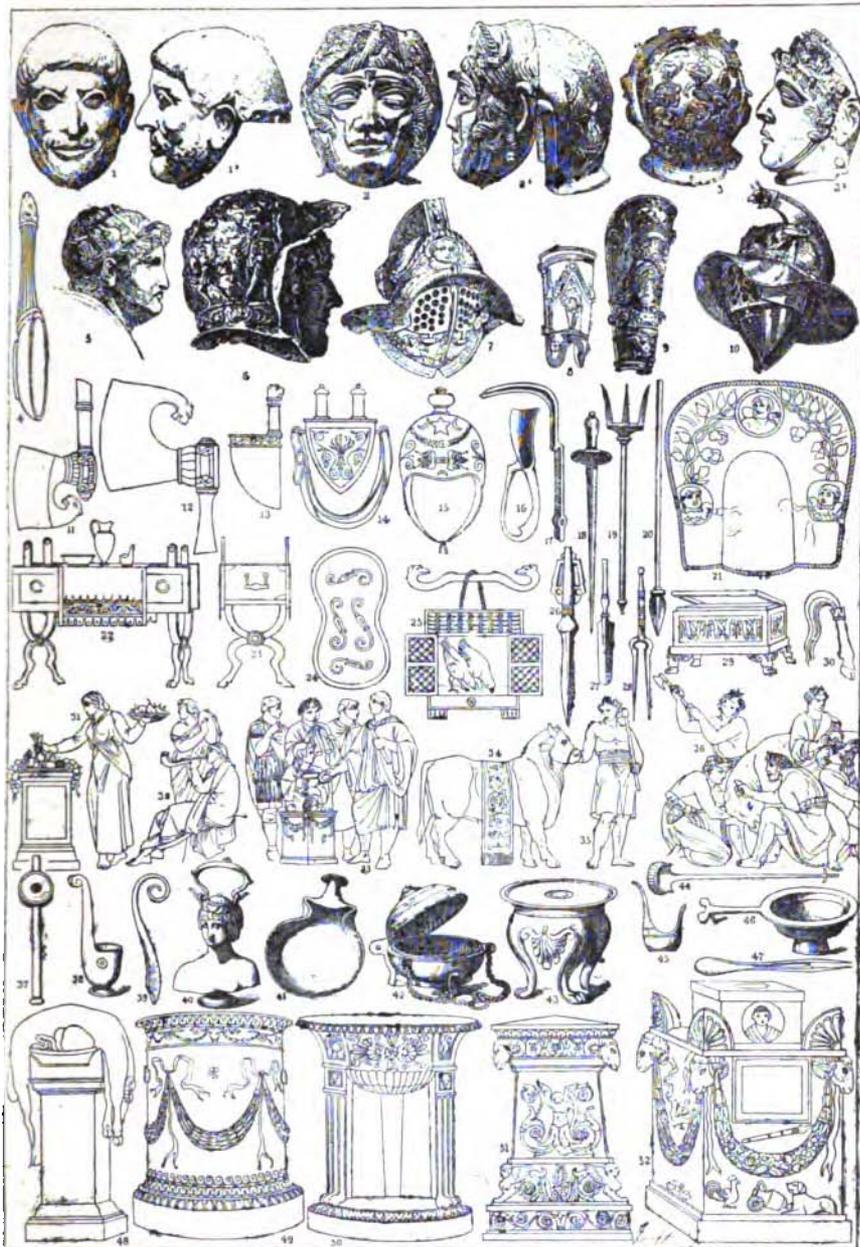
La sangre de los mártires empezó pronto á colorear este suelo en que tanto había de prevalecer y donde tanto había de fructificar la semilla de la fe. A pesar del influjo que en España ejercían los opulentos patricios, que atraídos de la belleza de su clima la habían hecho como una colonia de la aristocracia romana, no pasa el primer siglo sin que España vea algunos de sus hijos figurar gloriosamente en el martirologio cristiano. Eugenio de Toledo es colocado ya, desde la segunda persecución movida por Domiciano, en la nómina de los que vertieron una sangre generosa en obsequio del Crucificado. En el segundo siglo, imperando Marco Aurelio, y gobernando á León Tito Claudio Atico, se ofrecen Facundo y Primitivo en holocausto á la nueva fe, dejando con su valor y su constancia maravillados á sus perseguidores. Fructuoso de Tarragona, prelado de su iglesia, presenta el modelo del héroe cristiano, y con sus dos compañeros de martirio asombra y confunde al cruel ministro del despreciable Galieno (1). Los atletas de la fe se multiplican en el tercer siglo, y las vidas de los santos, «ese gran árbol genealógico de la nobleza del cielo,» presentan ya en sus páginas un largo y auténtico catálogo de ilustres mártires españoles.

Mas cuando se vió aparecer en España huestes, legiones enteras de campeones de la fe de Cristo, fué en la horrible persecución de Diocleciano. Entonces, cuando más arreció la tempestad, cuando Daciano, el ministro más sanguinario y cruel que había tenido emperador alguno, levantó por todas partes cadalsos y multiplicó los suplicios, entonces fué cuando España acreditó que vivían en su suelo los descendientes de los que en Sagunto, en Astapa, en Numancia habían sabido sacrificarse arrojándose á las llamas por defender su libertad y sus hogares, y que los despreciadores de la muerte por sostener su independencia, lo eran también por sostener la fe una vez abrazada, cuando se intentaba arrancarles brutalmente la una ó la otra. Hombres, mujeres y niños desafían entonces con intrepidez el hacha del verdugo y la cuchilla del tirano. Toledo, Alcalá, Avila, León, Astorga, Orense, Braga, Lisboa, Mérida, Córdoba, Sevilla, Valencia, Gerona, Lérida, Barcelona, Tarragona y otros cien pueblos y ciudades, cuentan entre sus blasones cada cual su hueste de mártires, Daciano medita sacrificar en masa la población cristiana de Zaragoza, y no pudieron contarse los mártires de Zaragoza, porque fueron *innumerables*. El poeta cristiano Prudencio la llamó *Patria sanctorum martyrum* (2). La ciudad

los cónsules y pretores, proponiéndose predicar la palabra de Dios en la España Oriental, como en la Occidental lo había hecho ya el apóstol Santiago. El ilustrado Sr. Cortés, dignidad de la iglesia metropolitana de Valencia, ha recogido los mejores testimonios sobre este asunto en un librito titulado: *Compendio de la vida del apóstol San Pablo*, impreso en Valencia en 1849.

(1) *Acta primorum martyrum, etc.*

(2) Prudent. in Himn. Martyr. Cæsar August.—*Actas de los Mártires*.—Depping. Hist., tom. II.—Tertuliano, contemporáneo de San Ireneo, en el escrito que presentó á Escápula, presidente de Africa, refiere cómo entonces se ejercía la persecución contra los cristianos de España por el presidente que se hallaba en León. Pero aun es mayor el testimonio que ofrece en el libro contra los judíos, al cap. VII, donde, hablando de las regiones que habían abrazado la religión cristiana, aplica el todo á la nación española. *Maurorum multi fines: Hispaniarum omnes termini, et Galliarum diversæ nationes.*



CASCOS, ARMAS, UTENSILIOS Y ALTARES DE LOS ROMANOS

1 & 3^a. Cascos con viseras á modo de caretas. - 4. Braserillo. - 5. Busto de emperador. - 6 & 10, 16 & 21. Armas defensivas y ofensivas de los gladiadores. - 11 & 15, 22 & 47. Ceremonias y objetos del culto. - 48 & 52. Aras.

que había de suministrar muchedumbre de mártires á la patria, comenzó por proveer de mártires á la religión.

Mas no eran solamente mártires los que producía la naciente Iglesia española. Varones y prelados eminentes en letras producía ya también. Y Osio, el venerable obispo de Córdoba, el enemigo terrible del paganismo y de la herejía, lumbrera de la cristiandad y presidente futuro de casi todos los concilios de su tiempo, comenzaba á asombrar con su erudición y con su fogosa elocuencia, no sólo á España, sino al mundo entero.

Ni por eso negamos que hubiera en España defecciones y flaquezas lastimosas durante las persecuciones. ¡En qué pueblo del mundo no habrá espíritus débiles, ni qué nación podrá blasonar de que todos sus hijos sean héroes?

Lejos estaba también de ser el cristianismo la religión dominante ni en España ni en las demás provincias del imperio romano en la época á que alcanza nuestro examen. Paganos eran todavía los emperadores; idólatra se mantenía el senado romano; las magistraturas civiles y militares se conservaban en manos de los seguidores del antiguo culto, y la mayoría de los pueblos adoraba todavía á los viejos ídolos, y se postraba ante los dioses de la gentilidad.

En tal estado se encontraba el mundo cuando subió al trono de los Césares Constantino. Prosigamos ahora nuestra historia.

CAPÍTULO V

DESDE CONSTANTINO HASTA TEODOSIO

De 306 á 380 de J. C.

Constantino.—Su conversión al cristianismo.—Cambio religioso y político en el mundo romano.—Edictos imperiales en favor de los cristianos y de su culto.—Su tolerancia con los paganos.—Herejía arriana.—Concilio general de Nicea.—Osio, obispo de Córdoba.—Estado de la Iglesia de España en este tiempo.—Decretos y cánones del concilio de Illiberis.—Reformas políticas de Constantino.—Fundación de Constantinopla.—Nueva aristocracia en el imperio romano.—Duques, condes, altezas, excelencias, etc.—Leyes humanitarias de Constantino.—Opuestos y encontrados juicios con que ha sido calificado este célebre emperador.—Nuestra opinión.—Muerte de Constantino.—Reinados de sus tres hijos Constantino, Constancio y Constante.—Juliano el Apóstata.—Reacción del paganismo.—Juicio crítico de Juliano.—Otros emperadores.—Valentiniano y Valente.—Irrupción de los godos en el imperio.—Trágica muerte de Valente.—Graciano.—Elevación de Teodosio.

¡Contraste singular! En el año 275 no hubo en el espacio de ocho meses quien ocupara el trono imperial. En el 306 reinan á un tiempo seis emperadores: Constantino, Maximiano y Maxencio en Occidente; Galerio, Licinio y Maximino en Oriente; los unos con el título de Augustos, los otros con el de Césares: novedad introducida por Diocleciano. Todos irán desapareciendo para dejar solo al que estaba destinado á reformar la vetusta sociedad romana.

El viejo Maximiano, después de haber abdicado la púrpura (308), quiere

recogerla nuevamente, conspira contra Constantino su yerno, pero cae prisionero en manos de éste, y Constantino hace morir á un anciano que á haber podido le hubiera muerto á él (310). Galerio, el enemigo implacable de los cristianos, el instigador de Diocleciano, el autor del edicto de exterminio, el inventor de nuevos tormentos, muere de una enfermedad repugnante y vergonzosa (311), que los cristianos no dejaron de atribuir á castigo del cielo. Si no lo fué, por lo menos lo merecían sobradamente sus crímenes.

Quedaban ya cuatro emperadores. Maxencio traía escandalizado el Occidente con sus tiranías y con su liviandad desencadenada: sacrificaba á los senadores y les hacía cederles sus mujeres; dejaba á sus soldados matar, robar y violar á mansalva: jactábase de ser el único emperador verdadero, y aspiraba á derrotar á Constantino, á cuyo fin reunió un ejército de cerca de ciento ochenta mil hombres. Preparóse á su vez Constantino á marchar á Italia para purgar la tierra de aquel malvado. Seguían á Constantino sólo cuarenta mil soldados. Al pasar los Alpes, meditando sobre la guerra que había emprendido, levantó los ojos al cielo, y vió una cruz resplandeciente en la cual estaba escrito con letras de fuego: IN HOC SIGNO VINCES: *con esta enseña vencerás*. Por si dudaba de la significación de aquel prodigio, explicósele por la noche un sueño en que le fué revelado que con la cruz de los cristianos vencería á los enemigos, y que aquella debería ser la bandera de su ejército. Entonces Constantino hace poner en los estandartes la cruz con el monograma de Cristo, y el signo de la redención de los cristianos reemplaza en el *Labarum* á los atributos é imágenes de los dioses paganos. Baja Constantino los Alpes: encuéntranse los dos ejércitos en *Saxa rubra*, á nueve millas de Roma. La religión antigua y la nueva se ven, en presencia la una de la otra á orillas del Tíber y á vista del Capitolio. Los soldados de Júpiter Capitolino y los del Crucificado en Judea van á decidir cuál de los cultos ha de dominar en el mundo. La aparición de la cruz no había sido una visión engañosa. Realizóse el pronóstico de la misteriosa cifra. Las numerosas tropas de Maxencio fueron hechas pedazos: el tirano fugitivo cae del puente Milvio y perece ahogado en el Tíber, y Constantino entra triunfante en Roma con universal regocijo del senado y del pueblo (312), que le saludaron *libertador de la patria*.

Poco tiempo después de esta victoria que resolvió la revolución que había de hacerse en el mundo, Maximino, perseguidor todavía de los cristianos, habiendo roto con Licinio, muere vencido por éste (313), quedando así ya dueños del imperio Constantino y Licinio solos. Con diversos pretextos se encienden varias guerras entre estos dos emperadores: en todas va venciendo Constantino, hasta obligar á su rival á deponer la púrpura humillado á las plantas del vencedor (323). Poco después murió ahogado Licinio, viniendo á quedar así Constantino dueño y señor único del imperio.

Ya ocupa solo el trono del mundo el emperador amigo de los cristianos. Ya la religión de Cristo cuenta con la protección de la púrpura imperial, antes enemiga y perseguidora. El principio civilizador de la humanidad ha subido desde la cabaña de Galilea hasta el trono de los Césares: se



anunció bajo Augusto, y se entronizó con Constantino. Un santo alborozo se difunde por toda la cristiandad: las persecuciones han cesado; ya pueden los sacerdotes y los fieles salir de las sombras de las catacumbas á celebrar sus ritos á la luz del día en templos erigidos y dotados por el mismo emperador: la cruz se ostenta sobre los edificios públicos, y el *lábaro* ondea en los campamentos de los soldados. Los fieles se abrazan llenos de júbilo como náufragos que arriban á puerto de salvación después de una horrible tempestad.

No había necesitado Constantino de quedar solo en el imperio para favorecer á los cristianos, á cuyo sagrado signo debía su principal triunfo. Ya había expedido edictos protectores, y el papa Melquíades había comido á su mesa. Sin embargo, Constantino no abatió de repente los ídolos, ni prohibió el culto de los dioses, tan arraigado en las costumbres, tan sostenido por los intereses, y que profesaba aún la mayoría del imperio. Antes con una política hábil y prudente, y con una templanza que no es común en los innovadores, autorizó el culto público de la religión cristiana, pero tolerando á su lado el del paganismo. «Consiento, decía en un edicto que nos ha trasmitido Eusebio de Cesárea (1), que los que están imbuídos en los errores de la idolatría gocen del mismo reposo que los fieles. La justicia que se guardará con ellos, y la igualdad con que unos y otros serán tratados, contribuirán á atraerlos al buen camino. Que nadie inquiete á otro, que cada cual elija lo que le parezca mejor: que los que se niegan á obedeceros tengan templos consagrados á la mentira, pues quieren tenerlos; que nadie atormente á los que no participan de sus convicciones. Si alguno ha alcanzado la verdadera luz, sírvase de ella para iluminar á los demás; si no, que los deje tranquilos. Una cosa es combatir para alcanzar la corona de la inmortalidad, y otra usar de violencia para obligar á abrazar una religión.» Á los que le pedían el exterminio de los gentiles respondía: «La religión quiere que se padezca por ella la muerte, no que se dé á nadie.»

En cambio mostraba su predilección hacia el nuevo culto, ya publicando edictos y leyes en favor de los cristianos, ya erigiendo y dotando templos, ya otorgando á las iglesias y sacerdotes inmunidades y privilegios que cercenaba á los magistrados civiles hasta que llegara el caso de derribar los ídolos; y si no hizo al papa Silvestre la donación de Roma y de Italia que apareció en el siglo VIII inserta en las Decretales del español Isidoro Mercator (2), no por eso dejó de dotar con espléndidas rentas las iglesias de Roma, y de decorarlas con todo el lujo y magnificencia que era capaz de desplegar al que estaba siendo señor del mundo, al propio tiempo que proscribía las fiestas escandalosas y las luchas de los gladiadores. Harto explícitamente condenaba con esto la idolatría.

Mas luego que la Iglesia se vio convertida de perseguida en dominadora, comenzó á verse trabajada más seriamente por las herejías que muy

(1) Vit. Constant.

(2) Supónese en estas Decretales que el emperador había cedido al papa Silvestre y á sus sucesores la soberanía de Roma y de las provincias de Occidente. De aquí las pretensiones de los papas al señorío temporal.

desde el principio habían comenzado á combatirla. Las herejías eran como las sectas filosóficas del cristianismo. Era menester que las hubiera para que la controversia y la discusión depuraran más la verdadera doctrina. En este sentido produjeron efectos saludables; porque ejercitaron el pensamiento manteniendo siempre despierta la inteligencia, y nada mejor probaba que el cristianismo ni aborrecía la luz ni esquivaba los debates de la discusión. Celoso se mostró también Constantino en ayudar á los prelados ortodoxos á extirpar las que entonces se propagaban por la Iglesia de Occidente. En un concilio que hizo congregar en Arlés fué condenada la de los donatistas. Pero la que llegó á turbar más profundamente no sólo la paz de la Iglesia sino también la tranquilidad del Estado, fué la famosa herejía de Arrio, que negaba la consustancialidad de naturaleza del Hijo y del Padre, llamando á Cristo la primera de las criaturas. Hacemos expresa mención de esta herejía, porque la veremos por siglos enteros ejercer una influencia poderosa, no ya sólo en la parte religiosa, sino también en la política de los Estados.

Penetrado Constantino de lo peligroso de esta doctrina, y en vista de la rapidez con que se propagaba y del ardor sedicioso con que era sostenida, convocó un concilio general en Nicea de Bitinia, á que concurrieron trescientos diez y ocho obispos de todas las provincias del imperio: acaecimiento grande en la historia de la humanidad; tratábase nada menos que de discutir libremente en la asamblea más respetable que se había congregado jamás entre los hombres lo que éstos debían creer (325). Quiso también asistir el mismo emperador. La herejía de Arrio, condenada ya en otros concilios particulares, es anatematizada también en esta solemne asamblea. En ella se compuso el símbolo de la fe, que por más de quince siglos repiten los cristianos en toda la superficie del globo.

Extrañamos ciertamente y sentimos que muchos historiadores extranjeros, al nombrar los prelados que más se distinguieron en este concilio por su sabiduría y su virtud, ó no hagan mérito alguno ó le hagan muy pasajeramente del ilustre y venerable español Osio, obispo de Córdoba, á pesar de haber sido el que tuvo la honra de presidirle en nombre del papa y por orden del mismo Constantino, y de ser á quien se atribuye la redacción del símbolo de la fe. Omisión indisciplinable, en que desearíamos no entrase la intención de oscurecer nuestras glorias; bien que no pueden eclipsarse fácilmente glorias que pregonó el mundo entero (1).

(1) Con razón fué llamado Osio el padre de los obispos y el presidente de los concilios. Este virtuoso y sabio prelado fué el alma de todas las asambleas religiosas de aquel tiempo y una de las antorchas más luminosas que ha producido la España. Su contestación á las cartas amenazantes del emperador Constancio, en la cual sostiene la separación de las potestades eclesiástica y civil, es la obra maestra de la magnanimidad episcopal. Desterrado á Sirmich á la edad de cien años, se le presentó una fórmula arriana para que la suscribiese: para ello emplearon con el venerable anciano todo género de tormentos: y es objeto de la discusión de los críticos si realmente flaqueó y llegó á suscribirla, ó si después de suscrita se arrepintió. San Atanasio le defiende de la calumnia de haber firmado su condenación; y la mayor parte de los autores sostienen que murió en la comunión católica.—San Hilario, San Epifanio, Sócrates, Sozomeno, Aguirre, D. Nicolás Antonio, etc.

Otro tanto nos vemos precisados á decir de los que afirman que á principios del cuarto siglo sólo había un corto y escaso número de cristianos en España, y que sólo entonces comenzaron á dejarse ver obispos y pastores (1). Si tantos testimonios auténticos no certificaran del gran número de fieles que había ya en España en el siglo III, si las actas de los mártires de aquel tiempo no estuvieran tan llenas de nombres españoles, y si no se hubieran hecho conocer ya en aquel siglo los nombres de tantos obispos, los unos como impugnadores de las herejías, algunos, como Marcial y Basilides, en sentido menos favorable, acreditaríalo sobradamente el concilio de Illiberis, incontestablemente anterior al de Nicea, acaso también al advenimiento de Constantino, y tal vez celebrado en el año mismo de 300, según Tillemont y los monjes de San Mauro (2). Diez y nueve obispos asistieron á esta célebre asamblea religiosa, y sin que estuviera ya muy difundida por España la doctrina de la fe, ni hubieran podido congregarse tantos dignos prelados, entre ellos el eruditísimo Osio, ni se hubieran hecho aquellos célebres cánones, aquellas disposiciones disciplinarias, en que se revela la fuerza que había adquirido ya el cristianismo en España. á pesar de los obstáculos que una persecución ruda y reciente había opuesto á sus progresos (3).

(1) «En Espagne, ce ne fut qu'au commencement du quatrième siècle qu'on vit s'élever quelques édifices pour la célébration du nouveau culte... ce n'est qu'alors que paraissent les évêques et les pasteurs... Tous les actes de l'authenticité desquels on ne saurait douter témoignent du petit nombre de chrétiens que l'avènement de Constantin trouva en Espagne...» Charl. Romey, *Hist. d'Espagn.*, Chap. x. Es más extraño esto en un escritor ilustrado que comunmente suele hacer justicia á las cosas de España, y que á renglón seguido conviene en que el concilio español de Illiberis fué por lo menos anterior al de Nicea, y que asistieron á él diez y nueve prelados, casi todos de la Bética. Si tan escaso era el número de los cristianos en España al advenimiento de Constantino, si no se había hablado antes de obispos ni de pastores, ¿cómo tan de repente pudieron celebrar un concilio nada menos que diez y nueve ilustres prelados de una sola provincia?

(2) *L'Art de vérifier les dates.*

(3) Aguirre, *Collectio maxima conciliorum Hispania.*—Algunos cánones de este concilio merecen ser notados, por la idea que dan de la relación en que estaban en aquel tiempo el antiguo y el nuevo culto en España. Se prohíbe á los cristianos entrar en los templos de la idolatría, dar sus hijas en matrimonio á los gentiles, tener ídolos en sus propiedades, etc. Pero los duumvros cristianos deberán, durante el año de su magistratura, abstenerse de entrar en las iglesias, porque los deberes de su cargo los obligan á asistir al menos á alguna ceremonia pagana. Infiérese que las magistraturas municipales las ejercían paganos, si bien los cristianos iban teniendo ya ingreso en ellas. El concilio hufa de romper abiertamente con las autoridades constituidas; no se oponía á que los cristianos que desempeñaban oficios de república observaran el culto gentilicio á que les forzaban los deberes civiles de su cargo, pero no quería que mezclaran los dos cultos. Por el canon LX se declaraba que no serían considerados como mártires los que fueran muertos en el acto de derribar un ídolo, porque el Evangelio no lo ordena, y los apóstoles no lo practicaban así. Conócese que los prelados del concilio querían evitar las temeridades á que un celo excesivo conducía á aquellos fogosos cristianos. Prohibíase la granjería á los obispos y sacerdotes, y se les prescribía la continencia. Dábanse otras muchas disposiciones pertenecientes á disciplina eclesiástica, y muy particularmente á la reforma de costumbres, y se establecían penas contra la usura, contra el homicidio,

Grandes novedades políticas introdujo también Constantino en el gobierno del imperio. Roma iba á perder en importancia política lo que estaba llamada á ganar en importancia religiosa. La que había de ser ciudad de los pontífices y centro del mundo cristiano, iba dejando de ser poco á poco ciudad de los Césares y centro del mundo idólatra. Ya Diocleciano, residiendo fuera de Roma, la había acostumbrado á pasar sin la presencia del emperador, y dividiendo el imperio entre Augustos y Césares había roto la antigua unidad. Constantino va más adelante todavía en menoscabo de la grandeza romana. Constantino, después de residir alternativamente en Roma, en Milán, en Treves, en Syrmium ó en Tesalónica, determina fijar su residencia en Bizancio. Desde allí podía el emperador observar con un ojo á los bárbaros de la Germania, con otro á los persas, los dos enemigos más formidables del imperio. Desde allí podía extender sus dos brazos para recibir las riquezas de Oriente y de Occidente. Comienza, pues, á sentar allí los cimientos de una nueva capital (329). Los trabajos se emprenden y ejecutan con actividad maravillosa. Calles, plazas, palacios, pórticos, circos, termas, templos y basílicas se levantan como por encanto. Las estatuas de los héroes de Roma van á decorar los edificios públicos de la nueva ciudad, y todo el orbe es puesto en contribución para llevar allí sus más preciosos objetos artísticos. Establece un senado particular; créanse dignidades y magistraturas; allá concurren senadores, patricios, cortesanos, y tras ellos el pueblo de artesanos y el pueblo de menesterosos, los unos á vivir de su industria, los otros de las liberalidades del emperador. En la nueva corte imperial se ostenta todo el fausto, todo el lujo de Oriente. Dedicase un templo suntuoso á la Sabiduría eterna, con el nombre de *Santa Sofía*. La nueva población, que al principio se ha nombrado como por modestia Nueva Roma, toma luego por adulación el nombre de *Constantinópolis*, ó ciudad de Constantino (330). Aunque Roma no renunció á la supremacía imperial, revelábase ya que Constantinopla compartiría con ella la importancia de los sucesos del mundo. La voluptuosidad y la depravación se apoderaron pronto de aquella segunda ciudad del imperio.

Siguiendo Constantino un sistema semejante al de Diocleciano, dividió el imperio en cuatro grandes prefecturas. La de las Galias comprendía también las provincias de Bretaña y las siete de España (1): el prefecto residía en la Galia: España era regida por un vicario subordinado al prefecto, al cual iban las causas en apelación.

Constantino separó el servicio militar de la administración civil, y trasformó en funciones permanentes los cargos que hasta entonces habían sido pasajeros y á manera de comisiones. Creó dos *maestros generales*, uno para la infantería y otro para la caballería, á los cuales subordinó treinta y cinco comandantes militares con los títulos de *duces* y de *comites*, de que las naciones modernas han hecho *duques* y *condes*. Ostentando

contra el adulterio, contra la bigamia, contra la prostitución, etc. Se prohibió pintar imágenes sagradas en las paredes de los templos; acaso porque los infieles no acusaran á los cristianos de ser también idólatras, ó porque en las persecuciones no estuvieran expuestas á la profanación.

(1) Bética, Lusitania, Galicia, Tarraconense, Cartaginense, Tingitana y Baleares.

la vana pompa de un soberano asiático, quiso rodearse de una aristocracia fastuosa, y entonces aparecieron los orgullosos títulos de *serentísimo*, de *ilustrísimo*, de *venerable*, de *vuestra excelencia*, *vuestra eminencia*, *vuestra alteza magnífica*, y otros con que distinguía las diversas jerarquías de los oficiales del imperio, y de que los pueblos modernos se han apoderado. Los oficiales de palacio tenían también sus títulos honoríficos, como el *comes domesticorum*, el *praefectus sacri cubiculi*, y otros infinitos. Las tropas se dividían en *palatinas* y *fronterizas*. Las primeras, estacionadas en la corte y en las grandes ciudades, se desmoralizaban y afeminaban con la ociosidad, y excitaban además con sus privilegios los celos de las que en las fronteras tenían que luchar todos los días con los bárbaros. La admisión de éstos como auxiliares contribuyó también á la desmoralización del ejército, y todas estas causas producían el disgusto y horror de los romanos á la milicia, hasta el punto de mutilarse los dedos para huir del servicio militar. No sólo fueron admitidos godos y germanos en las legiones, sino también en los oficios palatinos, y hasta en las primeras dignidades, y las magistraturas se fueron envileciendo de día en día.

Hizo por otra parte Constantino multitud de leyes saludables. Restituyó al senado las prerrogativas de que le habían despojado sus antecesores; libertó al imperio de aquella milicia pretoriana que con tanta facilidad daba y quitaba coronas; castigó á los delatores que creyendo lisonjearle iban á denunciarle víctimas; condenó la bárbara costumbre de exponer los niños recién nacidos que sus padres no podían alimentar; dió edictos contra los parricidas, reprimió la insolente avidez de los grandes, protegió la manumisión de los esclavos, y dictó otras muchas medidas humanitarias que fuera prolijo enumerar. Pero al propio tiempo veíasele entregar á los leones del circo los prisioneros de la cuarta campaña germánica, condenar á muerte de una manera misteriosa á su mismo hijo Crispo, y ahogar en un baño á su mujer Fausta, la calumniadora de aquél, acusada ella á su vez de mantener relaciones vergonzosas con un criado de las caballerizas imperiales. Veíasele en el concilio de Nicea tener la modestia de permanecer en pie hasta que se sentaran los prelados, y por otra parte ostentar un lujo soberbio, impropio de un príncipe cristiano, yendo siempre cargado de oro y pedrería, agravando para sostener aquel fausto con nuevas cargas á sus súbditos. Tal mezcla de virtudes y de vicios, y la circunstancia de haber sido un innovador religioso y político, ha sido la causa de los juicios tan encontrados que de él ha hecho la historia.

Al decir de algunos, «supo combatir y vencer como César, gobernar como Augusto, trabajar por la fecilidad del mundo como Tito y Trajano, y hacer servir á la gloria del verdadero Dios todo el poder que de él había recibido (1).» Al decir de otros, «no supo ni reprimir sus pasiones, ni afianzar el imperio que había conquistado, ni tuvo un talento extraordinario, y afeó sus buenas cualidades con una ambición desmesurada, con un natural feroz, con su prodigalidad y sus voluptuosidades (2).» Hay quien dice que

(1) Ducreux, *Hist. del Cristianismo*.

(2) Viennet

«reinó diez años como buen príncipe, otros diez como un brigante, y los diez restantes como un pródigo (1).» Otro, haciendo el paralelo de sus virtudes y de sus vicios, afirma que siguió la senda inversa de Augusto, y que acabó como Augusto había comenzado (2). Y ha habido quien ha llevado su audacia hasta negarle la cristiandad (3). Emitense juicios igualmente opuestos acerca de su muerte. A pesar de haber recibido el bautismo al fin de sus días, y de declarar al tiempo de morir que la única vida verdadera era aquella en que iba á entrar, no se libertó de que sospecharan algunos que había muerto en la herejía arriana, así por la confianza que á este heresiarca había llegado á dispensar, como por su amistad con Eusebio de Nicomedia, y el destierro de Atanasio á Alejandría. Pero el senado romano le colocó en el número de los dioses, y la iglesia griega le aclamó apóstol y santo.

Nosotros creemos que es imposible despojar á Constantino del mérito de haberse puesto á la cabeza de la revolución social más grande, más necesaria y más provechosa que se ha verificado en el mundo, y que en este sentido la Iglesia y la humanidad le estarán siempre agradecidas, y la posteridad no podrá menos de contar entre los más grandes monarcas de la tierra al que dejó encumbrada en el solio del mundo la religión que había nacido en un pesebre.

Murió, pues, Constantino en el año 337 de J. C. á los 31 de su reinado. El pueblo dió pruebas evidentes de su dolor, y su cuerpo fué sepultado junto á la tumba de su madre Santa Helena, la que tuvo la dicha de hallar el leño santo en que había sido crucificado el Redentor.

Constantino cometió el yerro de dejar dividido aquel mismo imperio por cuya unidad tanto en el principio había trabajado. El pueblo y el ejército, disgustados de esta division, hicieron una horrible matanza en la familia imperial, comprendiendo en ella á dos hermanos, un cuñado y cinco sobrinos del emperador difunto. Sólo se libraron de ella los dos sobrinos Galo y Juliano, y los tres hijos de Constantino en quienes quedó definitivamente compartido el imperio, á saber; Constantino, Constancio y Constante. Al primero de ellos le tocaron las Galias, la Bretaña y la España.

Habiendo estallado la guerra entre los dos hermanos Constantino y Constante, y perecido aquél en la lucha, quedó el segundo dueño de España y de las demás provincias que antes habían pertenecido á Constantino II (340). Constante era cristiano y piadoso, y convocó el concilio general en Sardica, que presidió también nuestro Osio, obispo de Córdoba, y al que asistió igualmente el infatigable Atanasio (347), mientras los orientales disidentes, reunidos en Philipópolis, se vengaban en excomulgar á Osio, á Atanasio y al papa Julio. Pero Constante, al mismo tiempo inepto y vicioso, una tarde al volver de caza, su recreo favorito, se halló suplantado por Magnencio, que en un banquete se había hecho aclamar

(1) Víctor el Joven.

(2) Gibbón.

(3) Escalígero.

por los soldados emperador. Huyendo Constante hacia España, fué alcanzado por las tropas de Magnencio, que á la falda del Pirineo le quitaron la vida (350).

Mientras esto acontecía en Occidente, y mientras en Oriente sostenía Constancio la guerra con los persas, el ejército de Iliria aclamaba Augusto á Vetranion, general anciano, que ni siquiera sabía escribir, pero que declaró no aceptar la púrpura sino para vengarse del usurpador Magnencio, como lo realizó en la famosa batalla de Murza, donde le derrotó completamente. En Roma se había hecho aclamar emperador Nepociano. Así andaba revuelto el imperio. Al fin logró Constancio quedar dueño único de todo el imperio como su padre Constantino (355). Pero Constancio favorecía la causa de los arrianos, que dió ocasión á la celebración de tantos concilios, figurando honrosamente en casi todos nuestro Osio de Córdoba. Las revueltas de las Galias y las devastaciones de los francos y germanos movieron á Constancio á encomendar el cuidado de aquella guerra á Juliano, último descendiente de Constantino. Este hombre hábil y elocuente supo ganarse pronto la confianza del ejército, que acabó por aclamarle Augusto. Murió Constancio, y quedó Juliano señor del imperio (361).

Fué este Juliano el llamado *apóstata*, porque apostató de la fe cristiana en que había sido educado, y no sólo volvió al culto de los antiguos dioses, sino que promovió una reacción en favor del politeísmo, cuyos oráculos no dejaban todavía de consultarse en mucha parte del imperio. También Juliano ha servido de original á retratos bien distintos, como suele acontecer á los príncipes reformadores. Los cristianos le han vituperado con razón en la parte que se refiere al restablecimiento de la idolatría y al afán de rejuvenecer las creencias paganas que Constantino había proscrito. Pero los cristianos, que no veían en el emperador sino al *apóstata*, no al literato ni al filósofo, acumularon sobre su cabeza enormidades en masa. Los incrédulos, por el contrario, le han ensalzado en demasía, llamándole otro Marco Aurelio, y habiendo quien le haya apellidado *el segundo de los hombres*: estos no han querido ver en él sino un filósofo con quien congeniarían, pero no han visto en Juliano el cínico, el burlón, el petulante; y de fanático y supersticioso le califica el mismo Amiano Marcelino, siendo un historiador gentil (1). Como enemigo de los cristianos, tuvo Juliano dos épocas; una de tolerancia, en que quiso hacer el papel de un Constantino de los paganos, permitiendo la libertad de cultos, si bien favoreciendo el de los antiguos dioses como Constantino favorecía el de los cristianos: en una carta á Ecébola le decía: «He resuelto usar de dulzura y humanidad con todos los galileos (así llamaba él siempre á los cristianos), y no tolerar que en manera alguna se violente á ninguno para que concurra á nuestros templos, ni se les obligue con malos tratamientos á

(1) *Superstitiosus magis quam sacrorum legitimus observator*. Amm. Marc. En el siglo pasado Voltaire le llamaba *modelo de reyes*, y Montesquieu *el más digno de cuantos han mandado á hombres*. La Bletterie, á pesar de ser gran parcial de Juliano, le lisonjeó menos. Los filósofos franceses del siglo pasado disimularon poco su incredulidad y menos su apasionamiento á la filosofía anti-cristiana. Muy de otro modo y con más tino le juzga el erudito Chateaubriand en sus *Estudios históricos*, Disc. II, parte II.



LAMPADARIO ROMANO

(Copia directa de una fotografía del original, existente en el Museo Arqueológico de Tarragona)

que hagan cosa alguna contraria á su modo de pensar:» ¿quién no ve aquí una imitación afectada de Constantino? Pero tuvo su época de intolerancia, en que hizo á los cristianos una persecución, más corta, pero no menos encarnizada que la de Diocleciano. Viéronse horrores que hacen estremecer; por una ley que publicó en 362, tuvo la pequeñez de prohibirles la facultad de enseñar la retórica y las bellas letras. Ciertamente que cuando él subió al imperio, la sociedad religiosa ofrecía ya un espectáculo bien triste: la herejía de Arrio lo había invadido todo, y lo traía todo revuelto: los católicos celebraban concilios contra los arrianos, y los arrianos los celebraban contra los católicos; unos á otros se anatematizaban, y llegaban ya á no entenderse: los obispos se disputaban las sillas, y mutuamente se desterraban. Añadíase á esto los donatistas, novacianos y eunomianos. No faltaba al desorden sino la rehabilitación del paganismo, y esto hizo Juliano: aun hizo más; por odio á los cristianos constituyóse protector de los judíos, y quiso que se reedificase el templo de Jerusalén, lo cual le impidió llevar á cabo un terremoto acompañado de erupciones volcánicas, porque estaba profetizado que no se volvería á levantar y era menester que la profecía se cumpliera. El desorden religioso había llegado al más alto punto.

Por fortuna de la cristiandad el reinado de Juliano fué corto; no llegó á tres años; y el politeísmo murió con el mismo que había querido resucitarle contra el torrente del siglo. Juliano fué el último emperador pagano. No sabemos cómo un hombre de sus talentos emprendió detener en su curso la revolución ya inevitable de las ideas. Bien que era menester que el paganismo moribundo hiciera, como los hombres, un esfuerzo vigoroso antes de expirar. Muerto Juliano, el ejército, á quien se había vuelto momentáneamente el derecho de elección, ofreció la púrpura al prefecto Salustio, que no la admitió, y en su lugar fué elegido Joviano, hijo de Vetracion (364): este era cristiano, y como tal volvió la paz á la Iglesia. También quiso dar la paz al imperio, pero la compró de los persas por medio de un tratado vergonzoso en que les cedió cinco provincias. Reinó sólo siete meses, y le sucedió Valentiniano, confesor de la fe en tiempo de Juliano. A poco de su elevación se asoció al imperio su hermano Valente, á quien dió todas las provincias orientales, quedándose él con las de Occidente. Desde entonces se dividieron para siempre el imperio Oriental y el Occidental: Valentiniano estableció su corte en Milán, Valente en Constantinopla. Valente era un arriano furibundo, y en sus dominios se encrudeció la persecución contra los ortodoxos, inaugurándose con la muerte del venerable Atanasio, á quien Joviano antes había restituído á su silla.

Otra persecución de nuevo género se desplegó en el reinado de estos dos hermanos. La magia y la hechicería se habían propagado prodigiosamente en estos últimos tiempos en que el paganismo expirante había buscado todos los medios de herir las imaginaciones vulgares para sostenerse, y algo que sustituir á los milagros del cristianismo. Los dos emperadores atestaron las cárceles de súbditos acusados de ejercer encantamientos, y complacíanse en que los desgarraran las fieras: porque ambos eran tiranos y crueles, Valente por debilidad, Valentiniano por genio y por inclinación. *Matadle*: esta era la fórmula con que fallaba las causas. Increíble nos pa-

recería, si no lo dijera un historiador contemporáneo (1), que Valentiniano hiciera dormir junto á su cama dos feroces osas, llamadas *Inocente* y *Lentejuela de oro* (*Innoxia* y *Mica-Aurea*), las cuales alimentaba de carne humana. ¡Y este era un cristiano!

Sin embargo, este hombre cruel á quien una sentencia de muerte por la más leve falta en su servicio personal no costaba nada, este hombre que ordenó en una ocasión á sus lictores le llevaran las cabezas de tres magistrados por provincia, este hombre de las dos fieras por compañeras de dormitorio, ¡cosa rara y singular! hizo leyes sabias y justas para el imperio. Dió á las ciudades defensores de oficio, estableció médicos gratuitos en Roma para la asistencia de los pobres, creó escuelas públicas á semejanza de las universidades modernas, puso límites al acrecentamiento de las riquezas de la Iglesia y á la multiplicación de las órdenes monásticas, prohibió al clero aceptar legados testamentarios por el abuso que hacía de su oficio con los moribundos, castigó severamente el adulterio, disminuyó los impuestos y refrenó los desórdenes y vejaciones de los agentes del fisco (2). Las ideas civilizadoras del cristianismo luchaban en este hombre con la ferocidad de su carácter. Por algunas de sus leyes vemos también que el poder y la fortuna iba siendo un principio de corrupción en los cristianos.

Se acerca el tiempo de las grandes irrupciones de los bárbaros: se aproxima el gran suceso que apresuró la caída del antiguo mundo. Valentiniano tiene que combatir contra los alemanes que se arrojan sobre la Galia. Aparecen los borgoñones salidos de los vándalos, y como enemigos de los alemanes se alistan con Valentiniano y le ofrecen un ejército de ochenta mil hombres. Los sajones y los francos se presentan de nuevo en las costas de la Galia: los pictos y los scotos devastan la Gran Bretaña. Un general español se hace conocer en esta guerra, Teodosio, el padre del que había de ser emperador de Oriente. Teodosio liberta la Gran Bretaña, rechazando los bárbaros hasta el centro de la Caledonia. Los númidas y los mauritanos se revolucionan en África, y nombran un emperador. Acude Teodosio, y pone al príncipe moro en tal apuro, que le obliga á suicidarse. Teodosio liberta también el África. Por recompensa de sus servicios, el virtuoso español, el hábil general, el libertador de la Bretaña y del África es decapitado en Cartago, después de haber recibido el bautismo. Los cuados y los sármatas desolaban también la Iliria: Valentiniano corre al frente de las fuerzas de la Galia, y en una audiencia que daba á los diputados de los cuados reventó en un acceso de cólera que le rompió un vaso del corazón. Tal era la irascibilidad del compañero de gabinete de las dos osas. Fueron proclamados emperadores sus dos hijos Graciano y Valentiniano II. Éste era demasiado joven, y aunque en la repartición le tocó la Italia, la Iliria y el África, guardando para sí Graciano la Galia, la España y la Inglaterra, Graciano fué el que en realidad gobernó todo el Occidente.

Coincidió con la muerte de Valentiniano la gran invasión de los bárbaros. Los godos, que habían permanecido fieles á la familia de Constan-

(1) *Amm. Marcel*, libs. XXVII y XXIX.

(2) *Códig. Theodos*.

tino, y que se habían ido multiplicando en los bosques y sujetando entorno suyo otras poblaciones bárbaras, tenían á su cabeza al viejo Hermanrico, que con más de un siglo de edad iba todavía á los combates. El Danubio era la barrera que separaba el imperio salvaje del imperio civilizado. Los ostrogodos, ó godos del Este, habían cedido su preeminencia á los visigodos, ó godos del Oeste, cuando se aparecieron los hunos, que después de haber derrotado á los alanos se hallaron frente á frente con los godos. Las dos monarquías salvajes, escita y tártara, iban á chocar una con otra, cuando murió Hermanrico asesinado por la familia de un jefe á cuya mujer había condenado á ser magullada por los cascos de los caballos (1). Un corto número de ostrogodos se aventuró á combatir con aquellas hordas desconocidas, pero no pudiendo resistir á la caballería de los hunos y de los alanos, los ostrogodos se sometieron á sus vencedores. Los visigodos, retirados hacia el Danubio, pidieron permiso á Valente, por medio de su Obispo Ulfila, para establecerse á la orilla derecha del río (375). Valente accedió á su petición, felicitándose de recibir en su imperio aquellas masas de bárbaros, semi-cristianos la mayor parte, y que le prometían hacerse arrianos y defenderle, pero á condición de que le entregasen sus hijos y sus armas. Convinieron los godos en ello. Valente mandó reunir una multitud de barcos, balsas y troncos de árboles para que los godos pasasen el Danubio y los romanos se ocuparon día y noche en trasladar á su imperio los que habían de destruirle. Varias veces intentaron los romanos contar los que pasaban, y siempre tuvieron que desistir: no era fácil contar un millón de individuos (2). Separáronse los hijos de los padres, y fueron aquéllos distribuidos en varias provincias. Las armas no las dejaron. Con las riquezas que llevaban sobornaron los oficiales del emperador y así pudieron conservar sus aceros.

Había entrado en el trato que los romanos suministrarían víveres á los godos, pagándoles éstos. Pero no tardó la avidez de los generales romanos en agotarles todos los recursos; un pan les costaba un esclavo; y cuando no tuvieron esclavos que vender, daban sus propias mujeres. En esto los ostrogodos pasaron también el Danubio sin pedir permiso á nadie: á la voz de Fritigernes, jefe de los visigodos, fácilmente se aliaron los antiguos y los nuevos emigrados; y un día, estando convidado Fritigernes á un festín por Lupicino, general de los romanos, estalló la rebelión en Marcianópolis: una riña entre algunos soldados romanos y otros de la guardia de los godos, hizo que las voces penetraran en la sala del banquete. Fritigernes y los suyos desnudan sus espadas, atraviesan la ciudad, y se dirigen al campamento donde la muchedumbre los recibe con aclamaciones. Lucipino marcha con sus legiones contra ellos; los godos hacen resonar aquel cuerno á cuyo ronco y triste sonido había de desplomarse el Capitolio (3); empéñase el combate y los romanos quedan vencidos. Desde aquel momento aquellas masas de salvajes, primero fugitivos y suplicantes, luego aliados, y oprimidos después, se creen ya señores del imperio.

(1) Jornand. De rebus Geticis, cap. XIV.

(2) Amm., lib. XXXI.

(3) *Auditisque tristes sonantibus cornuis.* Amm., ibid.

Con el orgullo de esta victoria marchan sobre Andrinópolis; saquean por segunda vez la Tracia; á esta novedad Valente parte á toda prisa desde Antioquía, y solicita socorro de su sobrino Graciano, emperador de Occidente; encuéntranse los dos ejércitos á ocho millas de Andrinópolis; el campo era llano; la infantería romana se ve envuelta por la numerosa caballería de los bárbaros; las legiones, deshechas y confusas, caen atropelladas bajo los innumerables sables de los godos: una flecha hiere al emperador al cerrar la noche, retíranle á una cabaña, acométenla los godos, y hallando alguna resistencia, préndenla fuego: el emperador con toda su regia pompa perece entre las llamas (1). Las dos terceras partes del ejército romano con sus principales caudillos quedaron en el campo, Horrorosa fué la carnicería. Los godos se presentaron en seguida sobre Andrinópolis, pero hallando más resistencia de la que habían pensado, extiéndense como una nube hasta las murallas de Constantinopla, dejando asolado y desierto el país por donde pasaba aquella muchedumbre. Allí se encuentran los bárbaros del Norte y del Mediodía. Los árabes que estaban al servicio de Valente acometen á unos germanos, y los godos ven con horror á un sarraceno arrojarle sobre el cadáver de un godo que había matado, chupar la herida y beberse la sangre. Los bárbaros se asombran de haber encontrado otros hombres más bárbaros que ellos (378).

En este tiempo, Graciano, emperador de Occidente, enredado en la guerra que le habían movido los germanos y alemanes, sin poder enviar á su tío el socorro que le había pedido, recibe la noticia del desastre de Andrinópolis y del asolamiento de la Tracia. Entonces busca un general que sea capaz de resistir á torrente tan impetuoso: sólo uno había que pudiera desempeñar tan ardua misión, y este hombre no estaba en el ejército; estaba en España, retirado como otro Cincinnato. Este general era Teodosio, el hijo de aquel Teodosio que tres años antes había sido decapitado en Cartago, desde cuya época el hijo se había desterrado voluntariamente á España, su patria, habiendo antes servido gloriosamente á las órdenes de su padre. Graciano llama á este ilustre y modesto español, y en presencia de las tropas le proclama emperador de Oriente, agregando á las antiguas provincias las dos grandes prefecturas de Dacia y Macedonia (379).

(1) *Cum regali pompa crematus est.* Jornand., cap. xxvi.

CAPÍTULO VI

TEODOSIO EL GRANDE

De 380 á 395

Teodosio es sacado de su retiro para ensalzarle al trono imperial.—Restablece el valor y la disciplina del ejército.—Incorpora en él á los godos.—Conserva la tranquilidad en Oriente.—Emperadores de Occidente, Máximo, Graciano, Valentiniano II y Eugenio.—Queda Teodosio emperador único en Oriente y Occidente.—Lucha del cristianismo y la idolatría.—Herejías en España.—Prisciliano.—Concilio de Zaragoza.—Teodosio y San Ambrosio.—Penitencia pública del emperador.—Edicto contra el paganismo.—Triunfo del catolicismo en el senado.—Costumbres del clero español.—Famosa decretal del papa Siricio, en respuesta á una carta del obispo de Tarragona.—Santos Padres.—Leyes de Teodosio.—Su muerte.—División del imperio.

Con orgullo podrá citar siempre la España los tres emperadores que salieron de su seno, Trajano, Adriano y Teodosio. Españoles eran también los padres de este último, Teodosio y Termancia, así como su primera mujer Facila. Hallábase Teodosio, según hemos visto, tranquilo en su retiro, como otro Cincinnato, cultivando su patrimonio, y contento con su honesta medianía, cuando un emperador le busca para partir con él la púrpura imperial como el único hombre capaz por sus talentos y su firmeza de salvar el imperio de Oriente, á punto de ser presa de los bárbaros. De ello se lisonjaban ya los godos. *Por lo que á mí hace*, decía uno de sus jefes, *estoy cansado de matar, y lo que me admira es que un pueblo tan débil y que huye siempre delante de mí, se atreva todavía á disputarme la posesión de sus provincias y de sus tesoros*. Pero llega Teodosio, y renovando los días de los Fabios y de los Escipiones, restablece la disciplina del menguado y desconcertado ejército, acostumbra á sus soldados á oír sin susto los gritos de los salvajes, los ejercita primero en la guerra de ardidés y sorpresas, y cuando ya los considera suficientemente aguerridos, los presenta delante de los bárbaros, y por fruto de sus ensayos anteriores, recoge la victoria. Teodosio, guerrero y político, aprovecha las divisiones y rivalidades que existían entre ostrogodos y visigodos, entra en negociaciones con Atanarico y le lleva á Constantinopla, donde le deslumbró con la grandeza de aquella ciudad imperial. Muere á poco Atanarico; Teodosio le manda hacer suntuosas honras, y atrae á su partido á los godos. Éstos se comprometen á guardar los pasos del Danubio contra los demás pueblos, y Teodosio incorpora en las tropas imperiales más de cuarenta mil bárbaros.

Teodosio conserva así la tranquilidad del imperio de Oriente, pero ya quedan establecidos en el imperio los que habían de ser sus destructores; ya los godos y los hunos están al servicio de los príncipes que iban á exterminar (382). En palacio mismo admite á Estilicón, de la sangre de los godos. Ya el imperio, en la corte y en el ejército, iban siendo mitad bárbaro, mitad romano. Ahora obedecen á Teodosio; cuando falte Teodosio, serán ellos los señores y los obedecidos.

No gozaba la misma paz el Occidente. Máximo, soldado ambicioso, se había hecho proclamar emperador en la Gran Bretaña (383). Viene en seguida á la Galia, acomete á Graciano, príncipe indolente y flojo, dado á la caza, y entregado á una guardia de bárbaros, y le quita el imperio y la vida. Máximo se hace reconocer por galos y españoles, y marcha sobre Italia. Pero San Ambrosio, obispo de Milán, viene á proponerle el pacífico goce de los estados de Graciano, y que no se le disputaría el título de emperador de Occidente en unión con Valentiniano II, con tal que hiciese cesar la guerra. Máximo accede á las proposiciones de San Ambrosio, y Teodosio ratifica lo pactado. Máximo se asoció su hijo Víctor, y los tres emperadores reinaron por espacio de cuatro años en aparente armonía. Pero el ambicioso Máximo declara de repente la guerra á Valentiniano, marcha sobre Roma y se apodera de ella. Valentiniano se refugia á Tesalónica, implora el auxilio de Teodosio, que había tomado por esposa á Galla, su hermana. Teodosio toma las armas, vence á Máximo en la Pannonia, le hace prisionero, y le manda decapitar en Aquilea (383). Restablece á Valentiniano en su trono, sin tomar nada para sí sino la gloria de haber derrocado al usurpador, y la de haber vengado á Graciano, á cuya generosidad debía la púrpura. Pero los hombros de Valentiniano eran incapaces de sostener el peso del imperio. Un franco llamado Arbogasto, hombre de gran bizarría, que habiendo puesto su brazo al servicio de Teodosio, se había aprovechado de su privanza para trastornar el imperio de Occidente, tenía á Valentiniano como prisionero en su propio palacio, y era el que disponía de los empleos y oficios, así civiles como militares, confiriéndolos todos á los francos. Valentiniano quiso un día hacer un esfuerzo de dignidad con Arbogasto, y á poco amaneció el emperador ahogado en su propio lecho. Arbogasto no quiso para sí la púrpura, vistió con ella á un hombre llamado Eugenio, que era profesor de retórica (392). Teodosio resolvió vengar la muerte de Valentiniano. Arbogasto y Eugenio se prepararon también á resistirle con un ejército de francos y alemanes. Teodosio, con su acostumbrada celeridad, pasa los Alpes Julianos, cae sobre Italia, encuentra el ejército de Arbogasto y Eugenio, y se traba la pelea: ya no son los romanos los que combaten en Roma; son bárbaros contra bárbaros; los soldados de Eugenio son francos y alemanes, los de Teodosio son godos, mandados por sus príncipes indígenas, Gainas, Saúl y Alarico. Recia es la pelea y porfiada, pero las armas de Teodosio quedan triunfantes; Eugenio es hecho prisionero, y presentado á Teodosio, que le hace decapitar á su presencia. Arbogasto, desesperado, dos días después de la derrota se quita la vida hundiéndose en el pecho su tosco y pesado machete.

De esta suerte quedó Teodosio dueño único y absoluto de todo el imperio (394), que tuvo la gloria de conservar íntegro mientras vivió, sin que ni una sola provincia se desmembrara, teniendo siempre en respeto los bárbaros que le inundaban, y aun sirviéndose de ellos mismos para sostener el viejo edificio que iban á derribar: habilidad y destreza suma, que le mereció el sobrenombre de *Grande* con que ha pasado á la historia.

El reinado de Teodosio no fué sólo notable por haber sabido mantener vivo y entero un cuerpo que encontró semi-cadáver, teniendo dentro de sí mismo el germen de la muerte y de la disolución; lo fué más todavía por



DISCO DE TEODOSIO EL GRANDE

que se encontró en Almedralejo el año de 1847 y se conserva en la Real
Academia de la Historia

(Su diámetro alcanza 74 centímetros)

tos imperiales ordenaban la ejecución de los decretos del concilio, y la confiscación y el destierro se empezaron á emplear contra los herejes inobedientes.

Mientras esto pasaba por parte de Teodosio, Máximo, aquel usurpador del imperio de Occidente, católico también, llevaba todavía más lejos el celo religioso. Diversas herejías habían cundido en España, entre ellas la de los priscilianistas, sostenida por Prisciliano, obispo de Ávila. Máximo hizo celebrar un sínodo de obispos que le juzgasen á él y á sus cómplices, y Prisciliano, obispo, con dos sacerdotes y dos diáconos, un poeta y una viuda, sufrieron la pena capital (1). Máximo fué el primer príncipe católico que derramó la sangre de sus súbditos por opiniones religiosas. San Ambrosio, obispo de Milán, y San Martín de Tours condenaron estas crueldades. San Ambrosio se negó á toda comunicación con Máximo. Examinemos el carácter y conducta del venerable obispo de Milán. Prescindamos del dictado de Santo que luego mereció. Consideremos en él las ideas de libertad, de independencia, de humanidad y de tolerancia: mirémosle como un ciudadano, como un político, conforme á los principios de la nueva religión. Hemos visto su entereza con Máximo; el obispo católico no quiere comunicar con el emperador católico, porque Ambrosio condena en nombre de la religión la crueldad y la efusión de sangre. Veamos cómo se condujo con Teodosio.

Habían ocurrido desórdenes en Antioquía y en Tesalónica: en la primera ciudad habían destruído las estatuas de Teodosio, de su padre y de toda su familia (387). En Tesalónica el pueblo había asesinado al comandante de la guarnición (390). Teodosio dió orden de exterminar la ciudad, y la revocó cuando ya se había ejecutado. La muchedumbre fué lanceada por las tropas: grande y horrible fué la carnicería. Ambrosio tuvo noticia

levantáis vuestros ojos hacia Dios y hacia mí. Adiós, casas hospitalarias, amigas de Cristo, que me habéis socorrido en mi enfermedad. Adiós, barras de esta tribuna, tantas veces forzadas por los que se agolpaban á oír mis discursos... Adiós, ciudad soberana y amiga de Cristo... Adiós, Oriente y Occidente, por los cuales he peleado y fui oprimido. Pero adiós especialmente vosotros, ángeles custodios de esta iglesia, que protegisteis mi presencia y protegeréis mi destierro. Y tú, santa Trinidad, mi pensamiento y mi gloria, convence y conserva á mi pueblo; compréndate, á fin de que yo sepa que crece cada día en saber y en virtud.»

(1) Prisciliano, nacido en Galicia, de familia noble y rica, hombre intrépido, facundo, erudito, se había empapado en las doctrinas de los gnósticos y maniqueos, que le enseñaron Elpidio, maestro de retórica, y Ágape, señora no vulgar, y las difundió en la Iglesia de España. Afectando humildad en el traje y en las palabras, se captaba cierto respeto, y consiguió que tomaran su defensa algunos obispos, entre los que sobresalieron Instancio y Salviano. La herejía tomó tal fuerza que fué ya necesario congregar el concilio de Zaragoza, en que se condenó á los obispos mencionados, á Prisciliano y Elpidio. Los prelados pervertidos se reunieron y nombraron á Prisciliano obispo de Ávila, pero encontró resistencia en el metropolitano y en los demás obispos. El emperador Graciano mandó despojarlos de sus iglesias, que les restituyó después por empeños del maestro de palacio Macedonio. Máximo los sujetó al concilio de Burdeos: Prisciliano apeló del juicio de los obispos al César, y fué llevado á Tréveris; San Martín de Tours medió para que no fuese condenado á muerte, mas habiéndose ausentado el santo de la ciudad, se abrió nuevamente el proceso, y Prisciliano fué degollado.

de esta matanza en Milán, y retirándose á la campiña escribió al emperador: «No me atrevería á ofrecer el sacrificio si asistieseis á él. Lo que me prohibiría la sangre derramada en un solo inocente, ¿lo podré hacer con la de tantas víctimas (1)?» Hízole sensación á Teodosio esta carta: quiso entrar en la iglesia; salióle al encuentro en el vestíbulo un hombre que le detuvo diciéndole: «Has imitado á David en su crimen, imítale en la penitencia (2).» Este hombre era Ambrosio. «Si Teodosio, le decía á Rufino, quiere trocar el imperio en tiranía, yo moriré gustoso.» La voz del sacerdote era la voz del cristianismo que se levantaba á condenar la tiranía, cualquiera que fuese el que la ejerciera: era la voz de la humanidad, eran los principios del Evangelio, expresados por la boca de un hombre enérgico que sabía apreciar su dignidad, la dignidad de una religión que establece la igualdad entre los hombres y que no conoce grandes ni pequeños para condenar los crímenes. Jamás en ninguna república pudo llegar á más alto punto la entereza y el heroísmo de un ciudadano en la condenación de la tiranía: y es que la religión la condenaba con él. ¡Sublimidad de la política del cristianismo! Teodosio hizo penitencia pública en la catedral de Milán, despojado de las insignias del poder supremo, y San Ambrosio le absolvió, obteniendo antes una ley para que se dejase siempre un término de treinta días entre la sentencia de muerte y su ejecución, para que no fuese obra de la cólera y del arrebato. A pesar de la magnanimidad de aquel acto, no falta quien opine que el sacerdocio pudo haber humillado menos la majestad.

Dióse en el reinado de Teodosio el último combate entre la nueva y la antigua religión: la lid fué la más interesante de cuantas han presenciado los pueblos: los dioses del Capitolio se defendían contra la fe del Crucificado, el politeísmo contra la unidad: el espectáculo era interesante; tratábase de la caída de una religión y de una sociedad antiguas, y del establecimiento de una nueva religión y de una nueva sociedad: en esta solemne lucha tomaban parte todas las clases del Estado, senadores, ministros, hombres de guerra, historiadores, filósofos, poetas, sacerdotes de uno y otro culto, oradores, todos lidiaban, disputándose palmo á palmo el terreno, los unos en defensa de antiguas y desacreditadas divinidades, los otros en la de un solo y verdadero Dios. La verdad iba á triunfar sobre la envejecida fábula. La idolatría había sido condenada ya por los pueblos, los ejércitos de los bárbaros hacían ya templos de sus tiendas, y las legiones romanas se burlaban de los antiguos dioses; cuando se derribó la estatua de Júpiter, los soldados arrancaban los rayos de oro que circundaban su cabeza, y los guardaban diciendo que con tales rayos deseaban ser heridos (3). Teodosio proscribió ya solemnemente un culto que Constantino había empezado suavemente á abolir, y que Juliano no pudo sostener, porque estaba herido de muerte. «Prohibimos, dice Teodosio, á nuestros súbditos, magistrados ó ciudadanos, desde la primera hasta la última clase, inmolarse víctima alguna inocente en honor de un ídolo inanimado.

(1) Ambros. Epist. LI.

(2) Paul. in Vit. Ambros.

(3) S. August. De Civitat. Dei, lib. V, cap. xxvi.

Prohibimos los sacrificios de adivinación por las entrañas de las víctimas.» Pero ya no era necesario tanto: la luz había venido, y las tinieblas tenían que disiparse. No era menester el mandato, bastaba la discusión.

Curiosa fué la cuestión que Teodosio presentó al senado. «¿Qué Dios deben adorar los romanos, á Cristo ó á Júpiter (1)?» Defendía la causa de Júpiter el prefecto Símmaco, grande orador: la de Cristo la sostenía San Ambrosio, orador no menos distinguido. La mayoría del senado condenó á Júpiter. El poeta cristiano Prudencio describe así la conversión de Roma. «Hubierais visto á los padres conscriptos, lumbreras brillantes del mundo, trasportados de alegría, á aquel senado de ancianos Catones, conmovidos al vestirse el manto de la piedad, más cándido que la toga, y al deponer las insignias pontificales. A excepción de unos pocos que permanecieron en la roca Tarpeya, precipítanse todos á los templos puros de los nazarenos, y la estirpe de Evandro corre á las fuentes sagradas de los apóstoles (2).» Cayeron, pues, los templos paganos bajo la fuerza intelectual de la idea religiosa que había penetrado en los entendimientos de los hombres. Este fué el grande acaecimiento del reinado de Teodosio. El imperio había de caer también pronto envuelto en la púrpura de sus príncipes.

Entretanto en España luchaba también el viejo con el nuevo culto, costando trabajo á algunos desprenderse de los antiguos hábitos y preocupaciones; que siempre han sido los españoles tenaces en conservar sus costumbres. Pero la guerra más viva era la que se hacían entre sí herejes y católicos. Varios obispos se habían hecho priscilianistas; perseguíanlos y los denunciaban otros obispos, como Itacio é Idacio, con exaltado celo. Los sectarios de Prisciliano cada vez se mostraban más atrevidos y ardientes. No sirvió que fueran condenados en el concilio celebrado en Zaragoza (381); no sirvió que Graciano los echara de los templos y de las ciudades: no sirvió que Máximo convocara contra ellos otro concilio en Burdeos; no sirvió que Prisciliano, con otros de sus secuaces, sufriera la pena de muerte; el fuego de la herejía no se apagó, antes creció más su incendio; los cadáveres de Prisciliano y sus compañeros de suplicio fueron adorados como mártires, lo que produjo graves alteraciones entre los prelados. Máximo, viendo las discordias que ardían entre los obispos cristianos de España, pensó enviar á ella *tribunos pesquisidores*, con facultad de confiscar y aun de quitar la vida á los que fuesen tenidos por herejes; especie de tribunal inquisitorial, que, merced á los esfuerzos de Martín, obispo de Tours, no llegó á establecerse en España. Pero estaba reservado al primer emperador que hizo derramar sangre por opiniones religiosas, ser el primero también que concibió el ominoso pensamiento de un tribunal que andando el tiempo la había de verter á raudales.

El clero español había comenzado también á relajarse en sus costumbres. En el canon VI del concilio de Zaragoza se excomulgaba á los clérigos que pretendían hacerse monjes por vanidad, y por tener más licencia de hacer lo que quisiesen (3). Himerio, obispo de Tarragona, viendo lo re-

(1) Zosim. Hist., lib. IV.

(2) *Exultare patres vides*, etc. Prudent. contra Symmacum.

(3) Aguirre, *Colección de Concil.*, tom. II.

lajadas que andaban ya la disciplina eclesiástica y las costumbres de los cristianos, escribió una carta al pontífice Dámaso, consultándole sobre los desórdenes que se habían introducido en España. Muerto Dámaso le respondió el papa Siricio su sucesor, de cuya carta, que es un célebre documento, son notables las prevenciones siguientes: «que nadie pueda casarse con la que está desposada ya con otro y ha recibido la bendición del sacerdote: que los monjes y monjas que sin atender á su voto y estado faltan á la castidad sacrílegamente viviendo como si estuviesen casados, sean excluidos de la comunión hasta el fin de la vida, y que entonces se les dé el viático de misericordia: que á los ministerios eclesiásticos sólo sean admitidos los de buena vida y costumbres, y los que sólo se hayan casado una vez: que con los clérigos no viva mujer alguna sino las que permite el concilio Niceno (1).» Así decía ya San Jerónimo: «Hay algunos que solicitan el sacerdocio ó el diaconado para ver más libremente á las mujeres. Cuidan más principalmente de su vestido, de peinar la cabeza con mucho esmero y de perfumarse. Rizan los cabellos con el hierro: las sortijas brillan en sus dedos: andan de puntillas; de suerte que más os parecerán jóvenes recién casados que clérigos (2).» Extiéndese el santo padre en otras descripciones de este género en prueba de la corrupción que se notaba ya en las costumbres de los sacerdotes. Había, sin embargo, un gran número que eran ejemplo de pureza y de virtud.

Tenía en aquel tiempo la doctrina ortodoxa, para luchar con el politeísmo y con la herejía, campeones ilustres, sabios elocuentes y vigorosos, obispos filósofos, prelados insignes en letras y en virtudes, apóstoles infatigables, que con la pluma, con la palabra y con el ejemplo, combatían enérgicamente los antiguos y los nuevos errores con que tuvo que lidiar el catolicismo, que desafiaban con valentía la persecución, que hablaban con independiente entereza á príncipes y gobernantes, y que ilustraban al mundo y derramaban por todo el orbe la fe y la civilización. Desde el obispo Atanasio de Alejandría, el varón incontrastable, modelo de perseverancia y de firmeza, hasta el prelado de Hipona Agustín, el inimitable autor de las *Confesiones* y de la *Ciudad de Dios*, hubo una serie y sucesión de varones virtuosos y de clarísimos ingenios que imprimieron á los espíritus un movimiento prodigioso por todo el mundo entonces conocido, y le iluminaron con sus brillantísimos discursos y sus eruditas discusiones, enseñándole la verdad y encaminándole hacia el bien. Tales fueron los Crisóstomos, los Gregorios de Nazianzo y de Niza, los Osios, los Basilio, los Ambrosios, los Jerónimos, y otros ilustres y eminentes sabios, que recibieron el honroso nombre de Padres de la Iglesia, y que podríamos llamar también los santos filósofos del cristianismo. A ellos se debió en gran parte el triunfo de la doctrina civilizadora, y el descrédito en que fueron cayendo las antiguas creencias que habían tenido oscurecida la humanidad.

Volvamos ahora á Teodosio.

(1) Esta decretal es la primera que se encuentra en las colecciones antiguas de la Iglesia latina, y la primera que los sabios reconocen por verdadera.

(2) Fleury, *Hist. eccl.*, tom. IV, cap. XVIII.

Le hemos visto como guerrero sostener el imperio sin dejar perder una sola provincia ni una sola pulgada de territorio, como favorecedor de la religión cristiana dejarse arrebatarse muchas veces de su ardor hasta la violencia. Como legislador civil, dictó multitud de leyes, que le ganaron verdaderos títulos de gloria. Descúbrese en muchas de ellas un espíritu de sabiduría, de justicia y de humanidad, que merecen cumplida y especial recomendación. Puede servir de ejemplo la siguiente: «En cuanto á los que se hallan detenidos en las cárceles, ordenamos que no se omita medio para apresurar la libertad de los inocentes, y que no se cometa la injusticia de prolongar la detención de los culpables, que sería agravar su pena, A los carceleros y á otros agentes de la justicia que se propasasen á violencias ó extorsiones contra los presos, queremos que se les impongan las penas más severas. Los administradores de las casas de detención, que no presenten cada mes un estado exacto de los presos, con expresión de su edad, naturaleza de su delito y duración de la pena á que cada uno está condenado, quedan obligados á pagar á nuestro tesoro una multa de veinte libras de oro: y el juez que por negligencia condenase un proceso, pagará una multa de diez libras de oro sin remisión.» Admirable ley, que deseáramos ver cumplida después de mil quinientos años. Otras disposiciones no menos recomendables de este ilustre príncipe pueden verse en el Código Teodosiano.

A vueltas de los defectos que hemos hecho notar, amigos y enemigos solían hacer justicia á sus virtudes. Aun daba lugar su edad á concebir más venturosas esperanzas, cuando falleció en Milán el último emperador que había sabido dirigir con robusta mano el imperio (395). Lo peor fué que le dejó encomendado á sus dos tiernos é inexpertos hijos, Arcadio y Honorio, al primero como emperador de Oriente, como emperador de Occidente al segundo: separación que será ya definitiva (1).

(1) Orosio, Zosimo, Idacio, Marcelino, San Ambrosio, Aurel. Víctor, que acabó con él su historia, y otros.

CAPÍTULO VII

LOS BÁRBAROS

De 395 á 414

Arcadio, emperador de Oriente, Honorio de Occidente.—Debilidad de estos dos príncipes.—Irrupción de bárbaros en el imperio.—Los godos. Alarico.—Sus primeras invasiones por Oriente.—Invade la Italia.—Es derrotado dos veces por Estilicón, ministro y general de Honorio.—Se retira.—Nueva irrupción de bárbaros.—Vándalos, suevos, alanos, borgoñones, godos.—Gran derrota de los bárbaros en Florencia.—Emperadores intrusos en las Galias y en España.—Guerras civiles.—Nueva aparición de Alarico en Italia.—Sitio de Roma.—Impuesto que exige á la ciudad.—Humillación de los romanos.—Segundo asedio de Roma por Alarico.—Obliga al senado á aceptar un emperador que él nombra.—Sitia Alarico á Roma tercera vez.—Entran los godos en la ciudad de los Césares.—Horroroso saqueo y destrucción de estatuas y de preciosos objetos artísticos.—Manda Alarico respetar los templos cristianos.—Conduce en procesión los vasos sagrados.—Retirada de Alarico.—Su muerte.—Sucédele Ataulfo.—Su matrimonio con Placidia, hermana del emperador romano.—Ruptura entre Ataulfo y Honorio.—Invasión de los bárbaros en España. Vándalos, suevos, alanos.—Gran desolación en España.—Repártense las provincias.—Venida de Ataulfo y de los godos.—Disolución moral del imperio romano.—Se inicia en España la dominación de los godos.

Un solo hombre había estado deteniendo la caída del imperio. Muerto este hombre, el viejo y minado edificio iba á venir á tierra, parte desmoronándose, parte desplomándose con estrépito.

Parece que la Providencia no quería dar á cada familia imperial sino un nombre ilustre, para que los grandes de la tierra no se envanecieran. Marco Aurelio, modelo de príncipes, dió al mundo un hijo, tipo de corrupción y de perversidad. Los hijos de Constantino estuvieron lejos de heredar la grandeza de su padre; y al gran Teodosio le suceden sus dos hijos Arcadio y Honorio, el primero pequeño, miserable y estúpido, el segundo desidioso, ligero y desatentado: Arcadio dominado por una mujer y por un eunuco, y Honorio entregado á un tutor de la raza alana, y contento con casarse sucesivamente con las dos hijas de Estilicón, que supo aprovecharse bien de la inercia y de la imbecilidad de su imperial yerno. Tales eran los dos soberanos del imperio en la ocasión en que más hubiera necesitado éste de manos robustas y vigorosas.

Los bárbaros habían estado contenidos por Teodosio como un torrente detenido en su marcha por un fuerte dique: roto el dique por la muerte de Teodosio, el torrente se desborda y precipita. El godo Alarico de la familia de los Baltos, que quiere decir osado y valiente, la más ilustre entre ellos después de la de los Amalos; Alarico, que había sido aliado de Teodosio, y elevado por él al empleo de maestro general de la milicia, con pretexto de verse mal recompensado por la corte de Arcadio, sale del territorio que ocupaba, y con sus masas de godos invade y devasta la Tracia, la Dacia, la Macedonia y la Tesalia (396). Pasa el desfiladero de las Termópilas y penetra en la Grecia. El país de los sabios y de las bellas ficciones

ve hollados sus campos y sus ciudades por las plantas de los bárbaros, que siembran el espanto y la desolación desde el golfo Adriático hasta el mar Negro. Arcadio, asombrado, concede á Alarico la soberanía de Iliria, y sus hordas le proclaman rey con el título de rey de los visigodos. De este modo se encuentra ya establecido un nuevo poder en el antiguo imperio romano.

Alarico, ya rey, medita otra expedición. Esta vez la nube va á descargar sobre el Occidente. El jefe de los visigodos endereza sus pasos á Italia (402), que se llena de terror al saber que ha traspuesto los Alpes Julianos. El ruido de la tempestad despertó á Honorio, que permanecía adormecido en el palacio de Milán. Su primer pensamiento fué huir, y hubiéralo hecho á no haberle detenido Estilicón, que se encargó de reunir por sí mismo un ejército para hacer frente al formidable bárbaro. El tutor de Honorio encontró al ejército godo acampado en Polentia. Era la fiesta de la Pascua, y aquellos godos, cristianos ya, rehusaban entrar en combate por respeto á la festividad (1). No tuvo Estilicón el mismo miramiento, los atacó y les causó una completa derrota (403). Cayeron en su poder la esposa y los hijos de Alarico, que al fin le fueron devueltos á condición de que saliera de Italia, recibiendo además una pensión del soberano del imperio. Todavía quiso Alarico sorprender á Verona, pero noticioso de ello Estilicón, cayó otra vez sobre él de improviso y le derrotó de nuevo. Entonces Alarico con el resto de sus hordas se resolvió á salir de Italia. Ya un alano, Estilicón, era el único capaz de defender el imperio de Occidente contra otros bárbaros, que enseñaban á Italia la facilidad con que se franqueaban sus barreras.

Por más que Honorio pasara á Roma á hacer un vano alarde del triunfo en que ninguna participación había tenido, ya no se contempló seguro ni en Roma ni en Milán, y sin perjuicio de fortificar los muros de la ciudad del Capitolio, tuvo por más prudente ir á cobijarse en Rávena.

Ni el temor había sido infundado, ni inútiles las precauciones. No habían pasado dos años cuando de las riberas meridionales del Báltico se desgajaron precipitadamente sobre Italia más de doscientos mil guerreros, vándalos, suevos, borgoñones, que reforzados por el camino con otras hordas de godos, de alanos y de otras razas y tribus, mandados todos por Radagaso, cruzaron la Pannonia y los Alpes, salvaron el Apenino, y talando las campiñas y las ciudades etruscas, pusieron sitio á Florencia (405). Allí acudió también el bravo Estilicón con treinta legiones, llevando igualmente en ellas muchos bárbaros auxiliares. La batalla que se dió fué terrible y sangrienta. Estilicón volvió á quedar victorioso: dicese que murieron hasta cien mil de los invasores: Radagaso fué hecho prisionero y decapitado: muchos de los que fueron vendidos como esclavos perecieron pronto, no acostumbrados á aquel clima (406).

Estilicón, que ya no cuidaba sino de preservar la Italia, deja á los suevos, los vándalos y los alanos descolgarse sobre las Galias, donde pelean con los francos, y devastan por espacio de tres años el país. La nube que

(1) Claud. de Bell. Getic.—Orosio, lib. VII, cap. xxxvii.

España vió levantarse á lo lejos allá en el Norte en tiempo de Decio, va aproximándose á su horizonte, y ya se oye más de cerca el ruido del trueno.

Aprovechando el general desorden las legiones de la Gran Bretaña, nombran emperador á un tal Marco, pero le asesinan en seguida para reemplazarle con Graciano, quien á su vez sufre á los pocos meses la misma suerte, y es sustituido por un soldado llamado Constantino, que sin duda por una miserable imitación del gran príncipe de su nombre llamó también á su hijo Constante, y le decoró con el título de César (407). Pasa Constantino á las Galias, y se apodera de una gran parte de aquel territorio que Honorio no podía ya defender. Franquea Constante los Pirineos con objeto de hacer reconocer á su padre en la Península española. Alármase una parte del país: dos ilustres españoles hermanos, Didimio y Veriniano, de Palencia, de una familia ligada con la de Teodosio, toman las armas en defensa del gobierno legítimo; pero batidos por Constante y hechos prisioneros, son conducidos á Arlés, donde Constantino tenía un simulacro de corte, y pagan allí con la vida su devoción á la familia imperial. Estos triunfos valieron á Constante el título de Augusto que compartió con su padre. En esto Geroncio, á quien á aquél había dejado encomendado el gobierno de España, se subleva también contra Constantino, y con las tropas que tenía á sus órdenes y con el auxilio de los habitantes de los vecinos países, proclama emperador á un tal Máximo; nuevo desorden y nueva guerra: así se jugaba ya con la púrpura.

Mientras tales contrariedades experimentaba el débil Honorio en Bretaña, en las Galias y en España, vuelve á aparecer en las fronteras de Italia el feroz Alarico al frente de nuevas bandas guerreras, tan imponente como si antes no hubiera sufrido revés alguno (408). Esta vez se presenta el bárbaro aparentando respetar á Honorio, y prometiendo marchar á las Galias contra Constantino, siempre que le den dinero y le cedan la soberanía de alguna provincia occidental. Estilicón, que traía en su mente proyectos sobre los Estados de Arcadio, acoge ahora la amistad del rey godo, y arranca al senado el consentimiento de entregar á Alarico cuatro mil libras de oro y de encomendarle la defensa de las fronteras italianas. Este proceder de Estilicón le atrae el resentimiento de las legiones que así se veían postergadas é irrita á algunos senadores que todavía conservaban un resto de energía y de amor patrio. Explota estas disposiciones un tal Olimpio, y á una señal suya las tropas romanas degüellan á todos los amigos de Estilicón: él se refugia á Rávena, se acoge á los altares, es arrancado del sagrado asilo, y con su hijo Eucherio es condenado á muerte, que sufre con la misma serenidad y valor que había mostrado en las batallas.

¿Quién puede detener ya á Alarico? Nadie. Las tropas auxiliares de Honorio, que sólo servían en las filas romanas por afecto á Estilicón, se pasan á las del rey godo en número de treinta mil. Con esto el bárbaro no vacila ya sobre el partido que ha de tomar. Ya no hay para él compromisos de amistad ni de alianza; habla á sus hordas de los ricos despojos que encierra la antigua capital del mundo; levanta su campo; marcha de ciudad en ciudad, y pronto coloca sus tiendas ante los muros de Roma. «¿A dónde vas?—le había preguntado en el camino un ermitaño.—*Dios lo sabe*, respondió Alarico: *siento dentro de mí una voz secreta que me dice: «Anda y ve*

á destruir á Roma.» Cerca de setecientos años hacía que Roma no había visto acercarse á sus puertas ejércitos extranjeros. ¡Cuán otra era Roma cuando vió flotar las banderas de Cartago! ¿Quién resistirá ahora á este Aníbal del Septentrión? ¿Qué se han hecho los Fabios y los Escipiones?

Un riguroso asedio va reduciendo á la inmensa muchedumbre que se albergaba en la ciudad de Rómulo al extremo de apurar hasta los alimentos más repugnantes. Extenuadas del hambre se caían ya las gentes, y los cadáveres infestaban las calles y las plazas. De la ciudad que había enseñoreado todo el orbe, salen dos diputados á pedir la paz á un rey bárbaro. Todavía trataron de infundirle algún respeto diciéndole: *Mira que aun hay en Roma inmensa muchedumbre de gente.*—*Mejor,* contesta el bárbaro, *cuanto más espesa nace la hierba mejor se corta.* Y les pide todo el oro y toda la plata y cuantos objetos preciosos encierra la ciudad, y la libertad de todos los esclavos bárbaros.—*Entonces,* le preguntaron los diputados, *¿qué nos dejas?*—*La vida,* les contestó Alarico. Tasóles al fin la contribución que debían de aprontarle, reduciéndola á cinco mil libras de oro, treinta mil de plata, otras tantas de pimienta, cuatro mil túnicas de seda y tres mil piezas de púrpura. No pudiendo los romanos completar el precio del rescate, acordaron despojar las imágenes de los templos, y fundieron las estatuas de oro de la *Virtud* y del *Valor* (1). Así derriban ellos mismos sus ídolos: y en cuanto al *Valor* y la *Virtud*, ¿para qué querían los que no tenían ya ni virtud ni valor las imágenes que los representaban?

Retiróse por entonces satisfecho Alarico (409), cargado de oro, y engrosadas sus bandas con cuarenta mil bárbaros rescatados en Roma; y retiróse como aquel que tiene la generosidad de perdonar lo que está en su mano destruir. Pero no tardó en volver á humillar de nuevo á aquella en otro tiempo tan orgullosa ciudad. Irritado de que el impotente Honorio, siempre cobijado en Rávena, hubiera hecho jurar á los oficiales del imperio que no transigirían nunca, antes harían guerra implacable al godo, presentóse otra vez Alarico delante de Roma, y con una moderación que no era de esperar de un bárbaro poderoso y ofendido, contentóse con obligar al senado á reconocer por emperador á Atalo, prefecto de la ciudad. Puso el senado humildemente la desacreditada púrpura en los hombros de quien Alarico le designaba, y el nuevo Augusto correspondió al que le hacía emperador dándole el mando de los ejércitos de Occidente, y el de sus guardias á Ataúlfo, cuñado de Alarico, con el título de conde de los Domésticos.

¿Pero era el destino de Roma ser solamente humillada? ¿Qué era lo que le había dicho á Alarico aquella voz secreta á que no podía resistir? *Anda y vé á destruir á Roma.* Sonó, pues, la hora de cumplirse el destino de la ciudad eterna. Entretenido estaba el imbécil Honorio en Rávena, en cuidar una gallina que llamaba *Roma* (¡apenas puede concebirse tanta degradación!), mientras la ciudad de Rómulo caía en poder de Alarico. El 24 de agosto del año 410 de Jesucristo, á los 1163 años de su fundación, los estandartes godos plantados en lo alto del Capitolio, anunciaron que la ciudad de los Césares había pasado á otro dueño, y que una nueva raza

(1) Zosim., lib. V.

de hombres entraba en posesión del mundo antiguo. La depredadora del universo fué á su vez saqueada por aquellas turbas feroces, y la que se había jactado de subyugar al mundo entero, se vió entregada por espacio de diez y seis días al furor de una soldadesca bárbara. Por la espada pereció la que por la espada se había engrandecido.

Parecía haberse escrito para ella aquellas palabras del profeta: «Esto ha dicho el señor: ved un pueblo que vendrá de la tierra del Aquilón, y una gran nación se levantará de las extremidades de la tierra. Tomará sus flechas y su escudo: es cruel y no conoce la compasión; su voz resonará como el mar: montará en sus caballos, como guerrero que se apresta á la pelea, contra tí, hija de Sión. Hemos oído su fama: nuestros brazos han desfallecido: la tribulación se ha apoderado de nosotros (1).» Y bien podía decirse de Roma como de Jerusalén: «La señora de las naciones ha quedado viuda: la reina de las ciudades se ha hecho tributaria.. sus enemigos se han levantado sobre su cabeza.. porque el Señor ha hablado contra ella á causa de la multitud de sus iniquidades (2).» «¿Quién hubiera pensado jamás, escribía San Jerónimo, que Roma, tan altamente ensalzada por sus victorias, había de perecer, y que después de haber sido la madre de los pueblos, había de ser su sepulcro (3)?»

Estatuas, vasos, mesas, sepulcros, ídolos, los objetos preciosos del culto, las obras maestras más insignes de las artes, todo caía hecho pedazos á los rudos golpes del hacha de los godos. Palacios suntuosos fueron presa del voraz incendio, muchos hombres fueron degollados, muchas doncellas y muchas matronas hechas esclavas, y los bárbaros destruían por placer los bellos jardines y las magníficas moradas de los opulentos y voluptuosos patricios. En aquellos días de universal devastación se presenta en Roma un espectáculo sorprendente. Desde el monte Quirinal hasta el Vaticano, se ve marchar una procesión solemne; los soldados que hasta entonces se han ocupado en el pillaje caminan ordenadamente en dos filas: entre ellas van sacerdotes cantando piadosos salmos: ¿qué significa esa ceremonia semi-religiosa, semi-bélica? Es que conducen las reliquias de los mártires de Cristo, es que llevan los vasos sagrados de que se sirven en los altares los sacerdotes del Crucificado, que Alarico ha mandado respetar y custodiar: Alarico, que ha dado orden para que se respeten también los templos cristianos, y no se derrame la sangre de los que se han refugiado á ellos. Así los perseguidores del cristianismo deben su salvación á aquellos mismos lugares que ellos intentaban derribar, á aquella misma religión que tan crudamente perseguían. Es el cristianismo que viene á anunciar al mundo que ha concluído la idolatría, y que el culto de los dioses paganos ha terminado con el imperio de los Césares. Es la idea religiosa, que traían ya desde sus bosques los destructores providenciales de los disolutos emperadores y de las falsas divinidades. Es la sociedad cristiana que viene á reemplazar á la sociedad idólatra. Es el principio civilizador, que la espada de un bárbaro ayuda á triunfar, sin que él mismo lo conozca,

(1) Jerem., cap. vi.

(2) Id. Lament., cap. i.

(3) *Captur urbs que totum cepit orbem.* Hieronim. ad Eustochium.

de la resistencia que aun oponía á las doctrinas de los apóstoles y de las escuelas. Es la fuerza que viene á completar la obra de la idea. Porque la Providencia, dijimos en nuestro discurso preliminar, cuando suena la hora de la oportunidad, pone la fuerza á la orden del derecho, y dispone los hechos para el triunfo de las ideas.

Retiráronse los godos cargados de botín á la Italia Meridional. A los pocos días murió Alarico, como si hubiera concluído su misión sobre la tierra. Los godos proclamaron rey á Ataulfo, cuñado del jefe que acababan de perder. Ataulfo había concebido el pensamiento de fundar un imperio godo sobre las ruinas del romano; mas comprendiendo luego que su pueblo no estaba aún preparado para recibir las instituciones y las leyes de un gobierno regular, parecióle que podría merecer mejor la gratitud del mundo haciendo al imperio romano recobrase de su postración, contento con que esto se debiera á la influencia goda. Ofreció, pues, su amistad á Honorio, que no desdeñó admitirla á pesar del odio que había jurado á los godos. Encargóse entonces Ataulfo de combatir á los que en las Galias tenían usurpado el poder romano, y se posesionó de Narbona, Tolosa, Burdeos, y todo el país que se extiende desde Marsella hasta el Océano.

Entre las damas que los godos habían hecho prisioneras en Roma, hallábase la bella Placidia, hermana de Honorio. Habíase prendado de ella Ataulfo, y muchas veces la había pedido á su hermano por esposa. Como éste rehusase siempre su consentimiento, determinó el godo por sí mismo casarse con la que por derecho de guerra hubiera podido tratar como esclava. Celebráronse solemnemente los desposorios en Narbona. Ataulfo se presentó en la ceremonia vestido á la romana, y Placidia con el traje y pompa de emperatriz. Cincuenta lindos mancebos vestidos de seda ofrecieron á la ilustre desposada otras tantas bandejas llenas de oro y pedrería (1). Así un godo venido de la Escitia se desposaba con la hija del gran Teodosio, llevándole en dote los despojos del imperio de su padre.

Destinado estaba este consorcio á ejercer grande influjo en la suerte del decadente imperio, y á no tenerle menor en la de nuestra España. Amaba también á Placidia Constantio, á la sazón ministro y consejero de Honorio, que aspirando á la mano de aquella princesa esperaba poder encumbrarse un día al trono. Hombre animoso y hábil había tenido Constantio la fortuna de ir acabando con todos los usurpadores del imperio. Constantino y Constante en las Galias, Heraclio en Africa, Máximo y Geroncio en España, todos habían ido pereciendo, ó en batalla, ó suicidados, ó sentenciados á muerte (2). A Constantino había reemplazado en las Galias Jovino, que cayendo en manos de Ataulfo fué decapitado también, y su cabeza enviada como un trofeo por el godo vencedor al emperador su cuñado (413).

(1) Idat. Chron.

(2) De estos últimos fué Constantino, á quien no valió ordenarse de sacerdote para hacer sagrada su persona. También le fué enviado aquel Atalo á quien Alarico había nombrado emperador de Roma, como para mofarse de la grandeza romana. Con todos estos se divertía Honorio exponiéndolos al público. Incapaz de resistir por sí mismo á ninguno de ellos, gozábbase de hacerlos objeto de escarnio después que se los daban rendidos. Así se hacía aquel emperador mentecato la ilusión de que era fuerte.

Así los dos rivales, el esposo y el amante de Placidia, proporcionaban triunfos al imbécil Honorio, ó por lo menos le libertaban de sus competidores. Mas las victorias de Ataulfo no hacían sino excitar más los celos de Constancio, quien provocó al emperador á que exigiera al rey godo la restitución de Placidia su hermana. Negóse á ello Ataulfo y rompió con el emperador y con el imperio. Era lo que Constancio deseaba. Habiendo tenido la precaución de aliarse con los otros bárbaros que procedían del Rhin, pudo Constancio dedicarse exclusivamente á hostilizar á Ataulfo y sus godos. Entonces el sucesor de Alarico determinó venir á España: traspone el Pirineo Oriental y toma posesión de Barcelona (414). ¿Cuál era el pensamiento de Ataulfo, y cuál su objeto en venir á España? Veamos cuál era la situación de nuestra provincia cuando esto acaecía.

Entre las razas salvajes que en la grande irrupción del año 406 dijimos haber inundado el imperio romano, contábanse, según indicamos también, los vándalos, los alanos y los suevos, que precipitándose sobre las Galias las devastaron por espacio de tres años. Habían hecho estas tribus su principal asiento, si asiento nacían en alguna parte estos guerreros nómadas, en la Aquitania y la Narbonense. Viéndose casi al pie de los Pirineos, ó bien que Geroncio los llamara de España, ó bien que los empujara sólo su propia movilidad, ó que los aguijara la codicia ó el deseo de ver lo que se ocultaba detrás de aquella formidable barrera de elevados montes, franquearon los Pirineos (409), desgajándose como torrentes por las comarcas españolas en ocasión que en la España andaban revueltos en guerras los Máximos, los Constantes y los Geroncios, disputándose entre sí un retazo de la desgarrada púrpura romana. Coincidió este gran suceso con la entrada de Alarico en la capital del antiguo mundo romano. Cada uno de estos pueblos trashumantes traía su rey, ó más bien su jefe militar. Gunderico se llamaba el de los vándalos, los más poderosos y fieros, á quienes acompañaban los silingos, tribu particular de su misma raza; Atacio era el de los alanos, y Hermarico ó Hermenerico el de los suevos.

Triste y horroroso espectáculo ofrecía entonces España. El genio de la devastación se apoderaba de ella. El incendio, la ruina, el pillaje, la muerte, era la huella que dejaba tras sí la destructora planta de los nuevos invasores. Campos, frutos, ciudades, almacenes, todo caía, ó devorado por las llamas, ó derruido por el hacha de aquellas hordas feroces. Veíanse las gentes morir transidas de hambre, sustentábanse algunos con carne humana, llegando el caso, al decir de algunos historiadores, de que una mujer se alimentara sucesivamente con la carne de sus cuatro hijos; barbarie horrible que la costó ser apedreada por el indignado pueblo (1). Siguiéronse á los horrores del hambre los de la peste: porque los campos se hallaban cubiertos de insepultos cadáveres, que con su podredumbre infestaban la atmósfera, y á cuyo olor acudían manadas de voraces lobos y nubes de cuervos y de buitres, que los unos con sus aullidos, con sus roncos y tristes graznidos los otros, infundían nuevo espanto á los que presenciaban la calamidad. La cólera divina parecía querer descargar entera sobre este desventurado pueblo. En este estado, hartos los bárbaros de carnicería y

(1) Idat. Chron.—Orosio, lib. VII.

de rapifias, acordaron repartirse entre sí la España, en cuya distribución tocó á los suevos la Galicia, á los alanos la Lusitania y la Tarraconense, la Bética á los vándalos, que le dieron el nombre de Vandalusia. Algunos pueblos de Galicia conservaron su independencia en las montañas (1). Y no obstante la ferocidad de estas gentes, cuando ya se asentaron, casi se felicitaban los indígenas de verse sujetos á la dominación bárbara con preferencia á la sabia opresión de los magistrados romanos.

En tal situación aconteció la venida de Ataulfo y de sus godos á España. Diferentes y aun opuestos juicios hacen los historiadores acerca del objeto que pudo impulsar al monarca visigodo á penetrar en la Península, y no es de extrañar que las historias de aquellos tiempos participen de la general confusión en que entonces andaba todo envuelto y turbado. Suponen unos que por anteriores conciertos con Honorio le había concedido éste, además de la posesión de la Narbonense, la parte oriental de España más próxima al Pirineo. Sospechan otros que sólo vino huyendo de las legiones imperiales de Constancio. Afirma Jornandés, cuyo testimonio no carece de importancia en lo relativo á las cosas de los godos, que Ataulfo hizo ya cruda guerra á los vándalos de España. ¡Y no pudo decir Ataulfo, á la manera de Alarico: «Siento dentro de mí una voz que me dice: «Anda y vé á lanzar de España á los bárbaros que la inundan, y funda en ella un imperio?» Por lo menos los sucesos posteriores mostraron que esta era la misión providencial que habían recibido los godos. Mas si Ataulfo había tenido este pensamiento, faltóle tiempo para la ejecución faltándole la vida. Quitósele en Barcelona el godo Sigerico, ansioso de reemplazarle en el mando, y con pretexto acaso de la flojedad con que Ataulfo hacía la guerra á los romanos.

Todos los ímpetus que el nuevo rey había anunciado antes de serlo contra los imperiales, los descargó inhumana y bárbaramente contra la familia de Ataulfo, ya degollando á los seis hijos que de su primera mujer había éste dejado, ya haciendo marchar á Placidia por espacio de doce millas delante de su caballo á pie y mezclada entre una turba de mujeres esclavas. Tan intempestiva fiera debió irritar á los godos, que habiendo sin duda aprendido ya de los romanos la manera de quitar y poner reyes, asesinaron á los siete días al violento y arrebatado Sigerico, nombrando en su lugar á Walia.

Reservámonos referir en otro lugar los triunfos de Walia sobre los vándalos, la devolución de Placidia á Honorio, la concesión que este emperador hizo á los godos de las tierras de Aquitania, y el establecimiento de la corte goda en Tolosa. Limitámonos en este capítulo á apuntar los primeros pasos en España de los que habían de transformar nuestra península de provincia romana en monarquía goda. Dejámosla cuajada de ejércitos bárbaros, de masas de salvajes que se mueven y chocan entre sí disputándose la posesión de un suelo envidiado; á otros bárbaros menos salvajes y feroces que ellos pugnando por arrojar á los primeros invasores; el imperio romano de Occidente desmoronándose, saqueada por los godos la capital del que se había llamado pueblo-rey, un emperador imbécil dando leyes á súbditos que no tenía, y cuyos sucesores no hacían ya sino dispu-

(1) Idacio, Orosio, Salviano, Olimpiodoro.

tarse los harapos inservibles de una púrpura desgarrada; la dominación romana, moralmente abolida en España, pero luchando todavía por sostener un poder ilusorio y fantástico, y fundiéndose y como amasándose una España nueva: período de fermentación y mezcla de pueblos y de elementos extraños, de que habrá de resultar otro idioma, otros nombres, otras costumbres, otra forma de gobierno, otra sociedad. La España se está descomponiendo para renovarse.

Por eso, sin dar por definitivamente terminada la dominación romana, ni por formado todavía el imperio godo que la habrá de sustituir, pero no rigiendo ya la organización á que hasta ahora ha quedado sujeta, parecemos que debemos dar cuenta del carácter de la situación política que termina, para que podamos después apreciar mejor el cambio material y moral que va á sufrir.

CAPÍTULO VIII

ESTADO SOCIAL DE ESPAÑA BAJO EL IMPERIO ROMANO

Diferentes divisiones que se hicieron de España.—Clases y categorías de las poblaciones.—Colonias, municipios, etc.—Derechos que cada uno gozaba.—Gobierno. Administración. Sistema rentístico. Impuestos. Servicio militar. Estadística de población.—II. Riqueza territorial de España.—Artículos de que abastecía á Roma.—Agricultura, industria, comercio.—Minería.—Cómo beneficiaban y elaboraban las minas los romanos. Cómo estaban administradas.—Acuñaion de moneda en España.—III. Artes y oficios.—Riqueza monumental.—Grandes vías militares.—IV. Cultura intelectual.—Literatura hispano-romana.—Los Sénecas: Lucano: Quintiliano: Silio Itálico: Floro: Marcial: Columela: Pomponio Mela: Trajano: Adriano.—Letras cristianas.—Escritos religiosos.—Osio: Juvencio: Gregorio de Illiberis: Prudencio: Prisciliano.—Prepárase España á recibir una modificación social.

I. Mejor que los hombres de la república comprendió Augusto la geografía de España, cuando á la desigual división de Tarraconense y Bética, ó de España Citerior y Ulterior, sustituyó la división en tres grandes provincias, á saber: Tarraconense, Bética y Lusitania. La Bética, como provincia senatorial, era gobernada por un procónsul; la Tarraconense y Lusitania, como provincias imperiales, lo fueron por legados augustales. Cada una estaba dividida para la administración de justicia en varios distritos judiciales, llamados conventos jurídicos, semejantes á las audiencias modernas. La Tarraconense comprendía siete, á saber: Tarragona, Cartagena, César-Augusta, Clunia, Lucus, Asturica, y Bracara: cuatro la Bética: Hispalis, Gades, Corduba y Astigis: y tres la Lusitania: Emerita, Pax-Julia y Scalabis. Cuando los emperadores cercenaron al senado la autoridad directiva de algunas provincias que le había dejado Augusto, los gobernadores de las de España solían llamarse presidentes.

Otón incorporó á la Bética la provincia de África nombrada Tingitania. Constantino, separando la Tingitania de la Bética y los gobiernos de Galicia y Cartagena de la Tarraconense, dejó á España dividida en seis provincias y diócesis, á las cuales Teodosio ó alguno de sus hijos añadieron las *Baleares*. Comprendía esta provincia las islas de su nombre; la *Tingitania*, cuya capital era *Tingi* (Tánger), cogía la parte de África en

que están hoy los reinos de Fez y de Marruecos; los términos marítimos de la *Lusitania* eran las dos playas del Océano, desde el Duero hasta el cabo de San Vicente, y desde aquí hasta el Guadiana: las bocas del Duero formaban su límite septentrional, y el oriental se extendía por las riberas del Guadiana hasta el Océano: *Galicia* confinaba con la *Lusitania* por el Duero, y con la *Tarraconense* por el término donde tocan las Asturias con Castilla la Vieja: formaban el límite septentrional de la *Tarraconense* las costas de Castilla y Vizcaya con la cordillera de los Pirineos, el oriental las de Cataluña y Valencia hasta más adelante de Peñíscola, y entrábase otra línea por Aragón hasta las fuentes del Ebro, donde se tocaban la *Tarraconense*, la *Cartaginense* y *Galicia*: la *Cartaginense* confinaba con la *Bética* por el Guadiana, con la *Tarraconense* por el Ebro y por el Duero con la *Lusitania*. Comprendía la *Bética* las costas marítimas desde el riachuelo Almanzor hasta el Guadiana, y la línea que la divide de la *Cartaginense* bajaba de Medellín por Sierra Morena y por el Poniente de Baeza y Guadix. Cuando Constantino dividió el mundo romano en cuatro grandes prefecturas ó diócesis, estableció en España un vicario, subordinado al prefecto de las Galias, teniendo él á su vez bajo su autoridad inmediata otros tantos gobernadores cuantas eran las provincias. Habiendo Constantino separado la administración militar de la civil, el gobierno militar de las provincias le desempeñaban los *comites* ó condes.

Al través de estas alteraciones en la organización territorial, subsistían siempre las diferentes clases y categorías en que estaban divididas las ciudades por razón de sus derechos políticos. Eran las primeras de todas en preeminencias las *colonias*, pobladas de ciudadanos y soldados romanos que gozaban de todos los derechos de la metrópoli, y eran considerados como vecinos de Roma ausentes. Dábanse las colonias á los veteranos beneméritos que habían cumplido con buenas notas el tiempo porque estaban obligados á servir. Dos diputados señalaban el terreno más á propósito para fundar una colonia, y el contorno de la futura ciudad se demarcaba arando un surco con una vaca y un buey uncidos y guiados por un sacerdote: las medallas antiguas nos representan comunmente bajo este emblema el establecimiento de las colonias. Seguían los *municipios*, cuyos moradores se gobernaban por sus propias leyes, y sin gozar de todos los derechos de ciudadanos romanos tenían opción á las dignidades del imperio y nombraban sus propios magistrados. Eran las terceras las *ciudades latinas*, pobladas por habitantes del Lacio. Sus moradores se igualaban á los ciudadanos de Roma, tan luego como eran investidos de alguna magistratura. Perteneían á la cuarta clase las *ciudades libres (immunes)*, que quedaban en posesión de sus leyes y de sus magistrados locales, y estaban exentas de las cargas que pesaban sobre el resto del imperio. Era este un privilegio que se obtenía con mucha dificultad, y sólo por necesidad le otorgaban los romanos: así sólo le alcanzaron seis ciudades en España. Aun eran menos las *aliadas (confederatæ)*, que al principio vivieron en una verdadera independencia. Había además las *tributarias*, que eran sobre las que gravitaba el peso de la dispendiosa máquina de aquel Estado, y las que alimentaban el lujo de la ciudad madre: y habíalas también *stipendiariæ*, pequeñas ciudades como agregadas á otras mayores.

De las ciudades que según Plinio había en España en el tiempo de las tres grandes divisiones, la Bética contaba ciento setenta y cinco; de ellas nueve colonias, ocho municipios, veintinueve latinas, seis libres, tres aliadas, y ciento veinte tributarias. La Tarraconense contenía ciento setenta y nueve: de ellas doce colonias, trece municipios, diez y ocho con leyes latinas, una aliada y ciento treinta y cinco tributarias, sin contar las Baleares. Contaba la Lusitania cuarenta y cinco, entre ellas cinco colonias, un municipio, tres latinas y treinta y seis tributarias. Pero todas estas distinciones fueron desapareciendo. Otón comenzó por conceder á muchos españoles los mismos derechos que gozaban los ciudadanos de la metrópoli. Vespasiano extendió el derecho del Lacio á todas las provincias, y Antonino Pío concluyó por declarar ciudadanos romanos á todos los súbditos del imperio.

Al paso que todos los pueblos se iban identificando en derechos con la ciudad soberana, y que se confundían, por decirlo así, con la metrópoli, iba ganando en importancia el derecho municipal. Cada ciudad se iba acostumbrando á vivir con una especie de independencia, regida por sus leyes locales, viniendo á formar las ciudades como otras tantas pequeñas repúblicas, reemplazando así la vida municipal y de localidad á la vida política y de nación. Contenta la metrópoli con que le pagaran los impuestos, iba dejando á las ciudades gobernarse en lo demás por sí mismas, y cuanto más decaía el imperio, más se robustecía el poder municipal. Sólo en la exacción de tributos eran inexorables los magistrados romanos.

La administración interior de las ciudades de España se diferenciaba poco de las de Italia. Gobernábanse por una *curia* ó consejo, compuesto de diez miembros con el título de *decuriones*, elegidos entre los principales ciudadanos. El cargo de decurión era gratuito, y la recaudación de los impuestos le hacía tan oneroso, que los ciudadanos le rehusaban cuanto podían, pero no lograban eximirse de él sino por gracia particular del emperador. Había también *duumviros* y *cuatuorviros*, encargados de los caminos públicos (*cuatuorviri viarum curandarum*): *ediles*, que cuidaban de la policía urbana, dirigían las ceremonias y fiestas públicas, é inspeccionaban los abastos: *curatores*, que atendían á la distribución de los granos depositados en los graneros públicos: *decemviri*, que administraban la justicia en primera instancia, y otra multitud de funcionarios subalternos que sería largo enumerar.

El sistema de impuestos sufrió varias alteraciones durante la dominación romana. A las exacciones arbitrarias del período de la conquista sucedió en tiempo de Augusto un sistema ordenado, pero complicado y destructor. Además de los tributos ordinarios y comunes á todas las provincias, tenía España sobre sí la carga de alimentar á la metrópoli, enviando á Roma la vigésima de sus granos al precio que el senado los tasaba: era una de las provincias *nutricea*. Considerábase esto, no como un tributo, sino como una subvención forzosa á título de necesidad. Gravitaba también sobre ella, en concepto ya de verdadera contribución, otra vigésima sobre las sucesiones. Modificada por Trajano y duplicada por Caracalla, volvió luego á quedar en la veintena en que la había fijado Augusto. Pero no era lo excesivo de los impuestos lo que los españoles sentían más, sino

el enjambre de empleados que con el título de *censitores*, de *inspectores*, de *arcarii*, de *exactores*, etc., rodeaban á los encargados de la recaudación. Que no suelen ser los tributos en sí, por fuertes y subidos que sean, lo que más agobia á los pueblos y los exaspera, sino la manera cómo se exigen, recaudan y perciben, las violencias, extorsiones, injusticias y crueldades que se emplean en su cobranza. Diéronse en un principio las contribuciones en arriendo por contratas de compañías de monopolistas, que se llamaban *mancipes* ó *publicani*. «Eran los *publicanos* una clase de ciudadanos que hacían profesión de enriquecerse con la miseria del pueblo, que por lograrlo más pronto estudiaban y empleaban todos los medios de la opresión y de la superchería, y que tenían los oídos sordos y el corazón impenetrable á los lamentos y lágrimas de los infelices.»—«Los publicanos eran los árbitros de los impuestos, y podían aumentarlos según su capricho, siendo forzoso pagar cuanto sabía pretender el avaro publicano, sin ser permitido el pedir la razón de ello (1).» Tales debían ser sus excesos, tales sus vejaciones, que el mismo Nerón se vió precisado á publicar unas ordenanzas para reprimirlos, mandando entre otras cosas que se estableciese en cada provincia un pretor para juzgar sus informales exacciones, lo cual llama Montesquieu *los bellos días de este emperador* (2). Poco remediaron estos prefectos del pretorio. Facultados para aumentar los impuestos en circunstancias y necesidades extraordinarias, su avaricia inventaba fácilmente necesidades imprevistas, y lo que antes acumulaban los publicanos pasaba después á la caja privada de los pretores.

¿Y qué se adelantó, preguntamos nosotros, con esa nube de funcionarios asalariados que descargó posteriormente sobre los pueblos con achaque del censo ó estadística, y de corregir los anteriores abusos de los publicanos? Lactancio lo demuestra con colores bien fuertes y sombríos. «La calamidad pública, dice, llegó á su más alto punto cuando descargando el azote del censo sobre todas las provincias y pueblos, se esparcieron los censores por todas partes, y lo trastornaron todo. No parecían sino invasores enemigos. Medían los campos por terrones, contaban las cepas de las viñas, anotaban los animales de toda especie, y empadronaban á los hombres. Para esta operación amontonaban nobles y plebeyos en lo interior de las poblaciones: las plazas públicas hormigueaban de familias reunidas como rebaños, porque cada cual llevaba allí sus hijos y sus esclavos. Por todas partes resonaban el tormento y el azote. Los hijos eran colgados para deponer contra sus padres, los esclavos más fieles puestos en el tormento para que acusasen á sus señores, y hasta las mujeres para que denunciasen á sus maridos. Por estos bárbaros medios se arrancaban al dolor de las víctimas declaraciones de bienes que no poseían, y que sin embargo se anotaban. No servían de excusa ni la edad ni la falta de salud. Los enfermos que no podían ir por su pie, eran llevados; á cada uno se le fijaba la edad, aumentando años á los niños y rebajando á los viejos. El caos, la tristeza y el luto reinaban por todas partes.... A cada cabeza se impo-

(1) Azanza, sobre el comercio de Roma.

(2) *Esprit des Loix*, tom. I., chap. XIX.

nía cierta suma, y de este modo se compraba la existencia á precio de oro.... Entretanto los animales disminuían, morían los hombres, pero se pagaba también contribución por los muertos, á fin de que no se pudiese vivir ni morir sin pagar. No quedaban más que los mendigos, etc.»

Esta pintura, al parecer exagerada, la confirma Salviano (1): siendo lo notable, que á medida que se aumentaban las exacciones de los pueblos, se ocupaban menos de ellos los emperadores. «Se enviaban más tropas á las fronteras para resistir á los bárbaros, y quedaban menos en el interior para mantener el orden.... De este modo se hallaba el despotismo cada vez más exigente y más débil, obligado á tomar mucho é incapaz de proteger lo poco que quedaba (2).»

Una de las contribuciones que se hacían más sensibles á los españoles era la de la milicia. Consecuentes los romanos á su sistema de conquista, sacaban soldados de España para llevarlos á morir por Roma allá en la Tracia ó en la Iliria, en la Armenia ó en la Capadocia, mientras sus legiones venían aquí á tener sujeta la España, y á aclimatar en ella su lengua y sus costumbres. Del valor que en todas partes acreditaron los españoles, certifican las inscripciones que en honor suyo se han conservado en la Gran Bretaña, en las Galias, en Italia, en Egipto y en África: y de lo numerosos y frecuentes que eran los subsidios de hombres que á esta provincia se exigían fué buena prueba la resistencia que encontró Adriano en los diputados de Tarragona para aprontarle el nuevo contingente que pedía, dando por causa la falta que se experimentaba ya de juventud (3).

Y eso que debía ser grande la población de España en aquel tiempo: pues si ya al terminar la república decía Cicerón: «No hemos superado ni en número á los españoles, ni á los galos en fuerza, ni en las artes á los griegos (4),» mucho debió crecer con la paz que siguió al establecimiento del imperio á pesar de las contribuciones de sangre. Así no nos parece de modo alguno exagerada la cifra de los que hacen subir la población hispano-romana á más del duplo, y aun á dos tercios más de la que en el día tiene; lo cual está también de acuerdo, así con los censos romanos que se conocen, como con el gran número de ciudades que todos mencionan y cuentan.

II. No obstante lo gravoso de los impuestos que pesaban sobre España, no es posible dudar de la riqueza que encerraba esta región tan favorecida por el cielo. Hemos dicho ya que era una de las provincias *nutrices* ó alimentadoras de Roma, como lo eran también Sicilia y África. Era una de las que más abastecían á la metrópoli de cereales; uno de sus graneros. Veníale bien á España, mercantilmente considerado, el desenfrenado lujo de Roma, la vida muelle de los príncipes, entre fiestas, meretrices, bailarines, eunucos y bufones, la locura con que el pueblo se entregaba á los es-

(1) Citado por Chateaub., *Estud. Histor.*

(2) Guizot, *Hist. de la Civilisat.*

(3) Véase el cap. II de este libro.

(4) *Nec numero hispanos, nec robore gallos, nec artibus græcos superavimus.*

pectáculos, el abandono en que tenían la agricultura, aquellas fértiles campiñas de Italia ó incultas ó malamente trabajadas por manos esclavas; porque reducida Roma á pueblo consumidor, obligada á tener siempre provistos los graneros públicos para satisfacer las hambres frecuentes que solían agobiar al pueblo, monstruo de cien bocas siempre abiertas para recibir el alimento que le enviaran los pueblos de las provincias, todo proporcionaba ocasión á España para dar salida á los abundantes frutos de su suelo; y aunque no hubiera entrado en el interés de los emperadores proteger la agricultura en las provincias proveedoras, bastaba el interés de los indígenas para mirarla como una fuente de riqueza propia. El trigo y la cebada eran los cereales de que España surtía principalmente á Roma: del último, al decir de Plinio (1), se cogían dos cosechas anuales en muchas comarcas de la Celtiberia, y tan pródigo era el suelo, que no era raro el que diese ciento por uno. La espiga y el racimo que se ven en las monedas españolas de aquel tiempo, son los emblemas de los dos principales ramos de agricultura que se cultivaban.

Los romanos, que en los seis primeros siglos no habían usado el vino, hicieronle después objeto de lujo en las mesas y banquetes: muchos patrios hacían vanidad de ser grandes bebedores; los poetas cantaban sus virtudes, y M. Antonio escribió una apología de la embriaguez. Con esto se hizo uno de los ramos más productivos de comercio la introducción de vinos extranjeros, y los de España alternaban con los de Grecia y de Sicilia: el de Tarragona era preferido á los de Italia. Así, á pesar de los edictos de algunos emperadores mandando descepar las viñas, la plantación de la vid se había hecho común en la Península; todo el litoral del Mediodía y Oriente estaba plantado de viñedo, y su fruto iba á parar á las mesas de los epulones romanos.

Como se hubiese hecho tan común en Roma el uso de la púrpura, que lo que al principio sólo se empleó para adorno de los dioses, de los templos y de los pontífices, se fué extendiendo á la toga, á la pretexta, á la clámide, hasta á las colchas de las camas y á los vestidos de los soldados, era este ramo de lujo de gran recurso á España para dar salida á sus lanas, de cuya calidad y del aprecio en que se las tenía hemos dado cuenta en el curso de la historia. Ibiza sacaba gran producto del establecimiento de tintorería de púrpura que tenía; y en la Bética se utilizaban grandemente de la co-



Setabi (San Felipe de Játiva)

chinilla, y muchos habitantes hallaban en la coscoja un medio para pagar sus tributos. En tiempo del emperador Vespasiano encareció la grana púrpura en términos que se compraba casi al valor de las perlas (2). Ni eran

(1) *Hist. Nat.*

(2) Plin., *Hist. Nat.*, lib. IX.



MOSAICO ROMANO ENCONTRADO CERCA DE GERONA

Este mosaico representa una carrera de cuadrigas en un circo romano, viéndose en su parte superior una sección del oppidum y en la inferior todo lo más importante que constituía la arena

menos apreciados los linos de la Tarraconense, y los de Asturias y Galicia. Pero el que llevaba la palma á los de todas las provincias del imperio era el de Sétabis (Játiva), del cual tomaron su nombre los pañuelos y servilletas *setabinas*, que por su extremada finura usaban sólo los ricos. El poeta Cátulo las menciona en dos lugares (1); y Silio Itálico dice también hablando de estas telas:

Setabis et telas Arabum sprevisse superba (2)

Eran igualmente objetos de comercio y de lucro para los españoles, la cera, la miel, las frutas, los higos secos de Ibiza, el aceite, que tanto recomendaba el emperador Galieno, y de cuya preparación nos informa Columela, y multitud de otros artículos y producciones debidas á la privilegiada feracidad del territorio español, y de que hacían constante tráfico las costas de Mediodía y de Levante, saliendo frecuentemente para Roma barcos de Cádiz, de Málaga, de Cartagena, de Tarragona, de Barcelona y de otros puntos del litoral.

Mirando los romanos el comercio y la industria como profesiones innobles (3), satisfechos por haber acumulado en Roma el oro y la plata de todas las provincias del imperio, dejando á los pueblos conquistados el comercio activo, y limitados ellos á sólo el pasivo, no advirtieron que teniendo que recibir las producciones y manufacturas de aquellos mismos pueblos conquistados, y no creando nada ellos, necesariamente habían de ir devolviéndoles á cambio de mercancías aquellos mismos metales de que con las armas los habían despojado. Era una riqueza facticia la de Roma; riqueza puramente metálica, que arrebatada en un día de victoria y de despojo á las provincias productoras tenía que refluir lentamente á los mismos pueblos de donde había salido. *Opulentia*, había dicho Floro, *paritura mox egestatem*. Plinio da por seguro que salían cada año de Roma por lo menos cien millones de sestercios (4). Sólo la prodigiosa abundancia de dinero que allí se había concentrado pudo hacer que no se sintiera de repente la falta; era una enfermedad lenta que iba royendo el Estado, y cuyo estrago no se percibía sino cuando el mal llegó á hacerse demasiado grave. El primer Antonino tuvo ya que vender los adornos imperiales para subvenir á las urgentes atenciones del imperio. Marco Aurelio se vió obligado por dos veces á hacer almoneda de los vasos de oro, de las joyas y alhajas del palacio imperial. Alejandro Severo se vió precisado á vender su vajilla de oro, y á alterar en dos tercios la moneda. Cuando en el imperio de Maximiano hubo que fundir los metales preciosos de los templos

(1) *Nam sudaria Setaba ex Hiberis...* Y en otra parte: *Sudariumque Setabum, Catagraphonque linum.*

(2) *Sil. Ital.*, lib. III.

(3) En prueba de cómo se miraban en Roma las profesiones industriales, citaremos sólo el hecho de haber condenado Augusto á muerte al senador Q. Ovinio, porque en Egipto había deshonrado su dignidad haciéndose director de ciertas manufacturas. *Oros. Hist.*, lib. VI.

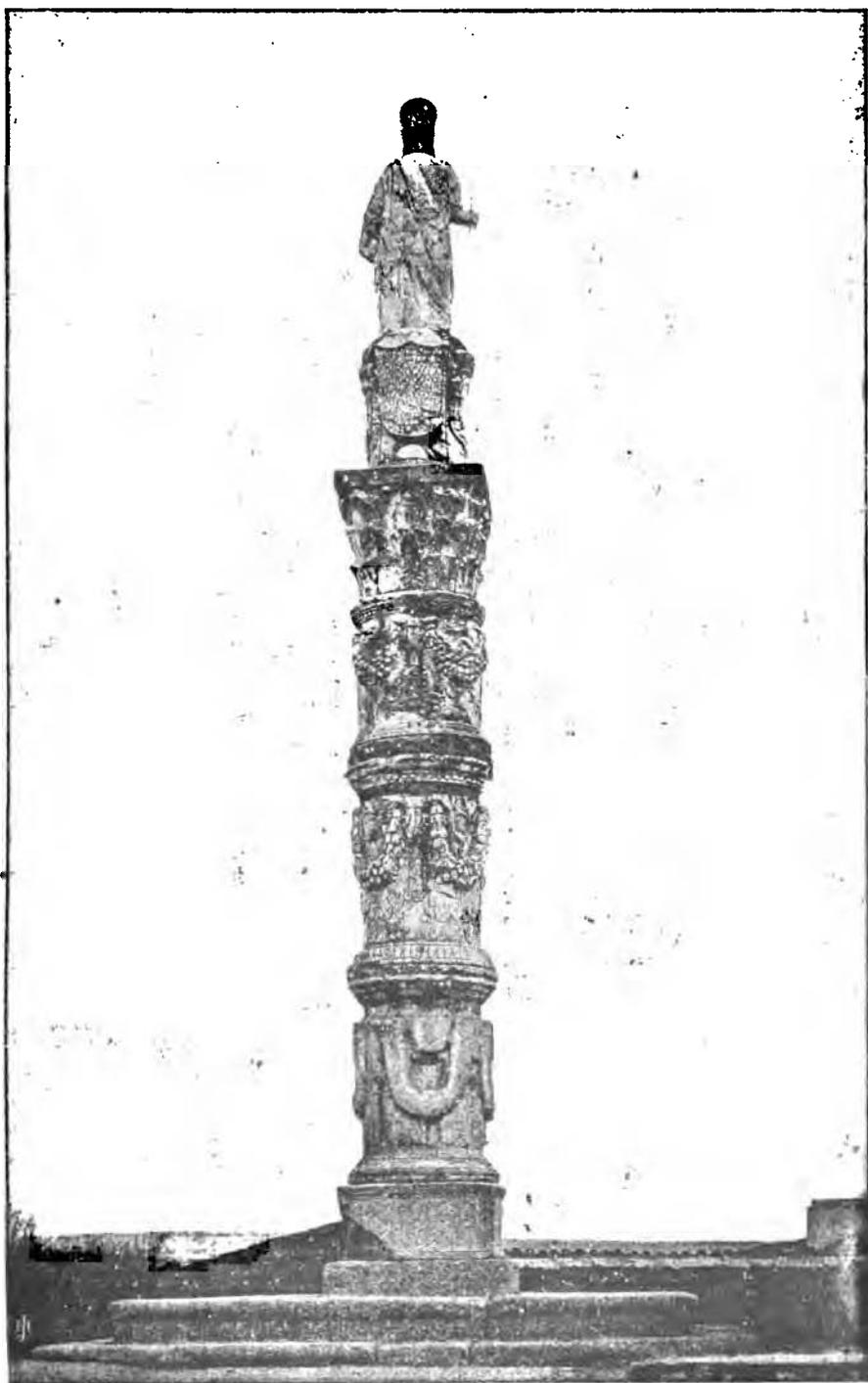
(4) *Hist. Nat.*

y los monumentos de las antiguas victorias para convertirlos en dinero: cuando en el reinado de Galieno se advirtió que sólo circulaban monedas de cobre, porque la plata había desaparecido casi toda; cuando, en fin, entre todos los ciudadanos romanos no pudieron reunir el oro en que Alarico había tasado su rescate y tuvieron que apelar á fundir en el fuego las estatuas de las virtudes, entonces pudieron conocer los pródigos romanos cuán efímeras son las riquezas que no se fundan en el trabajo, en la industria y en la economía: *opulentia paritura egestatem*. Las riquezas de Roma habían vuelto á pasar á las provincias productoras.

Otro de los ramos de la riqueza de España eran las minas. Los romanos, en los primeros tiempos de la conquista, dejaron á los naturales el cuidado de beneficiarlas, seguros de que sus productos habían de ir á parar á sus manos. Los emperadores se reservaron la explotación de algunas minas, dando el resto en arriendo á compañías de publicanos, que las subarrendaban á los habitantes del país. Estaba prohibido emplear en los trabajos de una mina más de cinco mil operarios, que regularmente eran esclavos ó criminales de la ínfima plebe: y pueblos había á quienes se les daban tierras de qué vivir, á condición de que elaboraran las minas de plomo en beneficio del Estado, de lo cual fueron nombrados *plumbarii*. Los romanos apenas tuvieron que hacer en el ramo de minería sino proseguir y perfeccionar las obras comenzadas por los fenicios y cartagineses. Abrían las galerías con mucha regularidad: hacían los pozos redondos; y los barnizaban con un betún que hacía sus paredes tersas como las de un vaso de tierra cocida. Poníanles comunmente el nombre de algún emperador ó emperatriz, ó alguno de sus favoritos ó amigos.

Siendo España la provincia del imperio más rica en metales, era también donde más moneda se acuñaba. Eran muchísimas las ciudades que tenían derecho y casas de fabricación. De aquí la abundancia de monedas que se encuentran á cada paso en las ruinas de las antiguas ciudades romanas de la Península, y la facilidad con que los aficionados á la numismática acrecen cada día sus privados monetarios. Y eso que este derecho duró sólo desde Augusto hasta Calígula, que despojó de él á las provincias, y le hizo privilegio exclusivo de Roma. Casi todas las monedas imperiales de España eran de cobre; las de plata pertenecían generalmente á familias ricas cuyo nombre llevaban. Era uno de los cargos de los ediles inspeccionar la fabricación de moneda, y en muchas de ellas se leen sus nombres y los de los duumvros monetarios. Es de notar que las monedas de este tiempo no tenían la perfección artística de las celtíferas, ó sea de los tiempos anteriores á la conquista romana.

III. Lejos, no obstante, de ser extraños á los españoles los conocimientos artísticos, bien puede asegurarse que hubo en este tiempo muchos y excelentes artistas en España, principalmente marmolistas, lapidarios, fundidores, plateros y cinceladores, los cuales parece formaban gremios ó corporaciones de obreros dirigidas por un presidente elegido entre los ciudadanos más ilustrados, según acredita más de una inscripción y más de un epitafio dedicados ó á simples artistas ó á los presidentes de sus asociaciones ó colegios. No negaremos que á España, como á la misma Roma, le fueran importadas y transmitidas las artes liberales por los insignes



COLUMNA DE LA CONCORDIA EN MÉRIDA (COPIA DIRECTA DE UNA FOTOGRAFÍA)

maestros de la culta Grecia, de cuyo país tomaron los romanos (y fué la más rica adquisición de su conquista, y el más honroso trofeo para los griegos) las letras como las leyes, y las artes como las letras, y muy principalmente la arquitectura y la estatuaria. Mas tampoco puede negarse la aptitud que debieron hallar en los españoles para el ejercicio de algunas artes, pues ya antes de la conquista los hemos visto sobresalir en la fabricación de la moneda, en el temple y estructura de las armas, en el tejido de las telas y otras manufacturas y oficios, según en otro lugar dejamos expresado. Ni cabe en lo posible que tantas obras artísticas como enriquecieron entonces el suelo español fueran exclusivamente debidas á artífices extraños, sin que tuvieran gran participación en ellas los naturales.

Porque no hay sino ver esa prodigiosa riqueza monumental que España conserva todavía, restos preciosos de la antigua grandeza hispano-romana, para calcular cuán maravilloso debía ser el número de obras artísticas que en aquel tiempo se levantaron en este suelo. Aparte de los museos que, aunque abundantes, deberían ser, fuera de los de Italia, los más ricos del mundo en antigüedades romanas, toda España es un museo disperso de apreciables objetos artísticos, y cada comarca una historia inagotable en que cada día se descubren nuevas páginas escritas en piedra ó en metal: cada día la reja del arado del labriego y la piqueta del albañil se enredan en la estatua de un emperador, en la columna miliaria de una vía militar, en el privilegio de un municipio, en la urna cineraria de un cónsul, ó en el mosaico de un suntuoso palacio imperial. Apenas pasa día en que no se descubran ó las ruinas de un templo, ó los restos de un circo ó de un anfiteatro, ó los fragmentos de un arco de triunfo ó la lápida de un panteón, ó el ara en que se ofrecían sacrificios á una divinidad. No pocas veces hemos visto con lástima desmenuzar la piedra de un sarcófago para rellenar los hoyos de un camino público, mutilar la imagen de un ídolo para empotrarla en el lienzo de un edificio privado, ó enterrarla para que le sirviera de cimiento: hemos hallado en las tapias de las huertas inscripciones importantes arrancadas de un palacio de los Césares, y esculturas y bajos relieves de ágata ó de granito en lugares que ni aun fuera decoroso nombrar. Por fortuna la creación de academias y corporaciones arqueológicas, de institutos de bellas artes y de museos provinciales, va poniendo remedio á los males que la indolencia ó la ignorancia hacían lamentar, y enriqueciéndose diariamente estos establecimientos, la ilustración y la laboriosidad de sus individuos contribuyen á hacer nuevas y útiles investigaciones históricas.

Ni es de nuestro propósito, ni bastarían volúmenes enteros si hubiéramos de dar cuenta de los infinitos vestigios de monumentos romanos que aun se conservan en nuestra Península. Sólo Tarragona, la ciudad española de los Césares, ostenta todavía tantas y tan venerables ruinas, que solas ellas bastarían para mostrar cuánta fué la opulencia, cuánta la magnificencia de las ciudades hispano-romanas del imperio. *Tarraco quanto fuit ipsa ruina docet*, dijo ya un escritor latino. Otro tanto podemos decir de Mérida, de uno de cuyos monumentos dijo el erudito Pérez Bayer: «Ví el famoso arco romano; ni en Roma, ni en parte alguna he visto cosa igual ni que se le parezca.» Las ruinas de Itálica, tan dignamente celebra-

das por la vigorosa musa de Rioja, son tan preciosas como no podían menos de ser los restos de la ciudad

Donde «nació aquel rayo de la guerra,
gran padre de la patria, honor de España,
Pío, Felice, Triunfador Trajano,
ante quien muda se postró la tierra...»
Donde «de Elio Adriano,
de Teodosio divino,
de Silio peregrino
rodaron de marfil y oro las cunas (1).»

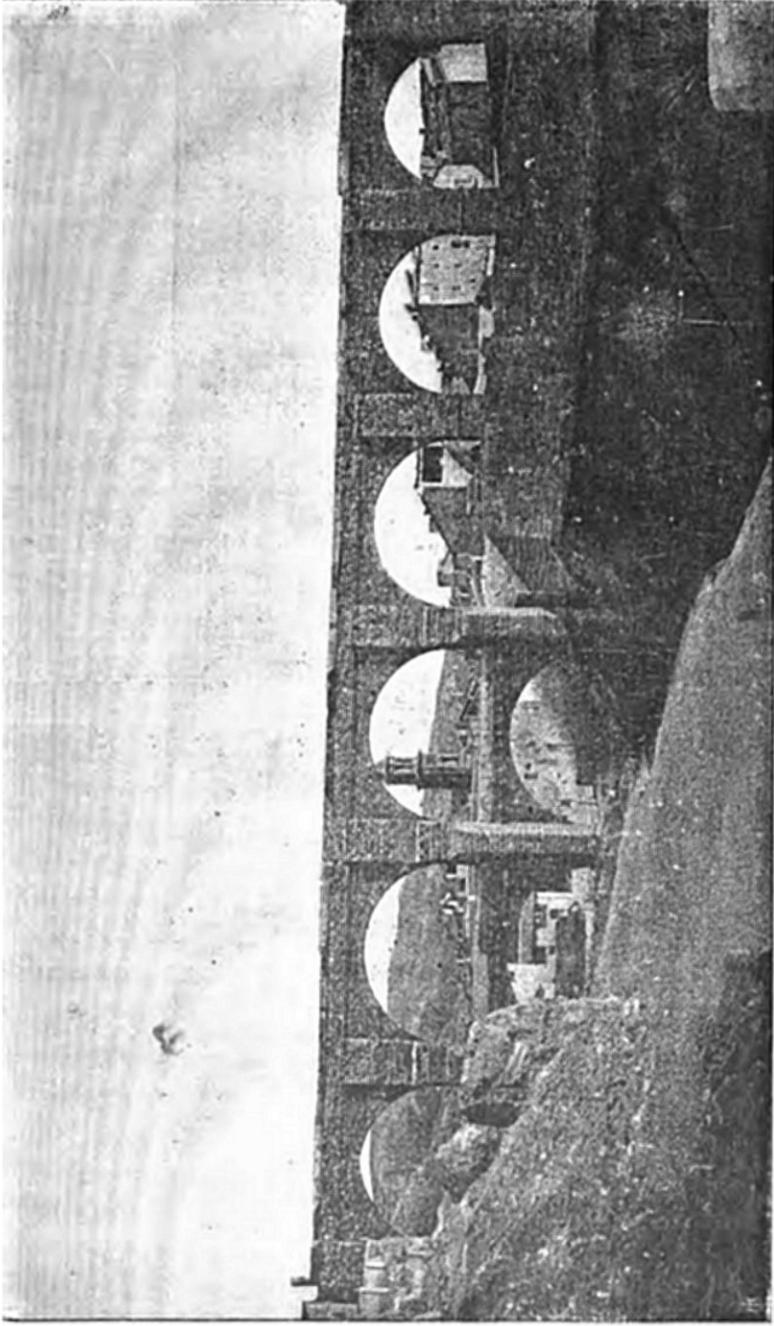
Hemos nombrado una sola ciudad de cada una de las tres grandes provincias, no porque en otras muchísimas dejen de existir monumentos igualmente magníficos, sino porque sus solos nombres formarían un largo catálogo, pasando ya de dos mil las poblaciones en que se sabe haberse descubierto más ó menos preciosas antigüedades romanas; estando con tal abundancia y prodigalidad sembradas en el suelo español, que más de un labriego del siglo XIX se sienta á descansar en la puerta de su humilde vivienda sobre alguna pilastra del antiguo palacio de un procónsul, y las pilas de las regaladas termas romanas sirven á veces de abrevadero al ganado del aldeano. Templos, anfiteatros, circos, palacios, puentes, acueductos, baños, naumaquias, estatuas, aras, mosaicos, columnas, capiteles, vasos, lápidas infinitas, mil otros objetos por todas partes diseminados están testificando el esplendor á que llegó la España romana, y por los despojos que subsisten se puede discurrir la grandeza de lo que fué (2).

Habían los romanos llegado á unir á Roma con todas las principales ciudades del mundo por medio de grandes ramales de caminos, que partiendo de la metrópoli, y enlazándose entre sí, venían á convertir el vasto imperio en una sola y gran ciudad. *Fecisti patriam diversis gentibus unam* (3). Nada ha igualado en solidez, belleza y magnificencia á estas grandes vías romanas, de que se conservan trozos que al cabo de cerca de veinte siglos admiran todavía y sorprenden por el mérito de su construcción. De las dos principales cadenas de comunicaciones que venían de Italia á España, la una arrancaba de la misma Roma por la puerta Aurelia, seguía por la Toscana á Génova, á Arlés por los Alpes Marítimos, á Narbona, Cartagena, Málaga y Cádiz; la otra partía de Milán, y atravesaba los Alpes Cotianos y la Galia Narbonense, continuaba por Gerona, Barcelona, Tarragona, Lérica, Zaragoza, Calahorra y León, y se prolongaba por Galicia y Lusitania hasta Mérida. Cruzaban además á España otras muchas magníficas calzadas, de las cuales concurrían nueve á Mérida, siete á Astorga, cuatro

(1) Rioja, *Ruinas de Itálica*.

(2) Además de las muchas obras que sobre sus antigüedades monumentales se habían publicado en España, hasta el primer tercio del presente siglo, se están publicando todavía al tiempo que esto escribimos dos obras especiales, que no dudamos sean de gran utilidad para nuestra historia, la una titulada: *Antigüedades extremeñas*, por el señor Viu; la otra, *Tarragona monumental*, por los señores Albiñana y Bofarull.

(3) Rutil. Galic.



ACUEDUCTO ROMANO DE TERUEL (COPIA DIRECTA DE UNA FOTOGRAFÍA)

á Lisboa, cuatro á Braga, tres á Sevilla y cinco á Córdoba. Calcúlase en una longitud de cerca de tres mil leguas lo que los romanos tenían ramificado de calzadas. Muchas de ellas estaban cubiertas con una capa de argamasa en extremo consistente y dura; el camino que atravesaba por Salamanca lo estaba de una piedra blanquecina, que le dió el nombre de *Vía argentea*. Señalábanse con mucha exactitud las distancias de una á otra ciudad en elegantes marcos llamados columnas miliarias, de que se encuentran muchas todavía. A veces se inscribían en ellas el nombre del emperador que había hecho abrir el camino, ó del magistrado que le había hecho reparar, y solían también recordar algún suceso contemporáneo. Los pueblos en que las legiones hacían sus estaciones ó descansos, se hallan igualmente especificados con sus respectivas distancias en el *Itinerario de Antonino*. Además de las grandes vías mencionadas había otras de orden inferior para las comunicaciones particulares de los pueblos entre sí, las cuales recibían, según su clase, los nombres de *pretorianas, consulares, vecinales*, etc. La mayor parte de los grandes caminos se construyeron en los buenos tiempos del imperio (1).

IV. Los españoles, que en medio del estruendo de las armas y al través de las turbaciones de los tiempos durante la república habían mostrado ya su afición á las letras y su aptitud intelectual, acudiendo presurosa su juventud á la escuela fundada por Sertorio, ¿podían dejar de progresar en los conocimientos humanos desde que llegó la edad de Augusto llamada la edad de oro de la literatura romana? La paz en que quedó el país, la protección de Augusto y el ejemplo de Roma los convidaban al cultivo de las letras. La lengua indígena había ido cediendo su lugar á la latina: de las costas y de los países llanos, los más abiertos á la invasión, y que por consecuencia experimentaban más el influjo del trato y comunicación con los conquistadores, se iba retirando el lenguaje nativo á las montañas, acabando por refugiarse en esas comarcas que hoy llamamos Provincias Vascongadas, únicos puntos donde se ha conservado. Por más tenaces que los españoles fueran y por más apegados que estuviesen á su idioma primitivo, no era posible que resistiera éste á la influencia de la larga dominación romana, mucho más siendo el latín la lengua oficial, la lengua de la legislación que regía á España, la de las escuelas y de la poesía, á que tan temprano se dedicaron los españoles, y posteriormente hasta la lengua de la religión. Reemplazó, pues, el latín al idioma ibero y á los dialectos locales, sin perjuicio de que se conservara en el pueblo una especie de lenguaje intermedio ó de latín corrompido y mezclado con voces de la lengua nativa, que acaso fuera el precursor del que con la mezcla de otras sucesivas había de constituir un día la lengua española.

Fué, pues, la literatura romana, obra ella misma de imitación (que así se van trasmitiendo los pueblos su civilización, y así se va enlazando la vida universal de la humanidad, contribuyendo todos á su vez á la grande obra del progreso social), aclimatándose en España, en términos que á

(1) Berger escribió una obra exclusivamente sobre las grandes vías romanas, titulada: *Histoire des grands chemins de l'Empire*.

aquellos primeros poetas cordobeses, cuyas palabras y estilo *pingüe quiddam atque peregrinum sonantia* parecía ofender el armonioso oído de Cicerón, sucedieron otros poetas, otros oradores y otros filósofos, españoles que tuvieron la honra de fundar una escuela hispano-latina en la misma Roma, y de imprimir el sello de su gusto á la literatura romana.

No diremos que España pudiera presentar ni un Cicerón, ni un Tito Livio, ni un Virgilio, ni un Horacio, pero sí que á poco de haber pasado la era de Augusto, y cuando Roma se arrastraba en el cieno de la sensualidad y de la corrupción, la única literatura que prevalecía en el imperio era la española, y lo mejor que entonces se escribía era obra de los ingenios españoles, aparte de alguna otra lumbrera, como Tácito, que aun solía aparecer en el turbado y nebuloso horizonte romano. Convendremos, si se quiere; en que la escuela española, al volver á Roma bajo Nerón el impulso literario que de ella había recibido bajo Augusto, corrompiera el gusto de sus maestros como en venganza de la servidumbre en que España había sido tenida. Pero aun así, ¿fue indigna la literatura española de figurar al lado de la romana? Dejemos hablar á un erudito historiador extranjero, que con una imparcialidad no común en los escritores de su país cuando tratan de España, se explica de este modo acerca de las dos literaturas: «Se podrá disputar sobre su preeminencia; se podrá preferir la una á la otra, nada más natural: pero nadie podrá negar que sea un glorioso catálogo de oradores, de poetas y filósofos, aquel en que figuran los Sénecas, Lucano, Marcial, Quintiliano, Silio Itálico, Floro Columela y Pomponio Mela, por no hablar sino de los más ilustres. Tales son los maestros de la literatura hispano-latina pagana; tales son también los primeros de entre los escritores de Roma después de la edad en que escribían Virgilio y Horacio. Toda esta escuela tiene un carácter propio, y que no deja de tener relaciones con el genio literario español de las edades siguientes (1).»

En efecto, aparte de los Balbos, del bibliotecario Higinió, del poeta Sextilio Henna, de los oradores Marco Porcio Latrón, Junio Gallión, Marco Anneo Séneca, y otros que florecieron ya en el tiempo de Augusto, ¿quién no ve en Lucio Anneo Séneca el Filósofo, el moralista de la antigüedad pagana? ¿Quién no admira la fecundidad de su ingenio, la profundidad de sus pensamientos, la sublimidad de sus máximas, y aquella valentía de imaginación, aquel conocimiento del corazón humano, aquella alma ardiente y melancólica, aquella dignidad de sentimiento que respiran sus escritos del *Reposo*, de la *Providencia*, la *Vida Feliz*, los *Consuelos*, á *Helvia* y á *Marcia*, y otras muchas de sus obras? En vano ha intentado zaherirle La-Harpe en su *Curso de Literatura*, acaso en desquite de lo mucho que Diderot gustaba de los escritos de Séneca, como observa el historiador antes citado. Schlegel le llama el verdadero fundador de un nuevo gusto amanerado y sentencioso (2). Pero esto en nada disminuye su mérito como pensador. ¡Ojalá hubiera participado menos del estoicismo de su tiempo! Nuestro juicio y nuestra admiración al talento del filósofo español

(1) Romey, *Hist. d'Espagn.* chap. XII.

(2) Schlegel. *Hist. de la literatura antigua y moderna*, tom. I, cap. III.

es tanto más imparcial cuanto más severamente hemos censurado sus flaquezas como hombre.

«Con Lucano, prosigue Schlegel, vemos á la poesía de los romanos volver á tomar la forma heroico-histórica, como si no hubiese podido olvidar su antiguo origen sepultado en el olvido.» El autor de la *Farsalia* era sobrino de Séneca, y murió como su tío víctima de la tiranía y de la insensatez de Nerón, que tenía el necio orgullo de pasar por el mejor poeta como por el mejor músico, y miraba como un rival á Lucano. Córdoba podrá gloriarse siempre de haber sido cuna de una familia tan ilustre como los Sénecas.

Así puede envanecerse Calahorra de haber producido un Quintiliano, el juicioso y profundo retórico, el honrado orador, *la gloria de la toga romana*, que decía Marcial, el primer profesor asalariado que hubo en Roma, y cuyas *Instituciones* serán consideradas siempre como un tesoro para los humanistas.

Viene el historiador poeta Silio Itálico, cuyo poema histórico es un manantial de instrucción sobre todos los lugares que fueron teatro de la segunda guerra púnica. Todos los amantes de la literatura visitaban su retiro por el gusto de conocer al antiguo cónsul hecho poeta fecundo y filósofo amable. El poeta Marcial se envanece de que Silio se dignara escuchar sus epigramas y concederle un lugar en su biblioteca. Floro, historiador español también, aunque vivió casi siempre en Roma, no se olvidó de realzar en su compendio histórico las glorias de su patria llamando á España *viribus armisque nobilis*.

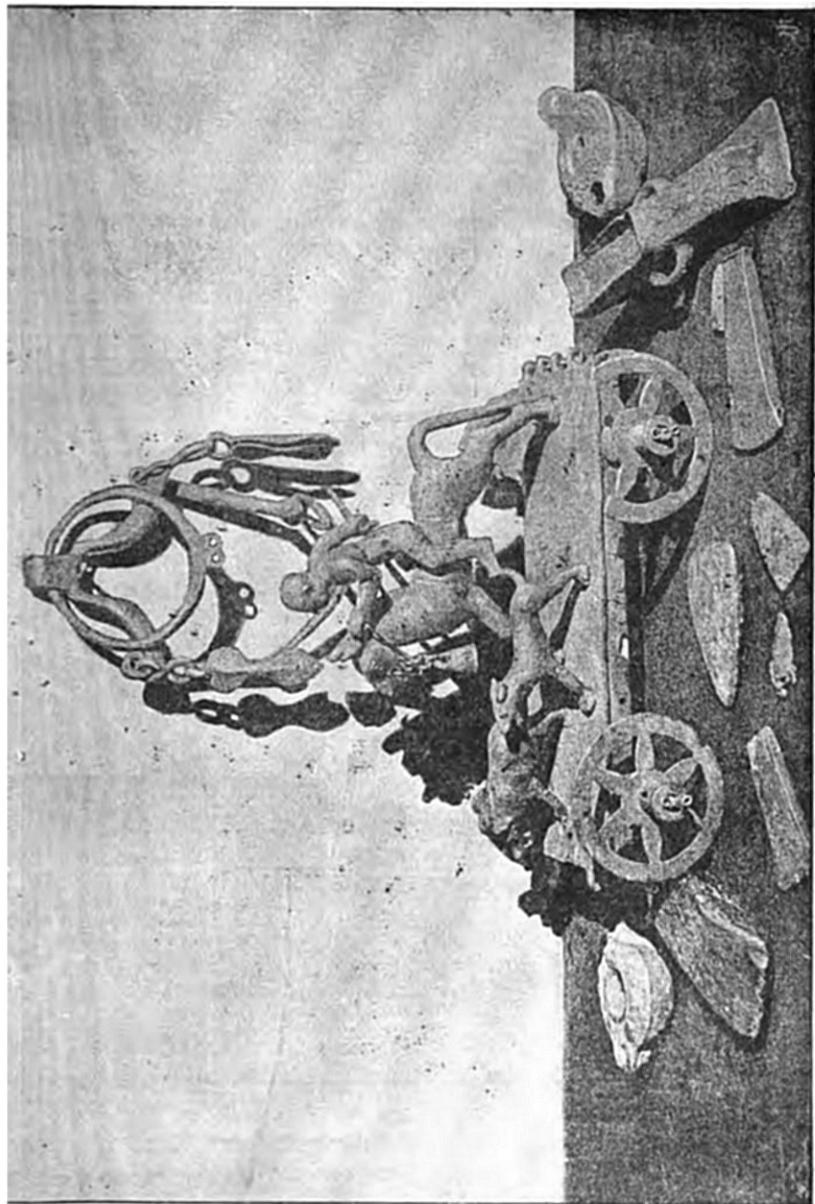
Marcial, natural de Calatayud, puede decirse el creador de los epigramas, si bien desearíamos que no hubiese escrito tantos, pues es muy difícil hacer mil seiscientos epigramas buenos. Nadie, sin embargo, ha podido llevar más lejos la precisión, la finura y la agudeza que este género de composición exige. Lástima que al lado del genio se vea en los que tituló *Obscena* el grado de libertinaje y de inmoralidad á que había llegado la civilización del paganismo. Distinguióse Marcial por un amor tierno y ardiente á su país nativo: á él se retiró después de treinta y cinco años de vida tormentosa, y desde él escribía á su amigo Juvenal: «Mientras tú recorres inquieto y agitado las tumultuosas calles de Roma, yo descanso al fin en mi amada ciudad natal... duermo á mi gusto... al levantarme encuentro una buena lumbre, los cazadores me esperan, mientras el mayordomo distribuye el trabajo á los esclavos. He aquí cómo vivo, y cómo quiero vivir hasta el término de mis días.» Eran sus amigos Plinio el Joven, Quintiliano, Frontino, Juvenal, Silio Itálico y Valerio Flacco.

Mas no fueron solamente poetas, oradores y filósofos los que produjo la España durante el imperio. Honorato Columela, natural de Cádiz, fué el sabio agrónomo de la antigüedad, y mereció ser llamado *el padre de la agricultura*. Plinio, su contemporáneo, le cita muchas veces con elogio en su *Historia Natural*; y sus obras *De Re rustica* y *De Arboribus* revelan un hombre profundamente entendido en estos ramos. Pomponio Mela, de Mellearia, pudo acaso no ser un insigne geógrafo, pero hay en su cosmografía concisión, variedad, estilo rápido y animado: algunos lugares especialmente favorecidos por la naturaleza están descritos con admirable talento.

Nos hemos ceñido en esta breve reseña á aquellos que adquirieron una celebridad en la literatura latina, y le imprimieron una nueva índole y carácter, sin que el objeto de nuestra obra nos permita detenernos ni á analizar con más extensión á éstos, ni á hacer un catálogo de los demás que en España cultivaron las letras con más ó menos reputación, como Flavio Dextro, el amigo de San Jerónimo, Sexto Rufo Avieno, y otros, porque no hacemos una historia literaria. Basten estos apuntes para mostrar los progresos que había hecho la civilización en España en el período que comprende el presente libro.

¡Pero podríamos dejar de mencionar á los ilustres emperadores españoles Trajano y Adriano, ya como protectores de las letras, ya como literatos y doctos ellos mismos? «¿Qué honores no dispensas (decía Plinio el Joven á Trajano) á los maestros de elocuencia? ¿Qué beneficios no haces á todo hombre docto y erudito? Por tí los estudios han recobrado la vida y vuelto á su patria, después de haberlos desterrado bárbaramente la crueldad de otros príncipes viciosos.» «Ya volvió los ojos (decía hablando de él Juvenal) á las musas afligidas, á los poetas insignes, á quienes la dura necesidad había obligado á servir en los baños públicos, á encender los hornos de Roma, y aun á tomar la trompeta del pregonero... Ya no tenéis que humillaros, oh jóvenes cantores, á ocupaciones tan indignas de vuestro espíritu, pues el príncipe os mira con amor y os estimula, y no espera sino que le déis ocasión para ejercitar con vosotros su conocida generosidad.» Grande, como César, imitóle también, aunque en mérito no le igualara, en escribir las guerras en que había tomado parte. Adriano, su sucesor, aquel hombre de tan asombrosa y universal erudición que apenas había ramo de literatura que le fuese extraño, el que introdujo la costumbre de premiar á los hombres de letras con pensiones vitalicias, ¿podría dejar de favorecer singularmente á los españoles estudiosos, siendo su patria la España?

Otro género de literatura comenzó á desarrollarse en nuestra Península con la introducción del cristianismo, y con el estudio que era consiguiente de las letras sagradas, de la filosofía religiosa que tanto influyó en el cambio del orden social. En este nuevo campo que se abrió á los entendimientos no faltaron tampoco á España varones distinguidos é ilustres, que con discursos y escritos luminosos contribuyeron á la propagación de la fe, y de ello son buena prueba los concilios que á principios y fines del siglo IV se celebraron en Illiberis y en Zaragoza. Y si en España no hubo en aquel tiempo plumas tan fecundas y elocuentes como las de los Gregorios, de los Ambrosios, de los Ciprianos, de los Jerónimos y de los Agustines, nadie ha desconocido ni la instrucción científica, ni la fogosa elocuencia del venerable Osio de Córdoba, el presidente de los concilios; y su carta á Constancio sobre la separación de los poderes eclesiástico y civil, sobre ser una bella producción literaria, es una obra maestra como testimonio de magnanimidad episcopal. Aquilino Juvenco puso en versos hexámetros la vida de Jesucristo: San Gregorio de Illiberis compuso un libro titulado *De la Fe* contra los arrianos; Prudencio de Zaragoza, fué el mejor y más elocuente de todos los poetas sagrados de la antigüedad; y se señalaban ya como hombres de letras los obispos Itacio é Idacio, autor este último



CAZA DE MELEAGRO (GRUPO EN BRONCE, DE PROPIEDAD PARTICULAR, ENCONTRADO EN MÉRIDA)

de la crónica, así como el sacerdote de Tarragona, Orosio, autor de la otra historia. El mismo Prisciliano, el propagador de la herejía, era hombre que escribía con facilidad y con fuego; y las mismas controversias que suscitaba la herejía ejercitaban, como hemos indicado en otra parte, el pensamiento, y tenían despiertas las inteligencias, y en actividad continua los espíritus (1).

Tal era el estado político, administrativo, social é intelectual que España había alcanzado en el período del imperio romano desde Augusto hasta Honorio.

España, con la conquista romana, perdió su independendencia, pero adquirió la unidad política que no tenía. Incorporada al imperio como una sola provincia, entra á participar de la civilización del antiguo mundo, de la vida universal de la humanidad; pero participa también de la imperfección del elemento constitutivo de las antiguas sociedades, la religión y la filosofía pagana. Cuando otro principio civilizador, unido por una disposición providencial con el elemento bárbaro, representante de la fuerza, disuelve la antigua sociedad humana para refundirla, España se prepara á entrar en un nuevo período de su vida, que será ya una vida más propia, más individual, como pueblo que empieza á emanciparse después de una larga tutela. Va á recibir una gran modificación en su existencia. Veamos cómo se fué realizando esta trasformación social.

(1) Puede verse el catálogo de los hombres doctos en España en este tiempo en la *Biblioteca Vetus* de don Nicolás Antonio, y en el tomo VIII de la *Hist. crítica de España*, de Masdeu.